

A romantic couple stands on a wooden pier, looking out at a harbor during a golden sunset. The man, in a light blue shirt, has his arm around the woman, who is wearing a white dress. The sun is low on the horizon, reflecting on the water. Several sailboats are visible in the harbor, and a few birds are flying in the sky.

*Cuando en sueños
volé sobre el*
MEDITERRANEO

VICTORIA PARAISO

CUANDO EN SUEÑOS VOLÉ SOBRE EL MEDITERRÁNEO

Una novela de segundas oportunidades,
amor después del divorcio y
redescubrimiento a los 49

Victoria Paraiso

Victoria Paraiso

PREFACIO

Querida lectora,

Hay personas que llegan a nuestra vida para quedarse.

Y otras que permanecen durante años a nuestro lado sin que lleguemos a conocerlas del todo.

Cuando terminé de escribir *Cuando en sueños digo tu nombre*, pensé que ya había contado la historia que necesitaba contar. Sin embargo, algunos personajes siguieron acompañándome mucho después de escribir la última página. Uno de ellos fue Carmina.

Porque todos conocemos a alguien que parece tener la vida bajo control. Alguien que proyecta una imagen impecable hacia el exterior mientras guarda silencios, heridas y decisiones que nadie sospecha.

Esta novela habla precisamente de eso.

De las segundas oportunidades que llegan cuando menos las esperamos.

De los errores que nos persiguen durante años.

Del amor en la madurez.

De las familias que se rompen y vuelven a reconstruirse, incluso eligiendo seguir siendo amigos.

Y de la valentía necesaria para enfrentarse a la verdad cuando ya no quedan excusas ni lugares donde esconderse.

A quienes acompañásteis a Sira, Carlos y Pablo en la primera entrega de la serie, gracias por volver.

Y a quienes llegáis por primera vez, bienvenidos.

Espero que disfrutéis del viaje tanto como yo disfruté escribiéndolo.

Nos vemos entre las páginas.

Victoria Paraiso (sin tilde)

SAGA Cuando en sueños

LIBRO 2

CAPÍTULO 1

Carmina

Estoy segura de que existe un instante en la vida de cualquier mujer, una fracción milimétrica de segundo, en el que la soledad se queda pegada a la piel. Es como un barniz repentino y brutal, no como una base de maquillaje que puedes quitar cuando lo desees. Esta mañana he sido consciente de ello, horas después de que Carlos me anunciara el divorcio ante mi hijo Pablo y su mujer. Hoy, delante del espejo del baño de mi habitación, esa que hasta ayer era compartida, miro mi reflejo y pienso en el margen entre lo que los demás ven de mí y quién soy en realidad.

He pasado muchos años perfeccionando la distancia entre las dos versiones: tanto, que casi he llegado a creer que no existía tal diferencia. La Carmina que veo hoy no tiene ninguna arruga más que las de ayer por la mañana. Mis ojos siguen siendo grandes y marrones y, aunque reconozco que he llorado, no encuentro que lleven el signo de una derrota.

Carlos, como siempre, fue elegante al dejarme. Lo único que me supo a ofensa fue que lo hiciera ante Pablo y Sira, robándome la posibilidad de decirle todo aquello que hubiera deseado. Sé que no me va a faltar de nada, él fue claro sobre este tema y, conociéndolo, no va a dejar que unos flecos económicos alarguen un engorroso proceso de divorcio. El dinero le sobra y, durante estos años, me ha demostrado que, sin ser tacaño, no necesita lujos para vivir, ni tan solo para mostrar su éxito al mundo. No es su estilo.

No estoy nada mal para mis cuarenta y nueve años. La capacidad económica de mi casi disuelto matrimonio me ha permitido acceder

a tratamientos de medicina estética que prolongan la juventud. He dispuesto también de tiempo para cuidarme, y de la ayuda necesaria para no tener que arrugarme las manos fregando los platos ni lavando la ropa a mano. No es que no sepa hacerlo, porque nací en una familia humilde en la época en la que una mujer tenía que ser, ante todo, ama de casa. Tuve la suerte de poder estudiar Derecho y también de sacar unas oposiciones que me permiten salir de casa cada día a trabajar, cruzándome con gente más o menos interesante. Ahora, casi de inmediato, me voy a obligar a reinventar mi vida social; estoy segura de que Lucía, mi amiga desde la juventud, estará a mi lado.

Ya no habrá más cenas de matrimonios, ni tampoco invitaciones de compromiso derivadas de las relaciones empresariales de Carlos. Tampoco, por suerte, esas horribles barbacoas con la familia de mi ex, en las que me veía obligada a compartir mesa y charla con Juani, la hortera de mi cuñada. Siempre tan buena, tan divertida... Siempre me ha dado rabia esa mujer. De joven, su presencia me recordaba que yo no era alegre ni dicharachera como ella, siempre dispuesta a sacar una sonrisa y a hacer felices a los demás. Cuando ambas fuimos madres con escasas semanas de diferencia, me reventaba ver sus exageradas muestras de cariño hacia Jorge, su hijo. Como si fuera el único niño del mundo. El peor momento era cuando lo amamantaba. Yo había elegido dar biberón a Pablo, y ella siempre me ponía en la obligación de tener que dar alguna excusa creíble para hacerlo, aunque no dijera nada.

Carlos sabía bien que yo había decidido no dar el pecho porque no quería que se me cayera tras el primer año de vida de mi hijo. Por supuesto, no sospechaba que mis tetas iban a perder su turgencia de todas maneras. Era como si no creyera que eso me pasaría a mí. Bendita inocencia. Eso sí, en cuanto me di cuenta de que aquello ya no era lo mismo, contacté con el mejor cirujano plástico de la ciudad y me las operé. Solo dos personas apreciaron la diferencia: Juani—como no— y A.

Como si con mi pensamiento hubiera llamado a su presencia, suena mi teléfono con un mensaje. Le doy la vuelta y veo su

nombre. Ahora no tengo ganas de responder. Debo continuar con esta especie de duelo ante los demás, sobre todo ante Pablo. Quizá este momento sea el propicio para que se vuelva a acercar a mí, y deje un poco de lado a su perfectísima y adorada esposa. Otra que me da una rabia insoportable. Para más inri, es científica como mi ex, y una loca del sushi, también como él. Seguro que ahora encuentran más motivos de conversación entre ellos de los que ya tienen, que no son pocos.

Ayer, justo cuando Carlos pronunció aquellas funestas palabras, vi que la atención de Pablo se centraba en mí, pero la de Sira se dedicaba solo a su suegro. Lo miró con un gesto triste, cierto, pero admirativo. Lo adora, y sé que es recíproco.

El teléfono vibra otra vez. Es el mismo remitente, pero esta vez leo el mensaje completo:

«¿Estás sola? Necesito verte.»

Decido no responder, pero me quedo mirando la pantalla hasta que se apaga y veo mi cara reflejada. Es la misma que hace un rato en el espejo, pero hay una pequeña diferencia: sonrío. No tiene nada que ver con la sonrisa amarga de antes, ni con la que utilizo cuando salgo y la gente me ve. Esta es ligera y peligrosa.

Guardo el teléfono en el bolsillo de la bata y voy a la cocina a hacerme un café, esta vez para mí sola. Voy a dejar que Pablo me crea vulnerable, e incluso que mi nuera Sira llegue a compadecerse de mí. Mientras tanto, yo esperaré.

CAPÍTULO 2

Carmina

Después de comer, he sacado el viejo coche del garaje y me he dirigido al piso de la avenida de Navarra que heredé de mis padres. Aunque dije a todos que lo vendí, en realidad lo puse a nombre de una sociedad que es mía. Lo renové con algo de dinero que tenía ahorrado y me quedó precioso. Tanto, que decidí que sería mi lugar secreto. No queda ya nadie de los vecinos de la época de mis padres, por lo que paso absolutamente desapercibida cuando llego en mi coche viejo y entro en el parking del edificio.

Esta mañana la he dedicado a mí. He tomado una sesión de masaje corporal para deshacerme de toda la tensión vivida esta última semana, tras el anuncio del divorcio por parte de Carlos. He ido también a la peluquería, y me he comprado ropa interior nueva. Eso siempre me hace sentir bien conmigo misma, porque me recuerda que mi cuerpo sigue en forma.

Nada más abrir la puerta del piso, suena el timbre del interfono. Abro al ver en la pantalla de quién se trata, y dejo la puerta entreabierta mientras me quito la chaqueta y la cuelgo en el perchero. Tras oír el sonido de la puerta cerrándose, siento sus manos rodeando mi cintura desde atrás y su aliento cálido en mi cuello mientras me besa.

Cuando me giro, me aprieta contra su cuerpo, y puedo ver en sus ojos el deseo acumulado tras diez días sin vernos. Siento su cuerpo reaccionar a mi presencia, mientras aspira el aroma de mis cabellos.

—Carmina, no me vuelvas a dejar tanto tiempo sin tenerte. No puedo soportarlo.

—Ya conoces la razón, supongo.

—Si te digo la verdad, hasta hoy no he sabido qué ocurría. He tomado un café con él, y me he dado cuenta de que parecía cansado. Cuando le he preguntado, me ha llevado a su despacho y me lo ha contado, al menos su versión. ¿Estás bien?

—Estoy estupenda, ¿acaso no me ves? —le respondo, con una mirada seductora.

—Siempre estás preciosa, cielo, pero quiero saber si lo llevas bien.

—Claro que sí. Ahora necesito un poco de tiempo. Quiero sacar lo máximo posible de este divorcio.

—Te entiendo. Pero si quieres hablar, sabes que estoy a tu lado. Siempre contigo, cielo.

Sin responderle, me he soltado de sus brazos y he ido hacia la barra de la cocina.

—Tengo sed, voy a prepararme un mojito, que me apetece desde hace rato. ¿Quieres algo?

—Un poco de ron con cola, como siempre.

—Hoy vamos a tomárnoslo en el jacuzzi.

Nada más acabar de decirlo, él se afloja la corbata y se desabrocha los primeros botones de la camisa blanca que lleva, como siempre, impecablemente planchada. Es demasiado consciente de que me excita, y luego se pasa los dedos por su cabello, como si se peinara hacia atrás. Cuando me acerco a él con los dos vasos, me los quita de las manos y los deja en la mesita auxiliar de teca, junto al hidromasaje. Él marca el ritmo de mi deseo y, cuando me mira fijamente a los ojos, sé que tiene prisa por descubrir lo que le oculto.

Se gira un instante hacia el tablero de mando para que el agua caliente comience a llenar la tina. Al volverse hacia mí, se desabrocha lentamente la camisa y se deshace de los pantalones en

un gesto que me parece lo más sexy que he presenciado. Sus abdominales de escándalo y su pecho depilado compiten ante mis ojos con esos bíceps que prometen sostener mi cuerpo si me desmayo en sus brazos. Podría ser modelo de calzoncillos masculinos de marca de lujo, o quizá de un perfume caro de hombre. Si pudiese concentrar el aroma de su piel mezclado con el olor de sus cabellos, estoy segura de que tendría entre manos un elixir del deseo capaz de destruir reinos y de crear fronteras allí donde antes solo había tierra.

Cuando da un paso hacia mí, me tiemblan las piernas. Sé que tiene la llave de mi voluntad, y eso me aterra y me atrae a partes iguales. De un vistazo se da cuenta de que llevo un vestido cruzado, por lo que con un hábil tirón de sus dedos la seda azul cae a mis pies y rodea mis zapatos de tacón altísimo, dejando al descubierto el corpiño y el tanga que cubren brevemente mi cuerpo.

Sus ojos verdes se nublan por el deseo que le produce la visión de la lencería que me he puesto solo para él, para proporcionarle el placer de la anticipación que ahora mismo lo embarga, y que nubla cualquier rastro de razón de su mente.

CAPÍTULO 3

Carlos

Aunque la primera noche que dormí en el hotel no conseguí pegar ojo, tengo que reconocer que se ha abierto una nueva época en mi vida llena de cambios, pero sobre todo de paz. Junto a Carmina estaba en tensión permanente, siempre pendiente de que lo que decía no la molestara, e incluso de guardar a buen recaudo mis opiniones sobre cualquier tema, pues podían ser el origen de desagradables discusiones y de cenas a gritos.

Estos primeros días los he pasado en un hotel, pero tras compartir hoy la hora de la comida con Sira, mi nuera, he decidido buscar un apartamento de alquiler turístico mientras encuentro algo más definitivo. En cualquier caso, será más acogedor que una habitación de hotel, y podré cocinarme alguna cosa para prescindir de la comida para llevar. Mientras tanto, Sira me va a ayudar a encontrar un piso o una casa para comprar. No quiero vivir de alquiler, porque, pensándolo mejor, tengo los recursos para procurarme un verdadero hogar. Al principio, mi idea era alquilar, pero Sira me ha hecho ver que necesito poder sentirme en mi propia casa, y que eso me ayudará a retomar mi vida de la mejor manera posible. Y tiene razón, como siempre.

No he comentado a casi nadie que le he pedido el divorcio a Carmina. Es por pudor, porque siempre he sido muy discreto con todo lo referente a mi vida privada, pero también creo que es porque me siento culpable y no tengo ganas de ser juzgado por gente que no sabe lo que he vivido, ni mis motivos.

Además de mi hijo y Sira, solo lo he hablado con algunos amigos íntimos; no me apetece que todo el mundo sepa que ya no estoy con ella.

La noche en la que le pedí el divorcio ante Pablo y su mujer, Carmina me acusó de tener otra relación. Eso me cabreó. Siempre le he sido fiel, incluso antes de nuestra boda. He tenido ocasiones, como todo el mundo, pero soy consecuente con mis compromisos y nunca le he faltado. No ha sido fácil, no nos vamos a engañar, porque durante los últimos siete años no hemos tenido ni la más mínima relación íntima. Y desde bastante antes, teníamos sexo de forma excepcional, casi que de compromiso.

Unas semanas antes de la boda de mi hijo, contemplando cómo se miraban con su entonces novia, me pregunté si alguna vez yo había tenido lo mismo con Carmina. Esa cuestión se quedó en mi mente, como un pensamiento recurrente que halló respuesta durante el enlace de Pablo y Sira. Y la respuesta fue jodida, muy jodida, sobre todo a mis cincuenta y dos años.

Durante algunos meses estuve dando vueltas a esta situación. Tenía la impresión de que era un cobarde si no hacía algo al respecto, y de que en mi lecho de muerte iba a pensar que había desperdiciado mi vida. Al final, tras muchas noches de insomnio, decidí pasar a la acción. Lo único que quedaba era saber cómo hacerlo, porque no quería un psicodrama de esos a los que Carmina me tenía acostumbrado por cualquier razón, por insignificante que fuera. Desde que Pablo nos presentó a Sira como su novia, mi mujer comenzó a actuar de forma posesiva y manipuladora. Cada vez que tenía ocasión, hacía un drama de cualquier situación en la que consideraba que podía sentirse herida en su amor propio y, en su cabeza, justificaba las delicadas situaciones que creaba con su propio comportamiento.

Eso fue para mí la guinda sobre un pastel que había crecido demasiado a causa de mi cobardía. La manipulación que pretendía llevar a cabo para que mi hijo dejara a Sira hizo que el vaso se

derramase para siempre, y decidí que tenía derecho a ser feliz lo que me quedara de vida. O al menos a intentarlo.

Esta noche he quedado con Sira para cenar en mi apartamento. Ella también está sola porque mi hijo va a pasar dos días en un congreso de abogacía, así que he decidido pedir algo de sushi y enseñarle el pequeño apartamento en el que voy a vivir hasta que encuentre mi casa de soltero. Suena raro, pero me gusta vivir esta nueva etapa.

Cuando abro la puerta, me encuentro con una preciosa planta tras la que casi no alcanzo a intuir la sonrisa de Sira.

—Cuando la he visto, he sabido que era para ti. Necesitas una planta y un poco de vida en tu nuevo apartamento.

—¿Te he dicho antes que eres un sol? —le suelto cuando consigo encontrarla tras la frondosa maceta.

—Claro. Eres un suegro estupendo.

—He pedido sushi. Contigo es un valor seguro.

—Ya lo creo.

Tras colocar el tiesto en el lugar idóneo, enseño a Sira las dos habitaciones, el salón con cocina abierta y la terraza. La visita es breve, porque no hay mucho que ver.

—Mucho mejor que tu habitación de hotel. Aquí no te deprimirás. Me tenías preocupada.

—Estoy bien, de verdad. Y en cuanto encuentre un piso o una casa que me guste, me mudaré.

—Ya tengo una lista hecha con unas cuantas propiedades que he encontrado. Después de cenar, la vemos y mañana empezaré a concertar visitas.

—No sé qué haría sin ti, Sira.

Nos sentamos a cenar, y cuando ya casi hemos acabado, el teléfono vibra sobre la mesa.

—Joder, es Carmina.

Miro la pantalla unos segundos antes de responder. Sira se levanta para darme privacidad, pero con la cabeza le hago un gesto para que se quede.

—¿Sí?

—No duermo —dice ella, y su voz suena ronca, quebrada.

He oído ese tono cientos de veces en veintinueve años; siempre antes de acabar cediendo, antes de disculparme por algo que no hice, antes de volver a la cama congelada a su lado y fingir que todo estaba bien.

—Carmina...

—Veo tus cosas en cada rincón. Tu taza en el armario. Tu almohada, que todavía huele a ti. ¿Sabes lo que es eso, Carlos? ¿Tener que vivir con el fantasma de alguien que decidió que ya no te quería?

Cierro los ojos. La culpa está ahí, lista para ser consumida. Es una sensación demasiado familiar. Pero hay algo diferente esta vez. Un silencio en la línea que no suena nada natural. El eco de una habitación vacía donde debería haber sollozos.

—¿Estás sola? —le pregunto.

Ella duda. Media respiración, apenas perceptible, antes de responder.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Abro los ojos y miro a Sira, que recoge los platos con discreción. No es la pregunta lo que me extraña. Es la respuesta. En veintinueve años, Carmina nunca ha dudado en decirme dónde estaba, con quién, qué hacía. Nunca me había devuelto una pregunta con otra.

—Nada —le digo—. Descansa.

Cuelgo antes de que ella pueda añadir más. Sira se gira hacia mí, con una ceja apenas levantada.

—¿Todo bien?

—Sí —miento, y la palabra me sabe extraña, porque no acostumbro a mentir, porque durante décadas fui yo quien creía las mentiras de otros.

Pero esta noche, por primera vez, sé cómo se siente estar del otro lado.

CAPÍTULO 4

Pablo

Al volver del congreso, antes de ir a mi casa, paso por casa de mi madre para comer con ella. No puedo dejar de pensar en la soledad que debe estar sintiendo, e incluso la angustia por tener que envejecer sola. No me parece que sea demasiado fácil rehacer tu vida cuando tienes casi cincuenta años, y todavía menos para una mujer. Es jodido, pero es así. No hay más que ver las revistas o la tele. Actores y cantantes hombres de cincuenta, sesenta e incluso más allá, con mujeres despampanantes a su lado. También es cierto que no he visto a muchos jubilados de la fábrica de la Opel de Figueruelas paseándose con un bellezón de treinta tacos de la mano por la calle Alfonso, y haciéndose carantoñas delante de cada escaparate de alta joyería.

Voy pensando en estas cosas mientras conduzco y, al girar la esquina de la calle, veo la que ha sido nuestra casa familiar durante tantos años. Demasiado grande para mi madre sola, llena de recuerdos de tiempos mejores, de cuando éramos de verdad una familia. Ahora es más que un nido vacío para ella: lo que queda de su vida. Una especie de angustia me atenaza el pecho antes de llamar a la puerta, porque creo que puedo ponerme en su lugar y sé lo que debe estar sintiendo.

Mi madre me abre en bata, con la cara lavada y unas ojeras que delatan su sufrimiento. Ella siempre ha estado en casa vestida de calle, como si alguien importante estuviera a punto de llegar. Peinada y maquillada, cualquier día y a cualquier hora. Verla así me

hace sentir mal. No puedo evitar un aguijonazo de rabia contra mi padre. ¿Por qué ahora? Quizá sea cierto que tiene a alguien, como mi madre dijo en un primer momento.

Comemos en la cocina. Ella ha preparado macarrones, mi receta favorita. Devoro un plato enorme, con hambre de verdad, porque en el congreso nos han puesto pijadas para comer. A mí no me gusta la cocina rara, de esa en la que no sé lo que estoy metiéndome en la boca. Nada de delicatessen. Donde se ponga una sopa de puchero, unos macarrones o una pechuga de pollo rebozada con patatas fritas, no hay nada que lo pueda mejorar. Nunca he entendido la pasión de mi padre y de Sira por el sushi y la comida japonesa. Pescado crudo, bolas de arroz hechas a mano y sopa de miso con algas flotando junto a unos cubitos de tofu. Asqueroso y repugnante.

—¿Te gusta, hijo?

—Están buenísimos, mamá.

—No sabes la alegría que me da verte aquí. Me siento tan sola que, hacia las ocho o las nueve de la noche, me entra un ataque de ansiedad. Es la peor hora del día, incluso más que el momento de despertarme.

—Hoy me quedo a dormir contigo, no se hable más.

—¿Y Sira?

—Sira me tiene siempre con ella. Hoy tú me necesitas.

Veo el orgullo y el agradecimiento en el gesto de mi madre. Escribo un mensaje a mi mujer diciéndole que hoy me quedo con mi madre, que me necesita. Termino el segundo plato mientras ella apenas toca el primero. La miro y me doy cuenta de que está más delgada. No mucho, pero lo suficiente para que sus pómulos se marquen de una forma que no recuerdo.

—¿No comes? —pregunto.

—No tengo hambre —dice, y su voz suena apagada, como si hablara desde lejos—. Tú come, hijo. Tú lo necesitas.

Después de comer, intento ayudarla a recoger, pero me dice que me siente, que descanse. Me siento en el sofá del salón, el mismo sofá donde vi a mi padre anunciar que se iba. Ella se queda en la cocina más tiempo del necesario. Oigo el agua corriendo, los platos chocando con más fuerza de la habitual.

Cuando vuelve, se sienta a mi lado y me coge la mano.

—No sé qué voy a hacer, Pablo.

—Mamá...

—Veintinueve años. Veintinueve años cuidando de esta casa, de tu padre, de ti. Y ahora... —suelta una risa que no es risa—. Ahora soy una mujer de cincuenta años que nadie quiere.

—Eso no es verdad.

—¿No? —me mira, y sus ojos están húmedos—. ¿Quién me va a querer ahora? ¿Quién va a mirarme dos veces?

Quiero decirle que es hermosa, que es fuerte, que mi padre es un idiota. Pero las palabras se me atascan. Nunca he sabido hablar con ella de estas cosas. Ella siempre fue la que tenía las respuestas.

—Tú eres el único hombre que nunca me ha fallado, Pablo.

La frase me golpea en el pecho. No sé por qué. Es un cumplido, debería serlo, pero hay algo en la forma en que lo dice, en la palabra "hombres", que me deja incómodo. Nunca me había llamado "hombre" antes. Siempre fui su niño, su hijo, su Pablo.

—Por supuesto que no te he fallado, mamá.

Ella apoya la cabeza en mi hombro. Huele a lavanda y a algo más antiguo, algo que me recuerda a mi infancia. Cierro los ojos. Siento que debería irme, que Sira me espera, que tengo trabajo mañana. Pero ella está tan frágil, tan pequeña frente a mí, que solo puedo quedarme a su lado.

Ella levanta la cabeza y me mira. Por un segundo, un segundo tan breve que podría haberlo imaginado, veo algo en sus ojos que no reconozco. No es gratitud. Es algo más frío, más calculador. Pero

luego parpadea y es solo mi madre de nuevo, cansada y abandonada.

—Gracias, hijo —dice—. Eres bueno. Eres el bueno de la familia.

Me quedo en el sofá mientras ella se va a la habitación. Oigo la ducha corriendo durante mucho tiempo. Demasiado tiempo, quizás. Pero estoy cansado, y el sofá es cómodo, y antes de darme cuenta estoy dormido.

No oigo que el agua deja de correr.

No oigo que mi madre, envuelta en una toalla, revisa su teléfono con dedos húmedos.

No oigo que escribe: "Mañana. A las once. No faltes."

Y no oigo que, al otro lado, Adrián responde: *"¿Y si Pablo sigue ahí?"*

Ni que ella, sonriendo en la oscuridad de su habitación, escribe: *"Se irá antes. Tiene que trabajar."*

CAPÍTULO 5

Juani

Creo que la relación que mi hermano Carlos y yo tenemos desde pequeños es uno de mis grandes tesoros en la vida. Soy la única mujer de entre los cinco hijos que mis padres tuvieron, y Carlos es, con diferencia, el más próximo a mí. Somos hermanos, amigos y confidentes, y tengo que decir que lo admiro. Ha sido capaz de montar una empresa como spin-off de su proyecto de doctorado en la universidad. Se ha arriesgado, se ha dejado la piel y su juventud en ella y ahora disfruta de las mieles del triunfo, cosa que no es fácil en su sector, y menos en un país como España, en el que la investigación científica tiene un presupuesto ínfimo.

Esta mañana me ha llamado para invitarme a comer a mediodía. Hoy termino mi turno en el hospital a las dos. En cuanto me cambio, salgo por la puerta principal y me lo encuentro allí de pie, apoyado contra su coche, con esa media sonrisa que me recuerda a nuestra juventud. Siempre ha sido un rompecorazones. Con ese tipazo, el pelo un poco largo y su sonrisa irresistible, todas mis amigas estaban locamente enamoradas de él. Supongo que, en Madrid, mientras cursaba sus estudios de biología, arrasó. Sin embargo, no era de los que cambiaban de chica como de chaqueta; siempre me decía que los rollos de una noche no eran para él. Podría haber tenido a cualquier chica, pero él se quedó con lo fácil, con Carmina. No era ni la más inteligente ni la más guapa, y nunca he entendido

qué vio en ella. Ni siquiera recuerdo haberlo visto profundamente enamorado de su mujer.

Carlos ha reservado mesa para dos en una marisquería del centro de la ciudad, lo que me sorprende. Y claro, se lo digo.

—¿Hermanito, tenemos algo que celebrar?

—No sé, tú me dirás lo que te parece.

—¿Entonces, pasa algo? ¿Vendes la empresa? ¿Has patentado un medicamento contra el cáncer?

Mi hermano ríe divertido. Lo veo relajado, y eso me gusta.

—Para el carro, Juani. No es nada de eso.

Llegamos al restaurante y tomamos asiento. Cuando abro la carta y veo los precios, me da un patatús en toda regla. Con mi sueldo de enfermera, no es un local al que acuda habitualmente.

—Suerte que me invitas, Carlitos.

—Pide lo que quieras, no te cortes.

—Me voy a quedar con unas gambas y un lenguado, ¿te parece bien?

—No tienes que preguntarme, Juani. Te he dicho que pidas lo que quieras.

El camarero se acerca a nosotros, y Carlos añade a la comanda un vino blanco que sabe que me gusta.

—Me tienes en ascuas. Desembucha, sin preliminares, por favor.

—Mira que eres burra. Hay cosas que no cambian nunca —suelta sin dejar de sonreír.

—¿Lo dices o qué?

Carlos se pone serio, y eso me inquieta. No es normal en él. Conmigo acostumbra a estar de broma, nos conocemos demasiado bien.

—He pedido el divorcio a Carmina. Hace diez días que me fui de casa.

—Joder... Joder... Espero que no estés de coña, hermanito.

Creo que he puesto una cara que es un poema. Incluso lo veo preocupado por mi reacción.

—No es broma. Lo decidí tras la boda de Pablo. Me di cuenta de que era un cobarde, quedándome donde siempre he estado. No quiero llegar a viejo y arrepentirme de no haberlo hecho.

Me quedo en silencio durante unos instantes. No quiero imaginar la escena que le debió de liar mi cuñada, bueno, ahora ya excuñada.

—La verdad, me parece muy bien. Si quieres mi opinión, hace años que tendrías que haber llegado a esta conclusión.

—Más vale tarde que nunca.

Brindamos con el vino fresco y dulzón que Carlos ha pedido. Le pregunto por la situación, por cómo se lo tomó Carmina.

—Reuní a Pablo, Sira y Carmina, y lo solté ante ellos. Tenía que evitar un drama de esos que ya conoces. Aun así, me acusó de tener a otra, como te puedes imaginar.

—Estoy segura de que no es así. Te conozco muy bien.

—No te equivocas. Necesito paz. Y una casa propia. Tengo la ayuda de Sira para eso. No sé qué haría sin ella, te lo juro.

—¿Y Pablo?

—Él está pasando más tiempo con su madre últimamente. No se lo reprocho, porque considera que ella es el eslabón débil en esta historia.

—¿Pero...? Te conozco; sé que tienes un pero guardado.

—Lo que le reprocho es que está dejando de lado a Sira. Y solo hace seis meses que se casaron. Lo han ascendido en el trabajo y no para en casa, y además, algunas noches se queda a dormir con su madre.

—Pobrecita. ¿Y cómo lo lleva?

—Pasa mucho tiempo conmigo, con las visitas de las inmobiliarias. Y a veces, cuando Pablo le da plantón, salimos a cenar.

—Espero que mi ahijado no tenga que arrepentirse de todo esto. No te ofendas, pero Carmina es una manipuladora, y le encantaría que Pablo y Sira se separasen. Siempre ha tenido celos de ella.

—Yo también lo pienso.

Bebo de la copa con un sorbo largo. Tanto Carlos como yo nos quedamos callados unos segundos, como si intentáramos hacer una composición de la situación de la familia ahora mismo. Me duele saber que Pablo no está llevando su matrimonio de la mejor manera, y temo que pueda perder a su mujer. Joder, la juventud. No se dan cuenta de lo que tienen hasta que es demasiado tarde.

El camarero deja el segundo plato en la mesa, pero parece que no nos atrevemos a tocarlo.

Entonces el móvil de Carlos vibra. Él no le hace caso, pero el mío suena enseguida. Es Pablo. Veo su nombre y presiento que se me va a atragantar la comida, porque él no suele llamarme a estas horas.

—Dime, mi niño.

El silencio al otro lado me deja helada. Está llorando y, cuando al fin logra hablar, me quedo sin aliento.

—Tía Juani, es mamá. Se ha tomado un montón de pastillas. De las de dormir.

Carlos me arranca el teléfono de las manos y le pregunta a su hijo dónde está. Carmina lo ha llamado justo antes de tomarse las píldoras y, cuando ha llegado a casa, la ha encontrado inconsciente. La ambulancia acaba de llegar y la lleva, precisamente, a mi hospital.

Carlos paga precipitadamente y salimos juntos. Yo conduzco su coche, porque no quiero que lo coja él, y nos dirigimos a urgencias.

CAPÍTULO 6

Sira

No me puedo creer que haya sido capaz de hacerlo. Estaba segura de que se le había pasado por la cabeza, pero no pensaba que tuviera el valor suficiente para llevarlo a cabo. No puedo decirle a Pablo lo que pienso, porque bastante tiene él con el dolor, los nervios y la gestión de esta situación tan difícil. ¡Hostia, que es su madre! ¿Cómo ha podido hacerle esto? No solo a él, sino también a Carlos.

Estoy en la sala de espera de urgencias de uno de los principales hospitales de la ciudad, sentada en una silla de madera medio desvencijada entre mi marido y mi suegro. La sala es deprimente, con las paredes pintadas de un blanco que en otras épocas debió de ser inmaculado, pero que ahora, con la pátina que da el tiempo, se ha tornado una especie de gris sucio. La pobre y fría iluminación, compuesta de fluorescentes demasiado gastados en su mayoría, no ayuda a que la estancia tenga un aspecto acogedor.

La desolación reina en el rostro de mi marido, y no sé cómo consolarlo de tanto dolor, mientras espera con ansiedad a que el doctor que atiende a Carmina nos informe de su estado. En otra silla contigua a la mía se encuentra Carlos, mi suegro. Tiene los labios apretados en un rictus de tensión que nunca había visto en él. Sus ojos, siempre llenos de vida, miran al vacío. Intuyo que además de la incertidumbre, está viviendo un torbellino de sentimientos encontrados ante lo que parece que ha ocurrido. Solo podemos esperar a que el médico nos dé alguna noticia sobre la paciente.

La angustia de los dos hombres que tengo a mi lado me atenaza el corazón. Me sorprende pensar que me preocupan más ellos que Carmina, y me siento culpable. Entre los tres flota el sentimiento de culpabilidad, la rabia y la impotencia por lo sucedido.

Entre ellos no hay ninguna conversación desde que Carlos, al llegar, ha ido a abrazar a su hijo y éste, deshecho de dolor, le ha dicho:

—¿Papá, tenías que dejarla? ¿Era necesario pagar este precio?

Estas pocas palabras han roto el corazón de mi suegro. No es justo que Pablo le haya dicho eso, y aunque no sea este el momento, más tarde se lo diré. He soltado un momento a mi marido para darle un abrazo a Carlos, quien se ha aferrado a mí, agradeciendo mi comprensión, pero también para ocultar su rostro demudado por el reproche de su hijo.

Cuando la puerta blanca se abre, un médico llama a la familia de Carmina Calderón y, como un resorte, nos levantamos los tres. El doctor nos mira con cara de estar reflexionando un instante, pero al final nos deja entrar. Lo seguimos por un pasillo donde el suelo está marcado por líneas de diferentes colores, hasta un pequeño despacho sin ventana en el que una mesa y tres sillas conforman toda la decoración.

Dejo que Pablo y Carlos se sienten, a pesar de las quejas de ambos, mientras el doctor comienza a hablar:

—Carmina se encuentra fuera de peligro. Está consciente y he podido tener con ella una larga conversación. Le hemos hecho un lavado de estómago, un análisis de sangre y una evaluación psiquiátrica.

Siento que Pablo toma aire, porque, sin ser consciente de ello, estaba reteniendo la respiración. Carlos le da una palmada cariñosa en el hombro mientras el doctor hace una breve pausa.

—Me ha puesto al día del reciente divorcio. He constatado que no sufre una depresión, pero necesito saber si han observado en ella

anteriormente un comportamiento controlador, de apego excesivo o incluso de manipulación.

Los tres nos miramos, y es Pablo quien se atreve a revelar lo que sabemos.

—Así es. Desde que le presenté a Sira como mi novia, mi madre empezó a protagonizar algunas escenas desagradables. Y cuando nos casamos, hace unos meses, vivió un momento complicado.

Carlos asiente, en silencio, porque no quiere añadir nada que pueda hacer daño a su hijo, aunque el doctor lo mira y se da cuenta de todo lo que calla. Luego me mira a mí, y me limito a afirmar con la cabeza.

—¿Algún antecedente de consumo de alcohol o de sustancias?

—No, alguna copa de vino de vez en cuando si va a un restaurante. No fuma ni toma ningún medicamento.

El psiquiatra apunta lo que mi suegro acaba de decirle e inspira mientras mira el documento.

—Carmina bebió dos cervezas, hizo la llamada y luego se tragó solo tres pastillas. Se quedó dormida y así llegó aquí, con las constantes vitales estables y dentro de la normalidad.

Tras un breve instante, retoma la palabra, y puedo notar el alivio de mis dos hombres.

—Le vamos a dar el alta, recomendando un seguimiento y la instauración de terapia psicológica. No necesita medicación. Respecto a lo ocurrido, no considero que haya sido un intento real de autólisis, pero no se puede minimizar el riesgo. Respecto a usted —mira a Carlos—, no negocie bajo amenazas suicidas. Eso no significa que no se tome en serio lo que ha pasado, pero tenga claro que ni usted ni nadie —dice dirigiéndose a Pablo— son responsables de mantener viva a otra persona sacrificando su libertad.

Sus palabras resuenan en mi cabeza, intentando encontrar un sentido a lo que ha dicho. Supongo que ha sido solamente una escenificación, y no me sorprende viniendo de Carmina.

—Pueden pasar a verla. Les advierto que se siente avergonzada por lo ocurrido. No insistan en ello, pero tampoco refuercen el chantaje.

Pablo y Carlos se levantan a la vez que el doctor, quien sale primero del exiguo despacho.

—Lo siento, papá. No debería haberte dicho eso. Perdóname.

—No tienes que disculparte. ¿Quieres entrar tú primero o prefieres que lo haga yo?

—Ve tú. Sabrás mejor cómo lidiar con esto, y no te va a tomar el pelo como a mí.

—Le voy a conseguir la terapia con un especialista inmediatamente, no te preocupes. Quizá se dé cuenta de que ha ido demasiado lejos.

—Yo tengo que encontrar el equilibrio para no equivocarme, papá. No me voy a quedar con ella a vivir, pero quizá esta noche duerma en la casa otra vez.

—Me parece bien, hijo.

—Buena idea—lo apoyo para reforzar su intención. Bastante mal lo está pasando ya.

Carlos entra en el box donde Carmina se encuentra, y lo vemos desde la ventana de observación que, desde donde ellos están, parece un vulgar espejo. Se pone a su lado, y vemos cómo le habla con gesto sereno pero serio. Mi suegra baja la mirada y parece pedirle disculpas. Creo que, por una vez, no intenta imponerse. Cuando Carlos acaba, ella asiente con la cabeza. Parece avergonzada, como una adolescente que ha sido pillada escapándose de casa para salir con sus amigas. Él sale del box y se cruza con Pablo en la puerta, mientras yo aprieto la mano de mi marido intentando infundirle ánimos.

El rostro de Carmina se ilumina cuando lo ve, y su tono de voz se vuelve más suave. No le pide disculpas, pero Pablo la interrumpe e

inicia un discurso con rostro serio. No quiero mirar más, y Carlos tampoco.

Lo tomo del brazo para demostrarle mi apoyo y él me envuelve en un abrazo cariñoso, mientras me susurra:

—Gracias por estar a nuestro lado. Eres más importante en esta familia de lo que crees, princesa.

No me separo de Carlos ni un segundo y, cuando Pablo sale, se le nota devastado. Pero ya no hay llanto, solo un agotamiento emocional, una especie de paz ruinosa. Nos sentamos fuera, en la misma sala de espera, hasta que llega la enfermera y nos informa de que Carmina será dada de alta en unas horas. Pablo decide que lo mejor es llevarla directamente a su casa, y que se quede allí con él esa noche, vigilada. Carlos asiente, y yo le noto un alivio que casi roza la culpa.

No tardamos mucho en ver a Carmina salir, envuelta en un abrigo claro y con la cara lavada de emociones, como si nunca hubiera pasado nada. Cuando pasa por delante de mí, me mira durante un segundo. Su mirada es un bisturí, fría y calculadora. En ella leo triunfo: ella se lleva a Pablo, y yo me quedo en la acera. No me aparto. La veo irse del brazo de su hijo y me doy cuenta de que, pese a todo, ha conseguido lo que quería. Siento una mezcla de lástima y rabia que intento alejar de mí. No quiero verme invadida por tanta negatividad.

Carlos y yo nos quedamos en la acera, compartiendo la humedad fría de la noche y una extraña sensación de orfandad tras la tensión vivida. Caminamos buscando un bar abierto, y acabamos en una cafetería que parece de guardia, cerca del hospital, con un café no demasiado bueno y las luces tristes. Carlos me mira y, por primera vez, no es el suegro perfecto y sereno de siempre. Ante mí veo solo un hombre exhausto que ha vivido veintitantos años fingiendo.

—No sé si hice bien —dice, mirando su café—. Pero ya no podía seguir.

Le cuento que lo comprendo y que Pablo, después de esto, también lo entenderá. Hablamos de su matrimonio vacío, de los años de silencio, de cómo nuestra boda fue el detonante que le hizo ver que no quería seguir así. Hay algo íntimo en esta conversación, una confesión que no esperaba. Cuando Juani llama para decir que ya tiene el coche, casi me da pena que la noche termine.

Un poco más tarde, en casa de Carmina:

Pablo está en la habitación de su infancia, despierto, escuchando cómo su madre se mueve por la casa como si nada hubiera ocurrido. Carmina entra con una taza de té, se sienta en el borde de la cama.

—Tu padre se ha quedado solo con ella —suelta, como quien no quiere la cosa.

—¿Con quién?

—Con Sira. Se han ido juntos. —Hace una pausa—. Me extraña que no haya preferido venir contigo, acompañarte en esto.

Pablo siente un nudo en el estómago. No por la insinuación, sino por la familiaridad de la táctica. Ha visto esta película antes: su madre sembrando dudas, usando medias palabras, siempre protegiéndose con un "solo digo lo que veo".

—Mamá, ahórrate lo que estás intentando hacer. De verdad, no te ayuda.

Carmina parpadea. No esperaba esta respuesta.

—Solo me preocupa que esa chica...

—Sira es mi mujer. Y papá es mi padre. Y tú —Pablo se incorpora en la cama, mirándola directamente— estás intentando que dude de los dos en la misma noche.

El silencio entre ellos es denso. Por primera vez, Pablo ve el mecanismo: la victimización calculada, el control disfrazado de preocupación, el amor que siempre viene con un precio. Se pregunta cuántas veces ha caído en esta trampa, cuántas decisiones ha tomado guiado por la culpa que ella sembraba.

—Creo que mañana hablaremos con ese psicólogo —dice Pablo, y su voz suena extraña, ajena—. Pero ahora necesito dormir. Solo.

Carmina se va sin el té. Y Pablo, en la oscuridad de su antigua habitación, entiende que algo ha cambiado para siempre. Se

pregunta si alguna vez podrá volver a mirar a su madre sin ver el hilo invisible que ella tira para moverlo, y si esta noche ha sido el principio del fin de algo que nunca supo que estaba podrido.

CAPÍTULO 7

Veinticuatro años atrás:

Carmina

Llevo la ventanilla del coche bajada y la radio encendida. La carretera me proporciona sensación de libertad, con mi Opel Corsa rojo como único compañero de aventura. Dejo atrás mi ciudad, mi casa, mi marido y mi hijo de cuatro años. No era un adiós para siempre. En espera de la asignación definitiva de una plaza en mi ciudad, tuve que ir a cubrir un puesto a la otra punta del país como administrativa en un juzgado extremeño, en una pequeña ciudad cuyo nombre no le sonaba a nadie de mi familia.

Mejor. El viaje lo realicé en coche, con una maleta grande llena de mis pertenencias más imprescindibles. Nueve horas de coche y muchos kilómetros que recorrí en dos días, como prometí a Carlos. Él se quedó al cuidado del niño. Yo estaba tranquila porque él siempre se encargó a la perfección de nuestro hijo. Era un todoterreno: cocinaba, limpiaba, bañaba al niño, lavaba la ropa y lo que hiciera falta. Mis amigas me decían que era una joya y que no lo descuidase, porque las madres del colegio de Pablo lo iban a mirar como si fuera una codiciada presa. No tuve jamás el más mínimo temor, porque Carlos era, y es, fiel por naturaleza. No haría nada en contra de sus principios. Cada dos semanas nos veíamos en Madrid y pasábamos el fin de semana juntos. Mi prioridad era mantener la

llama entre nosotros porque era ya consciente de que las hormonas de los hombres son más insistentes que las nuestras, las de las mujeres. A mi hijo conseguía verlo una vez cada cinco o seis semanas. Sé que no es mucho, pero me fue suficiente.

Reconozco que esta posibilidad de trabajar fuera me hizo sentir libre como un pájaro. Estudié Derecho en la universidad de mi ciudad, y me daba envidia la gente que, como Carlos, pudo trasladarse a la capital para hacer la carrera, disfrutando de una juventud plena en libertad.

Hice parada para dormir en Madrid y, desde el hostel, llamé a mi marido para avisarle de que había llegado bien. Cené un bocadillo en una cafetería a un par de manzanas de donde me alojaba y aproveché para dar un paseo por las calles céntricas. Miraba a la gente pasar imaginando cómo era su vida, adónde irían. Por el mero placer de hacerlo, tomé el metro. Quería sentirme transparente, hacerme pasar por una anónima ciudadana de la capital. Tras cuatro paradas, me bajé y alcancé el otro andén para regresar a la estación de donde había salido. No era más que una gota en un océano de gente. Hubiera podido ir vestida de manera estrafalaria y maquillada como una puerta y a nadie le hubiese importado. Eso era la libertad para mí en aquel entonces.

Al día siguiente me puse en marcha temprano. Paré solo una vez, lo justo para dar un descanso al cuerpo y estirar las piernas. Cuando llegué me recibió una bofetada de calor que no esperaba, con unos diez grados más que en mi ciudad. Además de la matrícula de mi Corsa, mi acento me delataba como forastera, pero la mujer que me alquilaba el piso ya estaba muy acostumbrada a los funcionarios que llegaban de otros lugares de España. Ella solo se fiaba de los sueldos del estado. Sabía que pagábamos puntualmente y que teníamos un salario fijo. Su piso amueblado se iba pasando de un trabajador a otro del juzgado, casi como la mesa de trabajo o el sello fechador que poníamos a cada documento al que dábamos entrada.

Pasé la tarde colocando mi ropa en el armario y mis pocas pertenencias en su sitio. Decidí bajar al supermercado a comprar

algo de comida, pasta de dientes, gel de ducha y algunos productos de limpieza, aunque me sorprendió que todas las estancias estuviesen relucientes y olieran a friegasuelos de pino, como el que mi suegra utilizaba en su casa.

Al día siguiente acudí antes de las ocho de la mañana a tomar posesión de mi plaza de interina, perfectamente vestida con un traje de chaqueta, blusa de seda y falda de tubo. Antes de salir, me puse en el cuello mi perfume favorito, de jazmín y sándalo, que años después seguiría acompañándome. Me aguardaba la secretaria del juzgado, una mujer de unos cincuenta años, simpática y afable, y me hizo firmar un montón de papeles. Se llamaba Blanca y trabajaba en su puesto desde hacía veinte años. Se compró una casita con jardín y tenía previsto volver a su Sevilla natal cuando se jubilara, para instalarse cerca de su hermana y de sus sobrinos.

Me contó que era soltera, y cuando le dije que estaba casada y tenía un hijo pequeño, me miró con pena.

—Pobrecilla, tener que dejar a tu familia para irte tan lejos... No te preocupes, cuidaremos de ti, Carmina.

No le dije que me siento contenta de poder vivir lejos de mi ciudad durante una temporada. Adoraba a mi hijo, pero lo mío nunca han sido los niños. A Carlos siempre le encantaron los críos y, si por él hubiera sido, habríamos tenido ocho hijos. Yo no quería ninguno, pero cedí para tener al menos uno. No se lo podía negar, como comprenderéis.

—En menos de diez minutos llega el señor juez. Te va a sorprender, porque es casi tan joven como tú, pero parece que es un cerebro. No habla mucho, la discreción es su norma, pero lleva el juzgado muy bien, y me deja hacer bastante.

En efecto, nueve minutos más tarde apareció el señor juez, trajeado y con corbata. Tenía más o menos la misma edad de Carlos. Era alto y tiene el cabello rizado y negro azabache, bien cortado. Sus ojos, de un tono verde agua, se sorprendieron al verme tras el mostrador.

—Buenos días, no me acordaba. Usted debe ser Carmen.

—Carmina Calderón, señor juez.

—Bienvenida a este juzgado. Supongo que Blanca ya le ha mostrado nuestras dependencias.

—Sí, ha sido muy amable.

—Blanca es el alma de este juzgado. Y también su memoria; conoce todos los casos que han pasado por aquí.

Mi compañera sonrió satisfecha ante el reconocimiento explícito que le regaló nuestro jefe. El juez entró en su despacho y cerró la puerta tras de sí.

—Ya casi está el café. Cuando lo tenga, se lo llevas tú, Carmina. Desde mañana, tú lo prepararás; luego te enseño cómo funciona la cafetera. Aunque no tiene ningún secreto, es una Melitta.

Mi cuñada Juani tenía una de esas cafeteras que funcionan con filtro, así que ya la había visto usarla. Se la compró en Andorra un par de años antes. No se lo dije a Blanca para darle la satisfacción de enseñarme a hacerlo.

Enseguida me avisó de que el café estaba preparado. Lo vertió ceremoniosamente en una taza azul, le puso dos terrones de azúcar, una cucharilla de plata y un chorrito de leche de la pequeña neverita que teníamos en el archivo.

—Ya se lo puedes llevar. Llama a la puerta antes y lo dejas sobre su mesa.

Empecé con mi primera tarea del día, que sorprendentemente nada tenía que ver con mis habilidades administrativas.

—Señor juez, le traigo su café.

—Pasa y cierra la puerta, Carmina. Hoy es tu primer día y quiero saber más sobre ti.

Un poco azorada, acepté. Me giré, acompañando la puerta de madera hasta que oí que se cerraba, y me acerqué a la impresionante mesa de despacho.

—Toma asiento, por favor.

—Gracias —susurré.

—Me ha parecido, por tu acento, que eres del norte.

—Soy de Zaragoza.

—Qué casualidad, yo estudié allí.

Sonreí pensando que el mundo era pequeño como un pañuelo.

—Yo soy de Tudela, pero también me considero zaragozano.

Él me miró con gesto curioso, y me sonrojé. Había algo en él que me abrumaba y no sabía qué era. En su mano izquierda llevaba una alianza en el dedo anular, y jugaba con ella, nervioso. Miró la mía y espetó:

—¿Tu marido está en Zaragoza?

—Sí. Tenemos un piso allí. Él trabaja cerca.

—Mi mujer también se ha quedado; es maestra de párvulos.

Sus ojos verdes me recorrieron de arriba a abajo, aunque creo que se detuvieron en mi pecho un poco más de lo necesario. Nos quedamos en silencio durante un instante, y nuestras miradas se encontraron, provocándome un escalofrío agradable que se interrumpió cuando Blanca abrió la puerta.

—Señor juez, el fiscal lo espera.

Salí diligentemente y tomé asiento ante mi pequeña mesa de despacho llena de carpetas amontonadas en dos torres paralelas y perfectamente alineadas.

Esa noche, ya en mi piso, no hice otra cosa que repasar la escena del despacho. La voz del juez, su acento inconfundible de la Ribera del Ebro, el modo en que jugaba con la alianza de oro mientras me desnudaba con los ojos. No era la primera vez que un hombre me miraba así, pero sí la primera vez que me sentía tan vulnerable, tan expuesta a la intuición ajena. Me acosté temprano y, a pesar del cansancio y de las horas de carretera, solo conseguí dormitar entre imágenes suyas: el cabello rizado cayendo sobre la frente, el surco

de la barba bien afeitada, la mano grande sujetando la taza azul con mis huellas aún tibias.

Me metí la mano entre las piernas, al principio por costumbre, luego por necesidad. Cerré los ojos y me dejé llevar por la fantasía. No era Carlos quien me follaba, sino Fernando, el juez, sobre la mesa del despacho entre expedientes y carpetas. Yo, con la falda subida y la blusa abierta, jadeando mientras sentía el peso de su cuerpo y el roce áspero de su corbata contra mi cuello. Me corrí en silencio, apretando los muslos y mordiéndome la palma de la mano para no gritar.

El sueño vino después, intenso y líquido. Estaba de nuevo en el despacho, pero ahora era de noche y la puerta estaba cerrada con llave. Él me había llamado para dictarme unas resoluciones urgentes, pero cuando entré me encontré con que no había nadie más, solo él, de pie junto a la ventana, con la chaqueta del traje colgada del respaldo de la silla y las mangas de la camisa remangadas. Me pidió que me acercara para revisar un documento, y cuando estuve a su lado me agarró de la cintura y me sentó sobre la mesa, apartando los papeles con un movimiento brusco de su brazo.

—No deberíamos —susurré, pero mi voz sonaba falsa, teatral.

—Ya estamos —respondió él, y su boca se posó sobre la mía.

En el sueño sentí cada detalle con una claridad que desafiaba la lógica: el sabor a café y tabaco de su lengua, el frío de la madera contra mis muslos desnudos, el chirrido de la mesa al moverse con nuestro peso. Él me penetró con una urgencia que me dejó sin aliento, sus manos agarrando mis caderas con fuerza suficiente para dejar marcas, su mirada verde clavada en la mía sin piedad ni ternura, solo deseo puro y absoluto. Grité su título, no su nombre, una y otra vez, hasta que el placer me rompió en pedazos y me desperté sobresaltada, con el corazón martilleando contra el pecho y la ropa interior empapada.

La habitación estaba oscura, las cigarras seguían cantando fuera, y por un momento no supe dónde estaba ni quién era. Luego

recordé: el piso nuevo, el juzgado, Carlos durmiendo solo en nuestra cama a cientos de kilómetros. Me levanté para beber agua y me miré en el espejo del baño. La mujer que me devolvió la mirada tenía los labios hinchados y los ojos demasiado brillantes, como si hubiera estado llorando o follando, o ambas cosas a la vez.

—Estás loca —le dije a mi reflejo—. Esto no puede pasar.

Pero mientras me lavaba la cara con agua fría, supe que ya había pasado. No la infidelidad física, eso vendría después.

Lo que había pasado era algo peor: el reconocimiento de que podía desear a otro hombre con una intensidad que Carlos nunca me había provocado, ni siquiera en nuestros mejores años. Y una vez que sabes eso de ti misma, no hay vuelta atrás.

Me volví a la cama, pero ya no dormí. Esperé el amanecer con los ojos abiertos, planeando cómo volver a cruzarme con él, cómo prolongar esta interinidad que de repente se había vuelto la única cosa que me importaba.

Si aquel día hubiera sabido lo que iba a vivir durante cuatro años, no sé si me hubiera quedado. Cuatro años de sexo apasionado, una relación paralela lejos de casa y ni un poco de sentimiento de culpabilidad. El peso en el corazón no sirve de nada.

CAPÍTULO 8

En la actualidad

Juani

Tengo la nevera a reventar y la gran mesa de madera de la cocina de la casa de mis padres está repleta de bandejas de comida. Me he pasado todo el día preparando la fiesta de cumpleaños de mi sobrina Alicia. 23 añitos. Es la más joven de todos los primos, y desde que su madre murió, yo me encargo de la celebración de su aniversario. A mi cuñada Rosa se la llevó un cáncer en cuestión de menos de veinte meses. Alicia, su única hija, era una adolescente de dieciséis años que había pasado los últimos dos viendo cómo su madre se iba apagando poco a poco. Rosa fue sometida a todos los tratamientos disponibles, cada vez más duros, sin éxito alguno. Como mi madre decía, cuando nos llega la hora no hay nada que pueda salvarnos.

Manuel, mi hermano y marido de Rosa, quedó devastado tras la muerte de su mujer. Se centró en el trabajo, en la casa y en cuidar de su hija, pero no sabía cómo acercarse a ella ni cómo romper el caparazón que había construido en torno a su dolor. Mi hermano me pidió ayuda porque pensó que yo era lo más parecido a una madre para Alicia y, con su permiso, entré poco a poco en su vida. Quería que supiera que podía contar conmigo, que no estaba sola con su padre en el mundo. Ella aceptó todos y cada uno de mis

ofrecimientos: ir de compras, salir a merendar juntas al centro, elegir unas nuevas sábanas y colcha para su cama y, por fin, sus fiestas de cumpleaños. Las hacíamos siempre en la que fue la casa de mis padres, que Todos los hermanos decidimos mantener cuando ellos murieron. El jardín es grande y además la casa es el punto de encuentro natural de toda la familia.

En eso estamos, celebrando su fiesta, porque ella siempre será mi niña.

El sonido del portón de madera abriéndose me alerta de que la familia empieza a llegar y salgo a recibirlos. Carlos, Pablo y Sira llegan con una inmensa tarta de cumpleaños dentro de una caja con los inconfundibles lunares fucsia y azul marino de la pastelería Ascaso, la preferida de Alicia.

Sira lleva en la mano una gran bolsa de papel hasta arriba de regalos para la homenajeadada. Sé que le ha comprado un bolso precioso, unos pendientes y una gargantilla que le van a hacer mucha ilusión. Ella es la más próxima a sus gustos, y me ha dicho que le ha organizado una sorpresa que nadie espera.

Cuando ya estamos todos en el jardín, Alicia abre la puerta seguida de su padre y, cuando nos encuentra a todos reunidos por ella, se lleva las manos a la cara y comienza a llorar de felicidad.

—Os quiero tanto, familia...

Mi hijo Jorge es el primero en correr a abrazarla.

—Primita... Estás hecha un bombón, voy a tener que ponerte vigilancia. Felicidades, chiquitina, ya tienes veintitrés primaveras. ¿Ya usas contorno de ojos?

Todos ríen ante la broma de Jorge, que da lugar a otras muchas de las que él mismo acaba siendo el objetivo.

Me encanta ver a toda la familia reunida. Esta vez es la primera que Carmina no está, y veo a mi hermano más relajado. Pablo ha sufrido mucho estas últimas semanas desde que su madre hizo lo que hizo, pero ahora, con ella de viaje, la calma ha vuelto.

Carmina se ha ido de viaje durante tres semanas a Bali con Lucía, su amiga de toda la vida, que también está divorciada. Creo que le irá bien a ella cambiar de aires y, por supuesto, su ausencia va a permitir que Pablo se reponga de tanta tensión.

Ojalá encuentre pronto a alguien en su vida.

No le guardo rencor por lo que hizo. Más bien me da lástima, aunque deteste el dolor que ha infligido a mi hermano y a mi sobrino. Creo que la decisión de Carlos de divorciarse ha debido ser muy difícil para él, pero estoy convencida de que ha hecho bien en tomarla. Hoy en día, un hombre de cincuenta y dos años puede rehacer su vida sin problemas. Mi hermano es un hombre muy atractivo, lleno de proyectos e ideas. También es divertido, aunque esta faceta haya quedado escondida durante su matrimonio con Carmina. No es de salir por ahí a ligar, ni siquiera lo fue de joven. Aun así, estoy segura de que, antes o después, encontrará a la mujer de su vida.

Entro junto a mi hermano Carlos para buscar las copas en el armario del viejo comedor. Manuel ya está sacando el cava de la nevera para brindar por Alicia, mientras Sira pone los platos de postre y las cucharillas. Jorge y Pablo se están encargando de poner las veintitrés velas a la tarta para encenderlas y salir con ella al jardín en cuanto Sira les dé la señal convenida.

Me coloco cerca de Alicia porque quiero contemplar su reacción al ver a sus primos con la tarta y todos empiezan a cantarle “Cumpleaños feliz”. El brillo de sus ojos me dice todo lo que quería saber. Ha recobrado la alegría, esa que se fue con su madre y que ha tardado tantos años en volver a ella. Cierra los ojos para soplar las velas mientras Carlos le dice:

—Ali, pide un deseo.

Nada más apagar las velas, todos aplaudimos y veo que dos personas a las que no esperábamos salen al jardín seguidas de Sira. La sorpresa eran ellos, sin duda. Concretamente, él, Alberto, el amigo de Sira que Alicia conoció durante la boda y que parece haberse convertido en alguien importante para mi sobrina.

Ella lo mira sonrojada e ilusionada, mientras él se le acerca con un ramo de flores y le da un beso rápido en los labios, ante el aplauso entusiasmado de toda la familia. Todos reímos cuando, de repente, suena el móvil de Pablo. Lo saca del bolsillo, mira la pantalla, y su cara cambia. Se pone serio de golpe.

—Tengo que cogerlo —dice, ya levantándose de la silla.

Se aleja unos pasos y habla en voz baja, pero veo cómo se le tensan los hombros. Sira deja el tenedor y lo observa con esa expresión que tiene cuando algo va mal. Lleva apenas cinco meses casada con mi sobrino, pero ya conozco esa mirada. La de quien sabe que el trabajo de su marido siempre pasa por delante.

—¿Qué pasa? —pregunta Carlos cuando Pablo vuelve a la mesa.

—Un problema urgente en el bufete. Necesitan que revise unos documentos antes de mañana a primera hora.

Sira suspira, apenas audible, pero yo la oigo.

—¿Ahora? —pregunta ella, y en su voz hay algo de decepción contenida.

—Es importante —dice Pablo, cogiendo las llaves del coche—. Vuelvo en cuanto pueda.

—Pero si has bebido—protesta Sira.

—Solo una copa. Estoy bien.

Pablo besa a Sira en la mejilla, saluda a todos con prisa y desaparece por la puerta. El ruido de su coche al arrancar se oye desde el jardín.

Sira se queda quieta, mirando su plato. Noto que está incómoda, como siempre que Pablo la deja plantada por el trabajo.

—Yo te llevo a casa cuando quieras —le susurra Carlos, y su voz es firme—. No te preocupes.

Sira levanta la vista y asiente, agradecida.

—Gracias.

Yo observo a mi hermano. Se preocupa de verdad por ella y sabe que lo está pasando mal con todo esto de la promoción de Pablo en el bufete, que está tan ausente. Tiene muchas cosas en común con Sira y siempre se han entendido bien. Ella es un gran apoyo para Carlos tras el divorcio, ayudándolo a todo lo referente a la elección de su nueva casa.

Carlos le sirve más vino a Sira, y en ese gesto sencillo hay más atención de la que Pablo le ha prestado en semanas. Tengo que hablar con mi ahijado; no es la mejor manera de cuidar a su mujer.

CAPÍTULO 9

Carmina

El avión tiembla al despegar de Madrid y yo aprieto los reposabrazos hasta que se me ponen los nudillos blancos. No me gusta volar. No me gusta ceder el control a un piloto que no conozco, a una máquina que no entiendo, a la física que me recuerda lo pequeña que soy. Pero Lucía me miró con esos ojos que tiene, los de "si no vienes me enfado de verdad", y algo en mí cedió. Quizás porque la casa estaba demasiado vacía sin Carlos. Quizás porque Adrián no llamó en toda la semana. Quizás porque necesitaba huir de mí misma, aunque eso sea imposible.

Miro por la ventana mientras Madrid se convierte en un mapa de luces amarillas, luego en nada. Las nubes son un muro blanco que me aísla del mundo que dejo atrás. Pienso en Carlos en este momento, probablemente cenando con Pablo y Sira en algún restaurante de moda, sin mí. Pienso en Adrián, que me dijo "disfruta" con una indiferencia que me dolió más de lo que quise admitir. Pienso en mi plaza en el juzgado, en los expedientes que se acumularán sin mí, y por primera vez en años no me siento indispensable. Es extraño. Es liberador. Da miedo.

Lucía duerme a mi lado con la boca abierta, indiferente a la turbulencia, a la vida, a todo. Le envidio esa capacidad de desconectar. Yo llevo dos horas despierta, contando los minutos, preguntándome por qué acepté esto.

El calor me golpea al bajar del avión en Denpasar. Es un calor húmedo, pegajoso, que se cuela por los poros antes de que pueda respirar. Huele a especias, a combustible, a flores que no reconozco. El aeropuerto es caos organizado: monjes con túnicas naranjas caminan entre turistas en shorts, vendedores gritan ofertas de transporte, y una música gamelán suena desde algún altavoz invisible.

—¿Todo bien? —pregunta Lucía, ya con las gafas de sol puestas a las seis de la mañana.

Asiento, aunque no es verdad. Todo me resulta excesivo. Demasiado olor, demasiado color, demasiado ruido. En el coche hacia el resort, el tráfico balinés me parece una coreografía suicida: motos con familias enteras, camiones pintados de colores brillantes, ofrendas de flores en cada esquina. Cierro los ojos y respiro hondo, intentando encontrar el centro que siempre he tenido en el juzgado, en mi rutina, en mi control.

El primer amanecer me encuentra despierta a las cinco, jet lag obligatorio. Salgo al balcón de la villa y el cielo me detiene el aliento. No es un amanecer como los de mi ciudad, gris y gradual. Aquí el sol estalla de golpe sobre el océano, tiñendo todo de naranja, rosa y oro, como si el mundo se pintara a sí mismo deprisa, sin pedir permiso. Me quedo ahí, en pijama, sintiendo el aire cálido y húmedo en la piel, hasta que Lucía aparece con dos tazas de café.

—Esto es el paraíso—dice.

No respondo. No estoy segura de estar de acuerdo. Pero algo se afloja en mi pecho, un nudo que llevaba años sin notar que existía.

El mercado de Ubud es un asalto a los sentidos. Camino entre puestos de frutas que no conozco, y me sorprendo con la cantidad de colores diferentes que puede llegar a haber en un mercado. Me resulta relajante curiosear la manera en la que los comerciantes negocian con los compradores en un idioma que desconozco. Tengo que observar sus gestos para descifrar quién va ganando en ese tira y afloja para conseguir el precio deseado.

Lucía se compra un vestido precioso, lleno de colores, estampado en tie-dye. Yo busco entre los que están colgados en el puesto y me decido por un vestido largo de algodón teñido de rojo que se anuda tras el cuello.

—Buena elección —me sopla Lucía al oído.

Más tarde, en la piscina del hotel, observo a una mujer de unos sesenta años desde mi hamaca. Habla con el camarero en un inglés imperfecto, riendo de sus errores, sin vergüenza. Lleva el pelo canoso suelto, sin tinte, y algo en su forma de moverse me recuerda a mí misma... pero no a la mujer que fui ayer. A la mujer que podría ser mañana.

—Es viuda—dice Lucía, apareciendo con dos cócteles—. Vendió su empresa de software hace cinco años. Ahora viaja seis meses al año.

—¿Y antes? —pregunto, aceptando la bebida.

—Antes era abogada. Treinta años en un bufete de Boston. Me dijo ayer que despertó un día y no soportaba la idea de morir sin haber vivido.

Bebo un sorbo. El cóctel es dulce, tropical, nada como el vodka que bebía en casa. Pienso en mi plaza en el juzgado. Mi plaza propia, conseguida tras años de oposiciones, de madrugones, de estudiar mientras Carlos dormía. También tras cuatro años pasados lejos de casa, compartiendo algunas noches mi cama con Fernando, el juez que me descubrió que podía desear a otros hombres más de lo que nunca había sentido por mi marido. Una plaza que casi olvido que tengo porque pasé demasiado tiempo mirándome en el espejo en lugar de mirar hacia fuera.

—Tú tienes algo que ella no tuvo —dice Lucía, sentándose en la hamaca junto a mí.

—¿El qué?

—Seguridad. Una plaza, Carmina. Un sueldo fijo. Experiencia. Esa mujer arriesgó todo para empezar de cero a los sesenta. Tú podrías empezar ahora, casi a los cincuenta, con mucho menos riesgo.

La miro. Es la primera vez en días que alguien me dice algo que no sea una acusación o una mentira reconfortante.

—¿Empezar qué? —pregunto, y mi voz suena diferente. Menos filosa. Más curiosa.

—Lo que quieras. Especializarte en algo. Hacer cursos. Pedir una excedencia y estudiar un máster. Montar tu propio bufete de abogados. Tienes el título, la experiencia, la plaza de respaldo si falla.

Miro el océano. El sol se está poniendo, pero por primera vez no veo el final del día. Veo el principio de algo.

—Nunca pensé en ello —digo, casi para mí misma—. Siempre pensé que mi carrera era... secundaria. Que lo importante era ser la esposa de Carlos. La madre de Pablo. La amante de Adrián.

—Y mira dónde te ha llevado eso.

Asiento. No me duele la verdad. Me alivia.

—Tengo cuarenta y nueve años —digo.

—Y casi veinte de carrera por delante. Quizás más. Mi madre trabajó hasta los setenta y cinco y solo se jubiló porque quiso.

Pienso en el juzgado. En los expedientes que me sé de memoria. En la sensación de saber que tengo razón, de cerrar un caso, de ayudar a alguien, aunque sea con un papel firmado. Esa sensación que sustituí por la adrenalina del secreto, del riesgo, de la conquista.

—¿Crees que podría? —pregunto.

—¿Crear una vida que sea tuya? Sí. Pero tienes que dejar de definirte por los hombres que has tenido y empezar a definirte por lo que haces.

Bebo el cóctel y esta vez no sabe a derrota. Sabe a posibilidad.

—Mañana vamos al tour de templos —dice Lucía, levantándose—. Y pasado, si quieres, busquemos información sobre másters en internet. O sobre cómo montar un despacho. O sobre excedencias. Tú eliges.

—Elijo —repito, probando la palabra en mi boca.

Esa noche no duermo. Me quedo en la terraza de la villa, mirando el océano oscuro, y hago listas en mi cabeza. No listas de arrepentimientos. Listas de posibilidades. Especializaciones que nunca consideraré. Cursos que nunca hice. Ciudades donde podría pedir un destino diferente. Proyectos que podría empezar.

Pienso en Carlos y siento algo que no es rabia. Lástima. Lástima porque él también se quedó atrapado en una vida que no eligió. Pienso en Adrián y no siento nada. Una especie de vacío donde antes había fuego. No me arrepiento de los años con él, pero ya no los necesito. No lo necesito a él.

Pienso en mí misma y, por primera vez en décadas, no veo una mujer acabada. Veo a una mujer con una plaza, un título, una experiencia, y veinte años por delante para usarlas.

Cuando Lucía aparece a la mañana siguiente con el café y el folleto del tour, yo ya estoy vestida. Llevo puesto el vestido de una pieza, sí, pero esta vez no me siento como una mujer que se rinde. Me siento como una mujer que está eligiendo empezar.

—¿Lista? —pregunta.

—Lista —digo, y lo digo en serio.

En el templo, mientras la guía explica la historia de la piedra y los siglos, yo pienso en mi propia vida. En cómo pasé de ser una estudiante ambiciosa a una mujer que vivía a través de los hombres. En cómo puedo volver a ser la primera sin negar la segunda. En cómo los errores no tienen que definir el final, sino solo el camino.

—¿En qué piensas? —pregunta Lucía al salir.

—En que quiero pedir una excedencia —afirmo, convencida—. Un año. Para hacer un máster en Derecho de Familia. Y luego... luego ya veré. Quizás vuelva al juzgado. Quizás monte algo propio. Pero quiero que sea mi decisión. No la consecuencia de lo que dejé atrás.

Lucía sonríe. Es la primera sonrisa genuina que le veo en días.

—Esa es mi Carmina —asevera.

No es su Carmina. Es la mía. Y por primera vez, eso me parece bien.

CAPÍTULO 10

Carlos

Carmina me pide que quedemos. No llama al móvil; envía un email formal, como si fuéramos desconocidos que necesitan resolver un trámite. Propone un café cerca de Helix, a media mañana, cuando sabe que estaré ocupado y, por tanto, la conversación será breve. Acepto porque sigo sin saber decirle que no.

Llega puntual, como siempre. Lleva un vestido informal que no reconozco, de alguna tienda de Bali, supongo, y unos zapatos cómodos que nunca habría usado antes. Se sienta frente a mí y sonríe. Es una sonrisa diferente, casi abierta, y me desconcierta.

—He pedido la excedencia —me suelta—. Un año. Para hacer el máster en Derecho de Familia en la Universidad de Barcelona.

Asiento. No sé qué esperaba, pero no esto. No una mujer con planes, con futuro, con una energía que no tenía cuando vivíamos juntos.

—Ya veré si vuelvo al juzgado o monto algo propio —continúa—. Pero quiero que sea mi decisión. No una consecuencia de... de nosotros.

—Nosotros —repito, probando la palabra—. Eso ya no existe, Carmina.

—Lo sé. Por eso quería contártelo. Antes de que lo supieras por alguien que no sea yo.

La miro fijamente. Hay algo en su voz, una vacilación que no cuadra con la seguridad de hace un minuto.

—¿Hay algo más? -pregunto.

Abre la boca. La cierra. Y en ese segundo de silencio, sé que hay algo. Sé que hay alguien. He estado veintitantos años casado con esta mujer, sé cómo se comporta cuando miente.

Pero no confiesa. No ahora. Solo niega con la cabeza y cambia de tema, habla de la casa, de los papeles del divorcio, de si necesito algo de la casa. La dejo hablar, observando cómo sus manos se mueven nerviosas sobre la taza de café que no ha tocado. Me pregunta sobre el importe de la pensión compensatoria que le pasaré, y durante cuánto tiempo lo haré.

—Te dije que no te ibas a quedar colgada. Te pasaré dos mil quinientos euros al mes durante tres años. Yo creo que con eso tienes suficiente.

—¿No podrían ser tres mil?

—No tienes a nadie que dependa de ti, tienes el usufructo de casa y yo pago los impuestos. ¿No te parece que es excesivo pedir más? Sabes que te quedas con doscientos mil euros en una cuenta corriente.

Carmina reflexiona un momento y asiente.

—Vale. Lo firmamos cuando me digas.

Nos despedimos y vuelvo al trabajo, aunque hago una pausa para comer y quedo con Sira, que vuelve a estar sola esta semana. Otro congreso que reclama la presencia de Pablo. Mientras comemos, le cuento que he visto a Carmina esta mañana, y sus planes.

—Me alegro de que haya decidido hacer algo útil con su vida. Así no tendrá tiempo para planear cómo fastidiar a los demás.

La sinceridad de mi nuera me hace estallar en carcajadas. Ella sonríe, divertida por la espontaneidad de mi reacción.

—Lo siento, pero es que contigo me siento en confianza para hablar así.

—Y me encanta.

Reflexiono un instante antes de seguir hablando y decido que ella merece que le explique mi extraña sensación de esta mañana.

—Si me guardas el secreto, creo que oculta algo.

—Siempre lo he pensado.

—Juani me dice lo mismo desde hace años.

—Mientras no os haga daño ni a ti ni a Pablo, que haga lo que quiera. Lo demás me es igual.

—Y tú, ¿cómo llevas la ausencia de mi hijo?

Sira aprieta los labios antes de responder.

—Cuando se va por un congreso lo comprendo; pero siento que está ausente incluso cuando se sienta a mi lado.

Noto un deje de tristeza en su voz que me preocupa. Tengo que hablar con mi hijo, no puede ser que se comporte así a los pocos meses de casarse.

—¿Nos vemos mañana, Sira? Tenemos tres visitas seguidas por la tarde. Gracias por concertarlas.

—Tengo la corazonada de que la segunda visita te va a sorprender.

Nos despedimos con dos besos y vuelvo a mi despacho. A las tres tengo una reunión con unos inversores japoneses para el proyecto que debe comenzar en unos meses. Quiero pedirle a Sira que deje la universidad y que sea su investigadora principal.

Adrián, mi amigo y responsable de los asuntos jurídicos de mi empresa, aparece en mi despacho de Helix a las cuatro de la tarde. No tiene cita. Su cara me dice que es algo grave antes de que abra la boca.

—¿Tienes un minuto? —pregunta, y su voz suena ronca, usada.

Asiento. Cierro la puerta, aunque no suelo hacerlo. Algo en su postura me pone en alerta.

—Necesito contarte algo —dice, sin sentarse—. Y necesito que escuches todo lo que tengo que decirte antes de reaccionar.

—Adelante.

Se pasa una mano por la cara. Parece haber envejecido diez años en una semana.

—Es sobre Carmina. Y sobre mí.

Siento que el suelo se inclina ligeramente, como cuando estás en un barco y dejas de notar el movimiento hasta que alguien te lo recuerda.

—Llevamos siete años juntos —dice Adrián, y las palabras caen entre nosotros como objetos pesados, rotos—. Una aventura. Empezó... empezó sin querer. Una noche en la que tú estabas en un congreso en el extranjero; fueron unas copas seguidas de una confidencia que se fue de las manos. Y luego no supimos parar.

No digo nada. No puedo. Mi cerebro procesa la información, pero mi cuerpo no reacciona, como si estuviera observando la escena desde fuera.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada—continúa Adrián—, pero necesito que sepas que ella no quería hacerte daño. Ninguno de los dos, en realidad. Era... era algo aparte, algo que no tenía nada que ver con...

—¿Con qué? —mi voz me suena extraña, como si fuera otra persona la que pronuncia estas palabras— ¿Con nuestro matrimonio? ¿Con nuestra amistad? ¿Con el hecho de que eres mi abogado, mi socio, mi...?

—Lo sé. Lo sé todo.

—Joder, Adrián. Estaba casi seguro de que había alguien en su vida, pero... ¿precisamente tú? ¿Por qué me lo cuentas ahora? —pregunto, y esta vez sí hay rabia, contenida pero presente—. ¿Por qué arriesgas tu puesto en Helix?

—Porque ella me lo pidió —me responde Adrián sin dudar un segundo—. Dice que tarde o temprano lo ibas a descubrir, o que

alguien más lo haría. Y prefiere controlar cómo te enteras.

Asiento. Eso suena a Carmina. Siempre prefiriendo tirar del hilo antes de que se le escurra de las manos.

—Siempre fue buena en eso —asevero, y mi voz suena extrañamente serena—. Controlar la narrativa.

Adrián asiente, y el gesto me da asco. Pero no siento la rabia que esperaba. O no solo rabia. Siento algo más frío, más definitivo: la certeza de que mi decisión fue la correcta. Los últimos meses dudando, sintiéndome culpable, preguntándome si exageraba... todo eso se desvanece. No exageraba. Me quedé corto.

—Ya sospechaba que había alguien —le suelto, mirándolo fijamente—. Aunque no quería saber quién. Y hubiera preferido que no fueras tú. Es una deslealtad imperdonable, en todos los sentidos posibles. Nos conocemos desde hace treinta años, te he dado un puesto clave en la empresa, has tenido acceso a todo... y tú me lo pagas engañándome con Carmina.

Adrián baja la vista.

—Vete. No quiero verte hoy. De momento, estás suspendido de empleo. Deja tu móvil y tu ordenador ahora mismo en el despacho de Pilar, la jefa de recursos humanos. Y dame tu acreditación. De momento, no la necesitas. Alguien de Seguridad te abrirá la puerta para que salgas.

—Carlos, yo...

—He dicho que te vayas.

Adrián da un paso atrás, luego otro. Cuando llega a la puerta, se detiene.

—Lo siento. De verdad.

No respondo. No confío en seguir manteniendo mi serenidad. Descuelgo el teléfono inmediatamente para llamar a Pilar. Le digo que Adrián está suspendido y que, de momento, tiene que devolverle de inmediato el móvil y el ordenador. Todos sus accesos electrónicos deben ser anulados. En todas las aplicaciones. Ella se

encarga de todo ello, y Patricia, su mano derecha, va al departamento de Asesoría Jurídica para tomar las riendas de todos los asuntos y evitar que cualquier información pueda salir de allí. Los hasta ahora subordinados de Adrián van a ser puestos al día de su salida de la empresa, y se les va a advertir de que no pueden filtrar nada fuera de allí.

Cuando cuelgo, me siento en la silla y miro por la ventana. Zaragoza se extiende bajo un cielo gris de febrero. Siete años. Adrián y Carmina. Pienso en todas las cenas, los viajes de empresa, las noches en las que yo llegaba tarde a casa y él... él estaba donde yo no estaba. Le he dado acceso a todos mis documentos, incluso los más delicados.

Me doy cuenta de algo que me duele más que la traición: puedo contar con los dedos de una mano las personas en las que confío plenamente. Y acabo de perder a una de ellas.

El teléfono vibra. Es Sira.

—¿Carlos? —Su voz suena preocupada— ¿Te pasa algo? Me has mandado un mensaje antes diciendo que quedábamos mañana, pero no me has dicho a qué hora. Y tengo una corazonada. He pensado en ti y me ha entrado una especie de angustia... No te rías, pero dime si estás bien.

Sonrío, aunque no tengo ganas.

—Estoy bien —miento.

—No me lo creo. ¿Tienes algo previsto para esta noche?

—No.

—Ven a casa. Pablo sigue en el congreso, y voy a preparar tortilla de patata de la que a ti te gusta. Con cebolla.

Intento negarme, pero la verdad es que no quiero estar solo y me muero por cenar su tortilla de patata. Así que acepto.

Cuando llego a su casa, Sira tiene la mesa puesta para dos. La cena está caliente y hay una botella de vino abierta. Hablamos de tonterías al principio, de su trabajo en la universidad, del proyecto

de Helix que quiero proponerle. Pero el vino fluye, y yo bebo más de la cuenta, y en algún momento dejo de filtrarme.

—He sido un idiota —digo, mirando el fondo de mi copa—. Un idiota durante siete años.

Sira deja el tenedor. No pregunta quién, ni cómo, ni por qué. Solo me mira con esos ojos serios que tiene, esperando a que continúe hablando con la delicadeza de quien sabe que no debe presionar, porque hay una herida que sangra.

—Adrián y Carmina —suelto de sopetón—, y sus nombres me saben a veneno. Siete años, Sira. Siete putos años.

—Lo siento. ¡Qué asco me dan! Tu amigo y Carmina. ¿Cómo lo has sabido?

—Él solo ha venido a decírmelo a las cuatro. Ella lo ha hecho confesar, y todavía no entiendo la razón, porque Adrián tiene mucho que perder.

Tras unos segundos de duda, Sira verbaliza su hipótesis al respecto.

—Quizá ha decidido deshacerse de él.

—Ahora que lo dices, es probable. Carmina ha decidido comenzar una nueva vida, y supongo que lo va a hacer en todos los sentidos.

—¿Se lo vas a decir a Pablo?

—No sé qué hacer.

—¿Y Adrián, supongo que lo has despedido, no? Ocupa un puesto de confianza, y te ha demostrado que no la merece.

—De momento lo he suspendido, pero mañana pediré a Pilar que inicie el despido. Tienes razón. Hoy no he querido hacerlo, porque no me gusta tomar decisiones en caliente. Pero es un hecho: no merece mi confianza.

—Aunque te haya dolido, es mejor así. Ya sabes lo que ha pasado, y divorciarte ha sido tu mejor decisión. Carmina tampoco te merecía.

—He tenido que echar mano de toda mi serenidad, te lo aseguro. Pero al menos... al menos ahora lo sé. Ahora estoy seguro de que hice lo correcto al divorciarme. De que no me lo inventé.

Sira asiente y se sienta a mi lado, en el sofá. Me quita la copa de la mano, suavemente.

—Creo que ya has bebido suficiente —me dice con cariño—. ¿Quieres café?

—Quiero olvidar.

—El café no te hará olvidar, pero mañana no te sentirás tan mal.

Sonrío, aunque no tengo ganas. Pero hay algo en su voz, en su manera de estar ahí sin juzgar, que me alivia. No es romanticismo. Es algo más valioso: lealtad. Alguien que está a mi lado porque quiere, no porque deba hacerlo.

Cuando intento levantarme, el mundo se inclina un poco.

—Quédate —casi me ordena—. No quiero que conduzcas ahora.

Sira me agarra del brazo y me acompaña hasta la habitación de invitados.

—Te traigo un pijama y una muda limpia para mañana. Creo que Pablo y tú tenéis la misma talla de ropa.

—¿No te importa?

—¿Que te quedes? Eres mi familia. Y, además, te considero mi amigo. Aunque Pablo no esté, estás en tu casa.

Sira me trae la ropa; aprovecho para desnudarme y cambiarme mientras ella va a la cocina.

Cuando regresa, ya me he acostado y estoy mirando el techo. Sira me trae un vaso de agua y un ibuprofeno que dejo en la mesa auxiliar.

—Descansa, Carlos. Mañana te espero para desayunar juntos.

Cierro los ojos. Siete años de mentira. Un matrimonio que nunca fue lo que creía. Un mejor amigo que resultó ser un desconocido, y también un traidor.

Pero también tengo esto: una persona que me abre su casa sin preguntar, que me cuida sin condiciones, en quien sé que puedo confiar ciegamente.

Por primera vez en semanas, dejo de sentirme solo.

CAPÍTULO 11

Sira

El olor a café recién hecho y a pan caliente me despierta poco a poco. Necesito unos segundos para pensar cómo ha llegado ese aroma a mi nariz, porque Pablo no llega hasta esta noche del congreso al que ha acudido estos días. La cena de ayer... Carlos...

Tomo una ducha rápida y me visto con un pantalón de chándal y una camiseta de la universidad de la Sorbona antes de seguir el rastro del café como haría un perro tras el olor de una salchicha. Me encuentro a mi suegro fresco como una rosa, vestido con unos Levi's de mi marido y una camisa arremangada, también tomada prestada de su hijo.

—Buenos días, te veo mejor de lo que esperaba —lo saludo sonriente.

—Claro. Me cuidaste la mar de bien anoche.

—Ni por nada del mundo te hubiera dejado coger el coche, Carlos.

—Gracias. Por estar siempre ahí, sé que puedo contar contigo. Discúlpame, me pasé con el vino. No acostumbro a beber así, te lo prometo.

—Lo sé, y no tienes que disculparte. Y menos aún con la noticia que recibiste ayer. Cada vez que lo pienso, me pongo de mala leche.

Me dedica una sonrisa mientras vierte el café en mi taza favorita.

—¿Cuánto azúcar le pones al café?

—Solo una, gracias. No soy Juani.

Se ríe de mi respuesta porque su hermana le pone tres cucharadas de azúcar al café... con leche. Si lo toma solo, vacía medio azucarero en la taza antes de remover el sirope de café en el que se ha convertido.

—¿Has dormido algo esta noche? —le pregunto, aunque creo que está más despierto que yo.

—He soñado con Adrián, con el momento en el que vino a hablar conmigo. ¿Sabes cuando repites en tu cabeza una situación una y otra vez?

—Sí, también me ha ocurrido en alguna ocasión.

—Repetía la escena, diciéndole todo lo que no supe decir en ese momento. Después, he pensado en cómo tratar el tema con Carmina y Pablo. ¿Te puedo pedir un favor?

—Sabes que te voy a decir que sí.

—No le digas a Pablo que ayer bebí más de la cuenta y tuve que quedarme aquí por eso. Le contaré que me quedé a dormir, pero no quiero que tenga la imagen de su padre como perdedor.

—Carlos, tú no eres un perdedor. Nadie podría haber gestionado mejor la información que te dio Adrián. El 99% de los hombres que conozco hubieran perdido los nervios, e incluso le habrían pegado un puñetazo. Tú mantuviste la calma e hiciste lo que debías. Estoy orgullosa de ti.

Mi suegro me abraza y apoya la barbilla sobre mi cabeza.

—Eres un sol.

Nos separamos y nos sentamos a desayunar. Ha salido a buscar unos croissants para celebrar que es sábado. Creo que la noche de ayer marcó un punto de inflexión en su historia con Carmina. Veo la determinación en su mirada mientras me anuncia:

—He decidido que nos reunamos todos. Carmina, Pablo, tú y yo. Quiero que todos conozcamos la verdad, que Carmina se confiese

ante nosotros y deje de representar un papel para manipularnos a todos a su antojo.

Lo miro fijamente, y hasta el café se me enfría entre las manos.

—¿Estás seguro? Te enteraste ayer, hace tan solo unas horas.

—Lo sé, pero no voy a esperar. Esta vez, no. No pienso dejar que Carmina siga controlando quién sabe qué y cuándo. No. Llevo más de veinticinco años esperando a que las cosas cambien. No quiero ni un día más de mentiras. Pablo es adulto y tiene derecho a conocer la realidad.

No soy amante de la precipitación, pero asiento porque entiendo su urgencia.

—¿Cuándo?

—Hoy. Esta tarde, aquí en vuestra casa, si no te importa. Es territorio neutral, ni mi casa ni la de Carmina. Pablo llega a las seis.

—Me parece bien. Sabes que te voy a apoyar en todo.

Carlos me acompaña a hacer la compra de la semana, porque no quiere que me tenga que hacer cargo de todo yo sola. Las tareas domésticas que habíamos planeado compartir con Pablo antes de casarnos son en realidad todas para mí. No es ciego y se da cuenta de todo, aunque actúe con su discreción habitual.

A las seis y media, el salón de mi casa parece el escenario de una obra de teatro que nadie quiere representar. Pablo acaba de llegar, y la maleta espera todavía en el recibidor a ser vaciada. Me da un beso al abrir la puerta, y su cara se transforma en confusión cuando ve a sus padres sentados uno en cada sofá. No está seguro de si cada uno representa un país en guerra que comparte frontera con su vecino incómodo.

—¿Qué pasa? —me pregunta, porque sabe que mi punto de vista será más objetivo que el de cualquiera de sus progenitores.

—Tu padre quiere hablar con todos nosotros.

Carmina cruza las piernas. Lleva un vestido azul que no le había visto nunca, y un maquillaje perfecto, como si se hubiera preparado

para ir a una cena de negocios. Esta vez noto algo diferente en ella: advierto una rigidez en los hombros y una forma de mirar a Carlos que no es ni desafío ni súplica, sino algo más parecido al miedo.

—Ya estamos todos —empieza Carlos—. Voy a ser breve. Ayer, Adrián, mi amigo y asesor jurídico de Helix desde hace años, vino a mi despacho. Me confesó algo que llevaba siete años ocultándome. Siete años, Carmina. Me dijo que tú y él, que vosotros...

—No hace falta que sigas —interrumpe Carmina, con un hilo de voz—. Es verdad, todo es verdad.

Pablo se queda inmóvil, congelado. Durante los primeros segundos, creo que no ha comprendido, que las palabras han rebotado en su cerebro sin penetrar. Luego su rostro se transforma: primero la incredulidad, la negación automática, y luego el enfado, creciendo como una marea que no puede contener. Me da miedo la explosión que va a llegar.

—¿Siete años? ¿Siete putos años, mamá? ¿Mientras papá...? ¿Mientras yo...?

—No es lo que piensas —se defiende Carmina, pero ni ella se cree lo que está diciendo.

—¿Entonces qué es? —Pablo da un paso hacia ella, y yo me interpongo instintivamente para que no haga ni diga algo de lo que podría arrepentirse. —¿Que nos has mentado a todos? ¿Que has hecho que papá se sienta culpable por divorciarse cuando tú...?

—Pablo —le digo poniendo una mano en su brazo, que él aparta.

—No, Sira. No me pidas calma.

Se gira hacia su madre y veo lágrimas en sus ojos, pero también algo que se ha roto dentro de él.

—Te defendí. Cuando papá dijo que quería el divorcio, te defendí. Pensé que él había dejado de quererte. Y mientras tanto, tú...

Carmina se levanta. Su postura se quiebra, y se acerca a Pablo extendiendo una mano, pero él retrocede como si su contacto fuera veneno.

—No me toques.

Entonces ocurre. Carmina se derrumba, pero no de la forma teatral que yo esperaba: no con lágrimas de cocodrilo ni con manipulación emocional. Se sienta de nuevo, lentamente, como si sus piernas ya no pudieran sostenerla, y cuando habla, su voz es diferente, es la voz de alguien que ha dejado de fingir.

—Tenéis razón —deja ir de repente, mirando primero a Pablo y luego a Carlos—. Los dos. He sido una mentira durante tanto tiempo que ya no sé quién soy sin ella. He construido mi vida entera sobre engaños, sobre control, sobre el miedo a que alguien me descubriera. Y ahora... Ahora que lo sabéis, me doy cuenta de que no hay nada. No hay nada debajo. Solo una mujer vacía que ha perdido a su familia por su propia cobardía.

Miro a mi suegro. Intenta ocultar sus emociones, pero veo que sus manos tiemblan, esperando la continuación, como yo. En silencio temo que Carmina vuelva a intentar algo, y esta vez, en serio.

—No sé si puedo arreglar esto. No sé si merezco que me perdonéis, pero no quiero seguir siendo esta persona que os ha hecho tanto daño. Había decidido empezar de nuevo, haciendo un máster en derecho de familia y abriendo un bufete, pero tengo que hacer un cambio radical. Aprender a ser yo de verdad, aunque eso signifique que os pueda perder a todos.

Su voz se rompe. El silencio que sigue es diferente, renovador. Pablo sigue de pie, tenso y rígido, pero ahora sus lágrimas no son de rabia, sino de dolor. Carlos se levanta y va hacia la ventana, mirando hacia fuera como si buscara algo en el horizonte.

CAPÍTULO 12

Carmina

S algo de la casa de mi hijo con el alma rota y la cabeza baja. Los últimos años de mi vida acaban de pasarme la factura final. Cara, muy cara. No creo que pueda olvidar la cara de mi hijo al apartarse de mí. Lo peor de todo es que sé que me lo merezco.

Carlos ha sido muy hábil al forzarme a reconocer ante Pablo mi relación con Adrián. Aún a pesar de todo el daño que le he hecho, antes de irme me ha dicho que la semana próxima firmaremos el convenio de divorcio. No se ha aprovechado del momento para retirarme parte de lo que me había concedido, y eso dice mucho a su favor. He sido una estúpida, y tendré que vivir con ello el resto de mi vida.

La mirada de Sira ha sido la más amable que he recibido. Las ironías de la vida. Si hubiera podido, la habría alejado de mi hijo y su boda no se habría celebrado jamás. Otra equivocación que añadir a mi larga lista. El móvil vibra en mi bolso de forma insistente. Cuando lo saco, es Adrián, que me ha llamado veintidós veces durante la última hora. Decido llamarlo, espero que su estado sea mejor que el mío.

—Ya era hora de que me respondieras.

—Estaba en casa de mi hijo. Lo sabe todo —explico, rompiendo a llorar.

—No me vengas con tonterías, ¿qué esperabas, Carmina? Me obligaste a confesar todo a Carlos. Por supuesto que se ha encargado de decírselo a tu hijo, pero antes de eso, me ha despedido.

Me quedo en silencio. No sé qué decir. Hasta ayer tenía todas las certezas, y hoy no queda ni rastro de ellas.

—Mira, Carmina. Estos siete años han estado bien, pero no quiero verte más. He perdido demasiado y no quiero seguir contigo.

—Adrián...

—Tú tienes la casa, tu trabajo, tu hijo... Yo lo he perdido todo. Tengo que dejarte, lo siento. No puedo ni hablar. Hemos acabado.

Me siento en el coche y el resto del mundo desaparece tras una cortina de lágrimas en mis ojos. Pensaba que estos siete años significaban algo para él. Ahora sí que no me queda nada. Miro al frente, pero tengo la mirada perdida en mis recuerdos. El tacto de sus dedos entre mis piernas, el calor de su aliento en mi nuca. Su aroma... Intento recordarlo todo porque sé que dentro de un tiempo no me quedará nada, ni siquiera el recuerdo. Solo una imagen me viene a la cabeza: mi hijo. Debo recuperarlo como sea. Lo he decepcionado tanto que no sé si podrá perdonarme, pero me voy a centrar en eso, y en construirme una nueva vida. Voy a llorarlo todo, hasta que no me quede una sola lágrima, porque entonces podrá nacer la nueva Carmina, poco a poco, desde las cenizas malolientes de todo lo que he sembrado hasta ahora.

CAPÍTULO 13

Lucía

Si hay una mujer en el mundo a la que admiro, esa no es Carmina. La quiero mucho, pero no puedo admirarla. Y no es contradictorio. La quiero y no la juzgo, pero ha tenido el mundo a sus pies, y siempre ha querido más.

La miro mientras duerme en mi sofá. Anoche llegó a mi piso hecha una magdalena, y con razón.

Carlos ya sabe lo suyo con Adrián. Por supuesto, ahora Adri, el superabogado, ya sabe lo que es tener el carné del paro. Joder, que manejaba todos los asuntos legales de Carlos y de su empresa mientras se tiraba a su mujer. Pero ahora, el señor, se queja de haber perdido el trabajo. Después de siete años con Carmina. Oh, sorpresa.

Así que ha decidido dejarla. Por teléfono. Todo un caballero. Carmina, que acababa de recibir el desprecio de su hijo al conocer su historia, se ha hundido en la miseria.

Bueno, en la miseria, no. Que tiene su plaza de funcionaria y Carlos —que es un santo varón, quién lo pillara—, le va a pasar dos mil quinientos eurazos al mes durante tres años, además de dejarle la casa y una pasta en el banco. Si llega a ser él el traidor, igual va y la cubre de alhajas.

Lo que digo, que teniéndolo todo, Carmina la ha cagado, pero bien.

La conozco desde hace mucho tiempo, y sé que es como el ave fénix. Siempre lo ha sido. Cuando murió su madre, se levantó. Cuando Pablo tuvo aquella crisis de adolescente, se levantó. Ahora está en el suelo, pero no se quedará ahí.

El otro día me contó que ya se había matriculado en el máster de la Universidad de Barcelona, y que después montará su propio bufete de abogados. Tres días a la semana en la ciudad condal durante nueve meses. Si yo pudiera permitírmelo, también lo haría.

Voy preparando una cafetera bien cargada, porque la va a necesitar. Ayer se bebió media botella de ginebra a morro cuando llegó a mi casa, después de que Adrián le soltara por teléfono un breve adiós y cortara la comunicación. Como si siete años fueran un capricho. Va a tener una resaca que no se la quita ni con la piedra rosa esa que lo limpia todo. Nunca la había visto bebida, y la verdad es que estaba hasta graciosa. Lloraba, se reía, me contaba cosas que no sabía de ella. Que siempre había querido ser abogada de verdad, no funcionaria. Que había soñado con tener su propio bufete. Que de joven iba a Barcelona y se sentía otra persona.

Cuando se despierta, intenta darme los buenos días, pero tiene la lengua pastosa a nivel profesional.

—Hola, Carmina.

—Baja la persiana, por favor, y habla más bajo.

—Pues como no vaya a casa del vecino del segundo... No puedo bajar más la voz, chica. Es lo que hay.

—Me va a estallar la cabeza.

—Es lo que tiene beber ginebra a morro. Que ya no tenemos edad, Carmina.

—Ni puta gracia.

—Te he preparado café y un paracetamol. Te irá bien. Ah, y he tostado pan.

—Gracias. Siento estar de tan mala leche.

—Tranquila. Tienes motivos.

—Nadie como tú para animarme.

—Además, te lo tienes bien merecido.

—Claro. ¿Quieres darme latigazos en la espalda como penitencia?

—No. Prefiero que me cuentes cuándo empiezas el máster en Barcelona.

Se incorpora en el sofá, se lleva la mano a la frente.

—¿Qué máster?

—El que decidiste en Bali. De Derecho de Familia, ¿no? En la Universidad de Barcelona.

Me mira como si le hablara en chino. Luego algo cambia en su cara. Un destello.

—Ah. Eso. Sí.

—¿Sí qué?

—Que sí. Que me matriculé. Al volver de Bali. Pensé... si todo se va a la mierda, al menos tendré algo que he conseguido yo.

—¿Y ahora?

—Ahora todo se ha ido a la mierda. Adrián, Pablo, Carlos...—se detiene y se frota los ojos—. Pero el máster sigue ahí.

—Pues parece que ha llegado el momento.

—Parece.

—Tres días a la semana en Barcelona durante nueve meses. Si yo pudiera permitírmelo, también lo haría.

—No es solo el máster, Lucía.

—¿No?

—Es empezar de cero. Sin Carlos, sin Adrián, sin la casa llena de fantasmas. Ser otra persona.

—Ser tú.

—Ser yo. La que no tuve tiempo de ser.

—Mis compañeras de trabajo dicen que es una ciudad con mucho potencial de ligue —digo, probando.

Sonríe. Es una sonrisa pequeña, frágil, pero real.

—Perfecto. Lo que me conviene ahora.

—No lo desestimes. Un revolcón arregla la moral a cualquiera, y ahora tú no estás precisamente sobrada de sexo, bonita. Y es muy bueno para la piel.

—No es el momento, Lucía, aunque te agradezco que pienses en mi cutis.

—Desayuna y ponte las gafas de sol, que nos vamos de compras. Un buen shopping hace milagros, nena. Y luego hablamos de Barcelona.

CAPÍTULO 14

Pablo

Recuerdo aquel día del verano en el que cumplí cuatro años. Mi madre todavía no trabajaba en el juzgado de Extremadura, y pasábamos las vacaciones en nuestro piso de Zaragoza. Mi padre, por aquel entonces, era profesor e investigador en la universidad, y vivíamos en un piso de tres habitaciones en una zona de nueva construcción al norte de la ciudad. Todos los días de los meses de julio y agosto bajábamos por la mañana a la piscina pública del barrio. Mi padre me enseñaba a nadar y jugaba conmigo, mientras mi madre tomaba el sol y charlaba con sus amigas. Algunos días hojeaban las revistas del corazón, y comentaban en voz alta los cotilleos de la semana.

Esa mañana había estado aprendiendo a nadar con papá en la piscina grande. Llevaba una burbujita rosa y en solo diez días ya conseguía mantenerme a flote y moverme un poco, aunque con un discutible estilo perrito.

Mi madre había accedido a quedarse un rato conmigo mientras mi padre nadase. Desde muy joven había practicado la natación y cada día del verano nadaba tres kilómetros en la piscina olímpica del complejo deportivo municipal.

Cogí mi flotador de patitos y me senté encima, dejándome mecer por las escasas ondas que se formaban en los tres palmos de agua que llenaban la piscina infantil. Mientras, mi madre, de pie a mi lado, charlaba con dos conocidas suyas, refrescando sus piernas en el agua entre dos sesiones de solárium.

Alguien atravesó la pequeña piscina corriendo, y mi flotador se dio la vuelta. Me quedé con la cabeza bajo el agua, incapaz de moverme y en un estado total de desorientación. Permanecí bajo el agua durante lo que me pareció una eternidad, escuchando a lo lejos la voz de mi madre hablando, ajena a lo que me estaba ocurriendo. A mi corta edad, fui consciente de que, si no conseguía salir de allí, iba a ahogarme en unos pocos centímetros de agua, los suficientes como para llenar mis pequeños pulmones de agua. Intenté mover los brazos para salir, con la esperanza de que en algún momento mi madre se diera cuenta de que necesitaba ayuda.

Noté cómo el agua fría entraba por mi nariz, y es lo último que recuerdo.

Mi padre sintió una punzada en el corazón mientras nadaba. Él me ha contado esto mil veces desde entonces. Algo lo empujó a salir del agua y venir a donde yo estaba. Llegó corriendo, presa del pánico al verme bajo el agua, incapaz de salir por mis propios medios. Me sacó como pudo mientras rogaba a gritos que alguien llamara a una ambulancia.

Me puso sobre una tumbona y empezó a hacerme los primeros auxilios, concentrando toda su energía en salvarme. Consiguió que vomitara toda el agua tragada, y recuperé la consciencia.

Cuando llegó la ambulancia del sistema de emergencias, subió conmigo sin mirar atrás. Alguien le acercó una toalla y sus chancletas. El portón del vehículo se cerró con un golpe que hizo vibrar la camilla donde mi menudo cuerpo descansaba. Mi padre, todavía con el cabello mojado, estaba sentado a mi lado acariciando mi cabeza. En sus ojos leí el miedo que lo había invadido, la peor de las pesadillas de cualquier padre: la pérdida de su hijo.

Su voz y sus caricias me tranquilizaron. Pensé en la imagen de mi madre charlando a escasos centímetros de mí, mientras yo me debatía por salir del agua y respirar. Y sentí rabia, reproche, abandono.

Ese mismo sentimiento me invade en este instante. Soy un hombre adulto, casado, abogado de prestigio. Y, sin embargo, me

siento como aquel niño furioso con su madre, más pendiente de su frívola conversación que del pequeño que se ahogaba a su lado. Su hijo. Su único hijo.

La revelación de la historia de mi madre con Adrián me ha alterado de tal manera que cuando cierro los ojos, tengo otra vez la cabeza dentro del agua. Como aquella mañana.

Sira es mi gran apoyo, pero no paso con ella todo el tiempo que quisiera. Estoy perdiendo el norte, y no me ayuda saber que mi familia ha vivido en una gran mentira durante todos estos años. En el trabajo, incluso mi secretaria ha notado que a veces estoy ausente, sumergido en mis pensamientos. La visión de sus largas piernas exhibiéndose frente a mí me ha sacado de mi ensueño en varias ocasiones. Esto no va bien. Mi padre me llama, quiere que comamos juntos. Le he dicho que no varias veces esta semana, por lo que me siento obligado a aceptar hoy su ofrecimiento.

Quedamos en un restaurante italiano que queda a un par de calles de mi despacho. Llego dando un paseo, y veo a mi padre sentado en una mesa para dos, esperándome. Su familiar sonrisa me acoge, al igual que sus brazos cuando se levanta para saludarme. Me conoce tan a fondo que sabe que me siento mal, como si mi mundo se estuviera poniendo del revés y el orden establecido hubiera explotado en mil pedazos.

—Hijo... —me dice, a la vez que me da una palmada en la espalda.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Me enteré la tarde anterior.

Se produce un silencio entre nosotros. Por un instante, salgo de mi dolor y pienso en cómo le habrá afectado la noticia.

—Lo siento. Creo que no me comporté bien contigo cuando anunciaste que te divorciabas de mama.

—No te lo reprocho. Pensaste que tu madre era el eslabón débil.

—Es insoportable saber que nos ha mentido durante todo este tiempo. Nos ha manipulado, papá.

—Pablo, la ira no lleva a ningún sitio. Tienes que asumir que nadie es perfecto, y perdonarla, aunque te tome algo de tiempo.

—El problema es que no sé si puedo hacerlo.

—Si no lo haces por ella, inténtalo por ti. Y por Sira.

—¿Qué tiene que ver Sira en todo esto?

—Te necesita. Más de lo que crees. Y si tú no estás bien, ella tampoco lo estará.

—Está ocupada, ayudándote con la nueva casa. Y con la casa del Pirineo.

—No te equivoques. Se está ocupando para no estar sola. Por favor, piensa un poco en ella, en pasar más tiempo a su lado.

—No he venido para que me echéis la bronca, papá.

—Te aseguro que no es lo que pretendo. Pero veo las cosas y debo decírtelo. No lo estropees. Es una mujer fantástica, y te ama.

—Pero el trabajo...

—El trabajo es una excusa. Sabes bien que podrías poner límites a las horas que dedicas al bufete.

—Tú no lo entiendes.

—Claro que lo entiendo. Y estoy aquí para hacerte ver que debes cuidar más de tu matrimonio.

Suelto un bufido. No me gusta que mi padre me dé la charla a estas alturas.

—Por cierto, no voy a poder ir con vosotros a la casa del Pirineo. Ve con Sira, le irá bien estar allí. Podéis avanzar con la idea de la reforma, y le daré poderes para que acepte mi parte de la herencia en mi nombre.

—Sabes que adoro a Sira, y que me encanta pasar tiempo con ella. Pero eres tú quien debería disfrutar de las vacaciones con tu

mujer.

—Esta vez no va a poder ser. Acabo de ser nombrado socio; te aseguro que no seguiré a este ritmo toda la vida —sonríó, pero un deje de amargura se cuela en mi rostro.

—¿Recuerdas cuando eras pequeño? Pasábamos mucho tiempo juntos. Aún ahora, pienso que es la mejor época de mi vida.

—No entiendo por qué me dices eso.

—Si queréis tener hijos, esos niños te van a necesitar, igual que tú me necesitaste a mí. No les niegues tu tiempo. Ni dejes a tu mujer ser madre soltera —con los dedos, imita unas comillas mientras pronuncia la palabra soltera.

—No me jodas, papá. No estoy preparado todavía.

—Espero que hayáis hablado. Creo que Sira no es consciente de eso.

—Estaba previsto, pero las cosas han cambiado: el trabajo, esta historia de mamá... Me siento descolocado. No es el momento de pensar en tener hijos ahora.

Terminamos de comer, y antes de despedirnos, mi padre me dice:

—Siento haberte dado un discurso, hijo. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para todo. Si quieres hablar o tomar una cerveza conmigo, estoy a cualquier hora para ti.

—Gracias, papá. Y gracias otra vez por cuidar de Sira. Ella te adora. Sé que se siente muy a gusto a tu lado.

Nos levantamos de la mesa y caminamos hacia la salida del restaurante. Mi padre se detiene un momento para buscar sus llaves en el bolsillo de su chaqueta, y yo aprovecho para dejar la propina sobre la mesa. Mi teléfono vibra sobre la mesa de madera oscura, emitiendo ese sonido familiar de notificación de WhatsApp que a estas alturas reconozco hasta con los ojos cerrados.

—Déjame ver quién es —murmuro, alargando la mano hacia el dispositivo.

Pero mi padre, con un movimiento más rápido de lo que esperaba, coge el teléfono para entregármelo. Sus ojos, aún agudos, recorren involuntariamente la pantalla iluminada antes de que pueda apartarla.

La expresión de su rostro cambia. No es sorpresa, ni siquiera es juicio. Es una mezcla de reconocimiento y tristeza, como quien ve repetirse un patrón que creía cerrado.

—Vanessa... —lee en voz baja, sin querer, el nombre que aparece en la parte superior de la pantalla.

Intento arrebatárselo el teléfono, pero él ya ha leído el mensaje. El texto breve, comprometedor, que ella ha enviado sin pensar en las consecuencias: *"Extraño tu mano sobre mi pierna. Hoy en el despacho no ha sido suficiente. ¿Cenamos juntos?"*

El silencio entre nosotros se vuelve denso, casi sólido. Mi padre me mira fijamente, y en sus ojos veo el reflejo de mi propia verdad: no soy mejor que mi madre. Estoy exactamente donde ella estuvo, en el borde del abismo, a punto de caer.

—Pablo... —su voz es apenas un susurro, cargado de decepción.

—No es lo que parece —miento, sabiendo que él no me cree.

—¿No? —me mira con una mezcla de lástima y advertencia—. Porque a mí me parece que estás a punto de cometer el mismo error que tu madre. Y que Sira va a sufrir lo mismo que yo.

Guardo el teléfono en el bolsillo, sintiendo cómo el peso de la verdad me aplasta el pecho. Mi padre no dice nada más. No necesita hacerlo. Su silencio habla más que cualquier sermón.

Cuando salimos a la calle, el aire fresco de la noche me golpea la cara como una bofetada. Mi padre me da un abrazo breve, seco, y se aleja hacia su coche sin mirar atrás.

Me quedo solo en la acera, con el teléfono ardiendo en el bolsillo, preguntándome cuándo dejé de ser el niño que se ahogaba en la piscina y me convertí en el adulto que se ahoga en sus propias mentiras.

Y lo peor de todo es que, a pesar de todo, a pesar de ver la destrucción que la infidelidad ha causado en mi familia, a pesar de saber exactamente dónde me lleva este camino... todavía quiero contestar a Vanessa.

Todavía quiero verla esta noche.

CAPÍTULO 15

Carmina

Conduzco mi Cupra eléctrico por la autovía que entra a Barcelona por la Diagonal. He decidido venir en coche porque pasaré unos cuantos días buscando piso para el curso que comenzará en unas semanas. A diferencia de los grados universitarios, el máster se inicia en abril, por lo que no hay tanta tensión en el mercado inmobiliario de alquiler.

Busco un pisito de una habitación, que no esté demasiado lejos de la facultad de Derecho. Algo sencillo y amueblado, porque no tengo ganas de comprar ni montar muebles. Como dicen los franceses, tiene que ser un "*pied-à-terre*", práctico y funcional, que me permita estar cómoda y guardar mi intimidad durante el tiempo que pasaré en la ciudad condal.

De momento, voy a alojarme en un aparthotel muy céntrico, quizá demasiado, pero me ha parecido una buena opción para ir tomándole el pulso a Barcelona. Prepararme el desayuno, cocinar algo por la noche en esa micro cocina... Quiero iniciar una nueva rutina que me permita reencontrarme.

He concertado todo un tour inmobiliario para los siguientes cuatro días. Tres visitas por la mañana y otras tres por la tarde. Me he dejado un poco de margen por si, mientras estoy aquí, descubro alguna otra perla rara que no haya visto anunciada con anterioridad.

Las primeras visitas son un poco deprimentes: pisos viejos, que no han visto una reforma desde mucho antes de que Franco muriera... Con eso está todo dicho.

Al finalizar el primer día sé que no quiero un piso en el Eixample. Su trazado urbanístico me encanta, con su cuadrícula perfectamente ordenada, pero veo que no es mi zona ideal. El segundo día me dedico a la antigua villa olímpica y a Diagonal Mar. Hay pisos con estupendas vistas y terrazas maravillosas sobre el mar Mediterráneo, pero cuando veo la distancia hasta la facultad y a la estación de Sants, me doy cuenta de que no me resulta práctico vivir en estas zonas.

Estoy agotada. Decido cenar una ensalada en mi apartamento y, tras darme una ducha, salgo de nuevo a explorar la ciudad. Me dirijo al barrio de Gracia, del que me han hablado muy bien.

Me sorprende ver que está formado por calles estrechas en su mayoría, salpicado de plazas llenas de vida. Terrazas, familias con hijos y pequeños parques donde la gente se reúne tras la jornada. La palabra que me viene a la mente es 'social'. Hay vida, verdadera vida, y se nota que funciona casi a espaldas del centro de la ciudad. Una chica me dice que antes de ser un barrio de Barcelona, Gracia era una villa independiente. Me encanta, y me lo apunto.

Me siento en una terraza a tomar un refresco mientras tomo notas en mi agenda: nombres de calles y teléfonos de inmobiliarias de la zona. Un hombre de mi edad más o menos pasa caminando y se detiene mientras me mira, con un gesto entre pensativo e inseguro. Al final, casi en un susurro pregunta:

— ¿Carmina? ¿Eres tú?

Lo miro fijamente e intento rebuscar entre mis recuerdos. Su rostro me es conocido, pero sobre todo sus ojos. Mis manos, casi automáticamente, se dirigen a acariciar su rostro.

—¿Todavía te acuerdas de mí, señor juez? —le digo, con los ojos húmedos.

—No te he olvidado en todos estos años.

Nos fundimos en un abrazo que me recuerda todo lo que compartimos durante cuatro años en aquella ciudad de Extremadura, lejos de nuestras familias.

Lo beso en la mejilla y me separo un poco de él para verlo mejor. La vida lo ha tratado bien. Sigue siendo un hombre atractivo, aunque ahora su cabello está poblado de canas que, dicho sea de paso, no le restan ni un ápice de su atractivo. Se mantiene en forma, muy en forma, y sus ojos siguen teniendo el atractivo de antaño.

—Carmina, sigues siendo preciosa. Pero seguro que ya lo sabes.

—No seas zalamero, Fernando. ¿Dime, vives en Barcelona?

—Soy magistrado del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña.

—Sabía que llegarías lejos. Estoy orgullosa de ti.

—¿Y tú, también vives aquí?

—No, vengo de paso, solo unos días por el momento —no quiero darle demasiada información, porque no sé cuál es su situación.

Sus ojos se quedan enredados a los míos. Sé que, como yo, está rememorando aquellas noches de pasión. Fue mi primer amante durante mi matrimonio, y me hizo descubrir que mis límites respecto al sexo estaban mucho más lejos de lo que yo estaba dispuesta a aceptar hasta entonces.

—¿Tienes tiempo de sentarte conmigo un rato?

—No me espera nadie.

—¿Nadie, nadie? ¿Y tu mujer?

—Me divorcié a los pocos meses de tu partida.

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas. Fue mejor así. ¿Y tú? He ido viendo como la start-up de tu marido llegaba a lo más alto. Ha sido fácil, he visto reportajes y artículos en la prensa. Cada vez que me llegaba algo así lo leía, aunque fuera para infligirme un castigo.

—Nos divorciamos hace unos pocos meses.

—Vaya... Eres una mujer soltera y sola en la gran ciudad — bromea, aunque sé que sus palabras llevan implícita una proposición.

—¿Y tú? ¿Estás soltero y solo? —la vida me ha enseñado a jugar al mismo juego que él. Quiero tener todos los datos por si quiero apostar por una noche.

—¿Quieres comprobarlo, Carmina?

Mientras pronuncia estas palabras, acaricia mi mejilla con el dorso de su mano, y la imagen de Lucia me viene a la cabeza. Mi cutis necesita un poco de atención, y nada podría ser mejor en este momento que una noche con Fernando para ello.

Me levanto de la terraza y dejo al camarero un billete para pagar el refresco. Que se quede con el cambio.

Dando un paseo ponemos rumbo a su apartamento. No llegamos a descender hasta la Avenida Diagonal, y caminamos por una calle paralela atravesando un barrio que no conocía, y unos veinte minutos después, llegamos a un edificio señorial, con el vestíbulo en mármol claro con veta dorada. Es tarde, pero hay un portero vestido con un elegante uniforme que nos abre la puerta y nos saluda educadamente, con la discreción propia de aquellos que trabajan para personas importantes.

Subimos en el ascensor en silencio, pero nuestros ojos hablan ya de anticipación. No estoy nerviosa. Ya no siento la emoción de lo prohibido, porque somos dos adultos libres. Pero quiero disfrutar en su compañía. Su cuerpo me es familiar y el calor de su piel ponen mis sentidos en alerta, mientras mis ojos se pierden en los suyos hasta que la puerta del ascensor nos avisa de que hemos llegado.

Fernando abre la puerta de un apartamento elegante, con paredes casi desnudas y el mínimo necesario de muebles. Eso sí, se trata de muebles de diseño y de calidad indiscutible. Se nota el toque de algún decorador profesional, que se ha adaptado a los gustos de un hombre como Fernando. Apenas cierra tras de sí, la inercia de nuestros cuerpos inicia a resolver aquello que teníamos

pendiente. Nos besamos con la inseguridad que nos dan los años que han pasado desde nuestro último encuentro, pero con la voracidad de los que se conocen íntimamente. Fernando me desnuda despacio, como si estuviera desenvolviendo un regalo muy preciado. Me dejo hacer, sabiendo que mi presencia provoca el deseo en él, pero a la vez tomo el control con suaves gestos que son órdenes disfrazadas de caricias. Ya no soy la misma mujer que conoció, que caía seducida ante el poder que su cargo representaba.

En la cama, nuestros cuerpos han guardado la memoria de nuestros encuentros, y las caricias saben dónde repartirse para provocar un gemido de placer y de deseo. Fernando es más seguro de sí mismo y tiene menos prisa que en su juventud, mientras que el tiempo me ha hecho más exigente, consciente de lo que quiero y de lo que no.

Nuestro sexo es agri dulce, pero placentero. Hay confianza en nuestros movimientos, y percibimos los pequeños cambios que nuestros cuerpos han experimentado. Beso la cicatriz de la clavícula de Fernando, y eso hace que se conmueva con mi gesto. Somos dos antiguos amantes, y la energía que hay entre nosotros no guarda la pasión brutal que en aquel tiempo nos envolvía. Aun así, el orgasmo no es solo físico, sino que se siente como una caricia en el alma. Hay algo que nos une para siempre, y los dos sabemos que siempre nos tenemos el uno al otro, aunque la vida nos haya llevado por caminos diferentes.

Sus caderas me provocan una y otra vez, mientras acaricio sus bíceps cuando estoy casi a punto del clímax. Fernando me besa en el cuello y desata la explosión en mi interior. Tiro la cabeza hacia atrás dejándome llevar por el tsunami. Fernando gruñe mi nombre mientras él llega al final. Tras unos segundos durante los que el mundo se detiene a nuestro alrededor, nos besamos y nos acomodamos exhaustos juntos en su cama.

Medio envueltos con una sábana, hablamos de la vida con la distancia que nos da la sucesión de momentos vividos, unos más dulces que otros.

Nos levantamos y tomamos café en la barra americana de su moderna cocina.

—¿Te arrepientes de que no siguiéramos con lo que teníamos en aquel momento?

Sonrió, y niego con la cabeza.

—Quizá necesitábamos perdernos para llegar a encontrarnos en otro momento, sin expectativas.

Fernando me besa, y sus manos rodeando mi cintura me proporcionan casi el mismo placer que el sexo que acabamos de compartir. No hay promesas ni proyectos, pero siento una calidez en el corazón que me hace recuperar la sensación de que estoy viva de nuevo.

Cuando nos despedimos, nos besamos dulcemente y me susurra al oído:

—Si piensas en mí, ya sabes dónde encontrarme. Además —sonríe con picardía—, he grabado mi número en tu móvil.

Le devuelvo una sonrisa casi adolescente, y mientras tomo un taxi para volver al aparthotel, no puedo evitar la sensación de que algo en mí vive de nuevo. Sé que todavía me quedan historias por escribir, mi vida no se ha acabado.

Al llegar a mi habitación, me desnudo y miro mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que hay junto a la ventana. No me reconozco del todo, pero por primera vez en mucho tiempo, esa desconocida me cae bien.

Estoy a punto de ducharme cuando el móvil vibra sobre la mesilla de noche. Lo miro distraídamente, esperando que sea Lucía o quizá Fernando.

El nombre que aparece en la pantalla me eriza la piel: Adrián.

Dudo unos segundos, pero la curiosidad me vence. Abro el mensaje.

“Sé que estás en Barcelona. No me ignores, Carmina. Sé que te fuiste enfadada, pero necesito verte. Lo nuestro no puede terminar

así, no después de siete años. Carlos ya no está en medio, no tiene sentido que estemos separados. Te echo de menos. Te deseo. Y sé que tú también me deseas. Llámame."

Leo el mensaje tres veces. Las manos me tiemblan ligeramente. No hay disculpa, no hay explicación, no hay reconocimiento de error. Solo exigencia, como si yo le debiera algo. Como si siete años de secreto le dieran derecho a mi presente.

Me siento en el borde de la cama, el móvil pesado en la palma de la mano. La sensación de calidez que me había dejado Fernando se desvanece, reemplazada por una tensión familiar. Adrián siempre supo cómo tirar de los hilos. Siempre supo qué palabras usar para hacerme dudar.

Pero algo ha cambiado. Hace un mes, este mensaje me habría hecho correr a llamarle. Hace un mes, habría interpretado su "te echo de menos" como prueba de amor verdadero.

Ahora solo veo las palabras que faltan. No dice que se equivocó dejándome. No dice que está dispuesto a enmendar sus errores.

Dice que me desea. Que me echa de menos. Que no acepta que esto termine.

Y por primera vez, esas palabras suenan a lo que realmente son: egoísmo disfrazado de pasión.

Bajo el móvil y miro de nuevo mi reflejo en el espejo. La mujer que me devuelve la mirada ya no es la amante dispuesta a esperar las migajas. Es alguien que acaba de recordar cómo se siente siendo el centro de su propia historia.

No respondo. Apago la pantalla y dejo el teléfono boca abajo sobre la mesilla, como si pudiera silenciar así la existencia de Adrián.

Pero sé que no será tan fácil. Adrián no se rinde. Y ahora que ha encontrado mi rastro, no parará hasta conseguir lo que quiere.

El problema es que sé que lo que quiere no es lo mismo que yo necesito.

Me meto en la ducha dejando correr el agua caliente sobre los hombros, intentando lavar no solo el perfume de Fernando, sino también la sensación de que Adrián ha logrado, una vez más, colarse en mi cabeza cuando creía haberlo dejado atrás.

CAPÍTULO 16

Juani

Mi hermano Carlos tiene por fin su nueva casa. Pero la vida le ha traído una nueva sorpresa, y no está para fiestas de inauguración.

No quiero ser la lista que lo ve todo después, pero esto se veía venir.

El mismo día en que Sira aceptó la herencia de la mitad de la casa familiar del Pirineo en nombre de mi sobrino Pablo, él dedicó la noche a sus quehaceres con su secretaria en la cama de Sira. Genial.

Se diría que ha salido a su madre, porque mi hermano no haría eso ni harto de vino.

A la mañana siguiente a tal proeza, la secretaria se paseó en tanga y en tetas por detrás de Pablo mientras este hablaba por videollamada con su mujer...y con Carlos. Increíble, una gran comunicadora, esa tal Vanessa. No hizo falta decir nada más.

Por suerte, Sira no estaba sola, porque el disgusto le provocó un ataque de ansiedad morrocotudo. Pobrecita, no puedo imaginar cómo se sintió.

Carlos la apoya incondicionalmente y se van a quedar en el Pirineo durante un mes. Sira no puede enfrentarse a volver a su hogar, y la comprendo. Precisamente, cuando lo llamo, le estaba dando la noticia de que va a trabajar con mi hermano. Es una investigadora de renombre y ahora tendrá la oportunidad de contar con los recursos necesarios para llevar a cabo su proyecto sobre el

ADN mitocondrial, lo cual es fascinante. Carlos quería ficharla, pero no se atrevió antes temiendo que ella no aceptase. Sira no permitiría ser contratada solo por ser la nuera del CEO.

Ahora, como no podía ser de otra manera, Sira ha anunciado que se divorcia. ¿Para qué quedarse al lado de alguien que la ha traicionado a los seis meses de su boda? Mi hermano le está brindando su apoyo y su amistad, como ella hizo cuando él se separó de Carmina.

Ayer hablé con mi hijo mientras cenábamos, y le conté cómo estaban las cosas entre Pablo y Sira. Aunque Jorge y mi sobrino son casi como hermanos, él todavía no sabía nada. Una de dos, o Pablo está tan afectado que no se siente preparado para hablar de lo ocurrido, o bien está disfrutando de su nueva soltería. Prefiero pensar que es la primera opción.

Mi hijo se quedó en silencio unos segundos tras enterarse de la noticia. Luego, mientras acariciaba mi mano sobre la mesa, soltó:

—Mamá, llama a tu hermano, por favor. Si le parece bien, mañana subimos a verlos y pasamos el fin de semana con ellos. Necesitan animación, un poco de aire fresco y risas. Y allí entramos nosotros.

—A ver, Pablo, ni que seamos dos payasos, ¿verdad?

—No lo somos, pero confía en mí, por favor, mamá.

Así que, ni corta ni perezosa, llamé a Carlos. Sira estaba escuchando la conversación por el altavoz del teléfono de Carlos, y enseguida se mostró encantada con nuestra visita. Mi hermano, sin embargo, no parecía tan convencido.

—Hermanito, no seas aguafiestas, por favor. Necesitáis un poco de ambiente en esa casa tan grande, los dos solos.

—A ver si crees que estamos encerrados, ¿no? Salimos a caminar por la montaña, comemos o cenamos fuera y vamos a la ciudad.

—Veo que saben disfrutar, ¿eh?

—Pues claro. ¡Como si no me conocieras! Sira y yo tenemos gustos parecidos, además.

Al día siguiente, Pablo y yo salimos en su coche. El puñetero es como su padre: si hay que tomar la carretera, se levanta antes de que salga el sol. A las siete menos cuarto ya me estaba despertando.

—Mamá, levántate, ya he preparado el café. Me gustaría salir pronto para disfrutar del día.

—¡Coño, Pablo! Que vamos a llegar y los vamos a encontrar durmiendo, ¿no?

—Siempre de buen humor por la mañana...

—¡Es que entre tu padre y tú, no hay manera de dormir en esta casa!

Lo ha conseguido. De mala leche, me meto en la ducha y me visto con unos vaqueros y una blusa blanca. Cojo un jersey por si refresca, porque aún estamos en abril, y el tiempo en la montaña es muy traicionero. Para la noche llevo también un abrigo. Ayer me hice la maleta antes de meterme en la cama, y con el trajín, me espabilé y luego no podía dormir. O igual fueron las hormonas. La perimenopausia me está dejando una piel horrible, calores y el pelo más bien pocho. Voy a tener que ir a mi ginecóloga, a ver si me da algo.

Me tomo el café con un croissant que mi hijo ha tenido a bien bajar a comprar mientras yo me duchaba. Se ha sentido culpable, yo creo, por no dejarme dormir un poco más. En el fondo es un cielo, mi Jorge.

Subimos por la carretera de Jaca, que está desierta a estas horas del sábado. La temporada de esquí se ha acabado, y ahora solo quedamos los domingueros. Mejor, menos tráfico.

Al llegar al pueblo, Sira nos abre la puerta con una sonrisa encantadora, como siempre. La veo más delgada, porque seguro que con los disgustos se le ha cerrado el estómago. Por eso, mi hermano la lleva a comer o a cenar fuera, a ver si encuentra algo que le apetezca y le abra el apetito.

Mientras guardamos las cosas en las dos habitaciones que han preparado para nosotros, Carlos sale recién duchado, vestido y afeitado. Huele tan bien como siempre. A él lo veo mejor, más relajado y muy a gusto en la casa familiar. Nos da un abrazo enorme a cada uno, y unas palmadas en la espalda a mi hijo con tanta fuerza que casi me lo desmonta.

—Seguro que no habéis desayunado —piensa Sira en voz alta—, así que he preparado café y he ido a buscar un bizcocho a la panadería del pueblo.

—No sabes la alegría que me das. Ese bizcocho me sabe a cuando la abuela nos cuidaba durante el verano. ¿Te acuerdas, Carlos?

—Esos veranos no los podré olvidar nunca. Los cinco pasábamos dos meses aquí, en libertad casi total.

—Ya se han puesto nostálgicos, Sira —comenta Pablo—. Anda, voy a poner música, que un poco de Bad Bunny los pondrá en marcha.

—¿Un verano en *Nueva Yo!*? —responde Carlos, muy al tanto de la música actual.

Sira y Jorge explotan en carcajadas al oírlo, y acabamos todos riendo mientras mi hijo busca la canción en su móvil. Carlos se levanta y saca a bailar a Sira en medio de la amplia cocina. Yo no voy a ser menos, y me pongo a bailar con mi hijo.

Vuelvo a ver alegría en los ojos de mi hermano. Tenía la mirada apagada desde hacía años y había perdido su espontaneidad. Cuando estaba con Carmina, se escondía detrás de una máscara gris. Ahora, a pesar de todo lo vivido estos últimos meses, lo veo disfrutar mientras hace girar a Sira al bailar. Ella agradece, con esa dulce sonrisa que la caracteriza, las bromas y zalamerías de mi hermano. Le duele tanto verla sufrir por culpa de su propio hijo, que es capaz de hacer cualquier cosa por ella. Son más que suegro y nuera. Ante mis ojos veo a dos amigos que se cuidan y se apoyan.

Me siento para recuperar el aliento, cansada de tanto bailar, pero con una sonrisa que también veo en los rostros de los demás. Jorge tenía razón, subir para pasar un par de días con ellos ha sido una gran idea. Carlos ha reservado mesa en la fonda del pueblo, esa que lleva abierta toda la vida. No tienen carta, sino que te sacan bandejas con todo lo que tienen ese día. Hoy comemos sopa de cocido, col con garbanzos y carne a la brasa. Está todo tan rico que hasta Sira ha repetido. Carlos y Jorge son de buen comer, y han pedido como extra una longaniza a la brasa. Huele tan bien que me dan ganas de comer un poco a mí también, pero decido ser razonable. Si me lleno demasiado, luego tengo acidez de estómago, y prefiero pasar una buena tarde.

Dando un buen paseo de veinte minutos, vamos a tomar café al bar del mirador del valle. Así bajamos un poco la comida, de paso. Al llegar arriba, un espectáculo impresionante queda ante nuestros ojos. El valle, todo verde, desfila entre majestuosas montañas. En las cumbres se ven todavía los mantos de nieve que permanecen desde las últimas nevadas, mientras que la vida vuelve a brotar en las cotas más bajas. Incluso las flores decoran las praderas como si fueran confeti de colores.

Sira mira embobada el paisaje, y me acerco a ella, tomándola del brazo.

—Cariño, siento mucho lo que ha pasado, de verdad. Te aprecio como a una hija.

Me devuelve la mirada, agradecida y emocionada. Inspira a fondo y me dice:

—Al principio, creí que me iba a morir, Juani. Fue un choque terrible. Pero ahora, con el paso de los días, creo que lo nuestro no iba bien. Hubiera preferido que las cosas fueran menos violentas. Temía perderos, pero Carlos me ha demostrado que es mi mejor amigo. Seguís siendo mi familia, y eso me da fuerzas para continuar. Además, viendo este paisaje, sé que mis problemas no son más que un punto en el universo.

—Te adoro, Sira. Te digo lo mismo que mi hermano: te divorcias de Pablo, pero sigues formando parte de esta familia. No te vamos a dejar escapar, que lo sepas.

Las dos reímos y, al vernos, Carlos se nos acerca.

—¿Qué estáis planeando, chicas?

—Nada. Hay que ver qué mal concepto tienes de nosotras, hermanito.

Jorge se une a nosotros y comenzamos a bajar de nuevo hacia el pueblo. Al llegar a casa, descansamos un rato. Mientras Sira trastea por la cocina y mi hijo sube a dormir la siesta un rato, me siento con mi hermano al lado de la chimenea. Va a encender el fuego para mantener la casa caldeada antes de que se esconda el sol.

—¿Cómo la ves? —me pregunta, preocupado por Sira.

—Creo que está asumiendo lo que ha vivido. Le duele, pero es una mujer muy inteligente y sabrá procesarlo.

—Si la hubieras visto... Se rompió por dentro. Lo que vio fue tan cruel que nadie debería tener que pasar por eso.

—Por suerte, tú estabas a su lado. Eres muy importante para ella, supongo que lo sabes.

—Lo que me da miedo es que cada día que pasa, Sira es más importante para mí.

—Carlos... ¿Te estás enamorando de ella? —pregunto, casi en un susurro.

—No, no es eso. Pero empiezo a darme cuenta de que la necesito en mi vida. Y eso me aterra.

Sira llega con dos tazas de té para nosotros, y se sienta a nuestro lado. Es tan dulce que entiendo lo que mi hermano me cuenta, pero espero que sea capaz de controlar ese sentimiento que crece y al que no se atreve a poner nombre.

Anuncio que voy a preparar unas pizzas caseras para cenar, y aunque hemos comido mucho, todos se apuntan. He traído unas

bases que compro en la parada italiana, junto al resto de ingredientes. Incluso el orégano del puesto de Giovanni es más aromático que el que venden en el supermercado. Carlos, al verlo, me pregunta qué es eso. Le digo que es orégano de altura, para poner en la pizza o donde quieran.

Cenamos en torno a la mesa de la cocina, y mi hermano pone doble ración en la pizza que comparte con Sira. No les gustan las anchoas calientes, así que he preparado una pizza solo para ellos.

En algún momento, la conversación deriva hacia las teorías de la conspiración, y veo debatir a Sira y a mi hermano sobre si los perros entienden a los humanos de verdad o solo fingen. A mí me entra la risa floja. Sira se levanta de la silla y sigue comiendo sentada en el suelo. Carlos intenta que se levante y acaba a su lado, muerto de risa. Mi hijo nos mira sorprendido, e incluso preocupado. Va a la cocina y vuelve con la bolsita del orégano.

—No me digas que has puesto esto en la pizza, mamá... —dice muy serio.

—Pues claro.

—Es marihuana. El orégano está dentro del armario. Lo siento, un colega me la dio el otro día.

La declaración de Jorge nos pilla por sorpresa a todos. Carlos rompe el silencio y, entre risas, dice:

—No la probé en los ochenta ni en los noventa. Claro, tenía que esperar a ponerla en una pizza.

Ellos dos han ingerido más que nosotros, por la doble ración que Carlos ha puesto en la que han compartido.

Miro a mi hijo, que sigue pálido, y le hago un gesto para que se calme. Luego miro a mi hermano y a Sira. Están en el suelo, apoyados en el sofá, riendo todavía de algo que ninguno de los dos ha dicho en voz alta. Carlos tiene una mancha de tomate en la camisa. Sira tiene el pelo revuelto. Se miran como si el resto del mundo no existiera.

Y entonces lo veo. No hace falta que me lo digan. No hace falta que se lo digan ellos. Lo veo en cómo Carlos le quita una mota de algo de la mejilla, en cómo ella se deja tocar sin inmutarse, en esa risa compartida que no tiene nada que ver con la marihuana.

Jorge me tira de la manga.

—Mamá, ¿estás bien?

—Estoy perfecta, cariño. Ve a dormir. Esta mañana nos hemos levantado temprano.

Mi hijo sube las escaleras murmurando algo sobre familias disfuncionales y generaciones perdidas. No le hago caso. Estoy ocupada observando a los dos del suelo.

Carlos y Sira. Mi hermano y la nuera de mi sobrino. El escándalo que se avecina si esto llega a oídos de Pablo. De Adrián. De cualquiera.

Pero también veo otra cosa. Veo a Carlos relajado por primera vez en años. Veo a Sira sin esa tensión en los hombros que lleva arrastrando desde que conozco su nombre. Veo a dos personas que, por una vez, no están fingiendo.

Me acerco a la chimenea, apago el fuego que mi hermano encendió hace horas. La casa se queda en silencio, salvo por sus risas ahogadas y alguna que otra confesión absurda sobre el sentido de la vida.

—Juani... —llama Carlos, con la voz pastosa—. ¿Tú crees que los perros...?

—Duérmete, Carlos. Mañana hablamos.

Subo las escaleras sin mirar atrás. En la habitación de invitados, Jorge ya ronca. Me siento en el borde de la cama y saco el móvil. Tengo el dedo sobre el nombre de mi hermano, listo para mandarle un mensaje: "Controlaos. No hagáis nada de lo que os arrepentiréis."

Borro el mensaje. Lo vuelvo a escribir: "Sira es una buena persona. Merece ser feliz."

Borro eso también.

Al final no escribo nada. Guardo el móvil, me tapo con la manta, y cierro los ojos sabiendo que mañana, cuando el orégano de altura haya pasado, nada de esto habrá sucedido. O quizás todo habrá cambiado.

La última cosa que oigo antes de dormirme es la risa de Sira, bajita, desde el salón. Y la respuesta de mi hermano, igual de baja, diciéndole algo que no alcanzo a entender.

CAPÍTULO 17

Carmina

No fue sencillo conseguirlo, lo reconozco, pero ya tengo mi piso en Barcelona. Es una cucada de dos habitaciones con una terraza preciosa en el barrio de Sarrià. Nada más verlo, tuve la corazonada de que era para mí. El edificio es de los años ochenta, pero el pequeño ático está totalmente renovado y decorado con un gusto exquisito. Incluso la terraza dispone de una barbacoa de obra y está amueblada con una mesa y sillas de teca, así como una tumbona que me irá de lujo para tomar un poco el sol y leer.

He pasado por el Ikea para comprar sábanas, toallas y una lámpara para el escritorio. Eso era lo que llevaba en la lista de la compra. Al final, he sucumbido en la sección de terraza y jardín a una guirnalda de luces con la que decoraré la pérgola exterior. Le voy a sacar todo el partido posible al exterior del ático, porque aquí en Barcelona el clima es mucho más benigno que en mi ciudad. No tienen cierzo, ni temperaturas tan extremas como las que los zaragozanos conocemos tan bien.

Hace cinco días que estoy en la ciudad, y ya tengo todo preparado para iniciar mañana el máster en la facultad de derecho. Cada semana, de lunes a miércoles, tengo la agenda completa con clases de mañana y tarde.

Me acuesto pronto porque quiero estar fresca para el primer día. Hace veinticinco años que no voy a clases en la universidad, y me temo que la primera jornada se me va a hacer muy larga. Ayer compré una cafetera Nespresso. No me veo capaz de salir a la calle

sin mi primer café, y si me apuras, con un termo de café con leche por si el de la facultad no es bebible. Cuando mi madre estuvo enferma, acabé aborreciendo los cafés de máquina de autoservicio. Qué asco. Pasé tres meses bebiéndolos y juro que fueron los únicos tres meses de mi vida adulta en los que he tenido cierta regularidad en... Bueno, ya sabéis. El efecto laxante es casi inmediato. En menos de treinta minutos, sientes la llamada de la naturaleza.

Cuando suena el despertador, lo odio. Me ha interrumpido un dulce sueño en el que un hombre sin rostro, pero que olía a una deliciosa mezcla de sándalo con toques de pachulí, ponía su mano en la parte baja de mi espalda para susurrarme algo al oído que no recuerdo, porque justo en ese instante he oído el soniquete del móvil. Todavía enfurruñada, recuerdo que hoy es el gran día. Tras tomar una refrescante ducha con el gel de menta y limón que uso por las mañanas, mi café me espera, junto a un trozo de bizcocho de plátano, yogur y avena que me preparé anoche. No lleva ni un gramo de harina, es alto en proteínas y me permite aguantar toda la mañana sin tener un ataque de hambre. Estupendo para mi línea, sobre todo ahora que la menopausia se acerca. Eso me recuerda que tengo que encontrar un gimnasio cerca de casa. No puedo ni debo descuidar mi cuerpo. Solo me faltaría ahora sentirme mal con mi cuerpo. Tengo demasiados frentes abiertos como para gestionar uno más.

Tomo el autobús que para en la esquina de mi calle y me deja justo al lado de la facultad de derecho. El viernes me compré una tarjeta de transporte que me sirve para el metro, el tranvía, el bus y los dos tipos de trenes que hay en la ciudad: el de cercanías de Renfe y los "catalanes", como dicen aquí, que son una línea de la Generalitat, el gobierno autónomo de la región. Sale barato para la variedad que hay, la verdad. En siete minutos llego a la puerta del aulario, con el corazón acelerado como cuando tenía quince años. Me da un poco de apuro pensar que seré la más veterana del grupo, pero al llegar a mi aula, veo que no soy la única que pasa de los cuarenta.

Hoy he llegado un poco justa, por lo que no he tenido tiempo antes de la clase para hablar con otros compañeros. El decano de la facultad hace la presentación del máster, y me produce una impresión muy favorable. Los profesores que van a impartir las materias son todos prestigiosos abogados en ejercicio, y abren la posibilidad de que algunos de nosotros realicemos prácticas en sus bufetes los jueves y los viernes. Me apunto enseguida a la lista de candidatos. Total, no me espera nadie en Zaragoza, y conocer de primera mano la práctica del derecho en Barcelona me ayudará a familiarizarme con las diferencias del derecho de familia entre Aragón, Cataluña y el territorio común.

El jueves tengo una entrevista con la coordinadora de prácticas para ver si encajo en alguna de las plazas ofertadas. Bien. Esto se pone interesante.

A lo largo del día se suceden las presentaciones de los profesores. Se nota que tienen muchas tablas en la especialidad, y mi moral lo agradece. En los descansos entre las clases, y también a la hora de comer, los treinta alumnos nos presentamos entre nosotros. Excepto siete u ocho veinteañeros, el resto ya tiene experiencia laboral, más o menos larga. Nos vamos agrupando según las afinidades que intuimos, sin descuidar el contacto con los demás. Es necesario observar a la gente antes de cerrarse a nuevas amistades.

Cuando llego a casa, agotada, solo tengo tiempo de darme otra ducha y cenar una ensalada rápida antes de que el sueño me venza. Me siento exhausta, sí, pero también feliz por este cambio que la vida me ofrece a estas alturas.

Dejo la ventana del dormitorio entreabierto antes de acostarme. No sé si es la bruma de lavanda de las sábanas nuevas o si realmente llega hasta aquí, pero percibo algo en el aire que me recuerda al mar. A sal. A libertad.

Cierro los ojos y vuelve él. El hombre sin rostro. Esta vez no hay despertador que lo interrumpa. Siento su mano en la parte baja de mi espalda, el calor de su aliento cerca del oído, y por primera vez

en años no asocio ese gesto con culpa ni con Adrián. Es solo una promesa. Algo que aún no tiene nombre.

"Benditas posibilidades", pienso, justo antes de caer dormida en mi recién estrenada cama.

CAPÍTULO 18

Gerard

Esta mañana no tengo ninguna vista en el juzgado, lo que es de agradecer después de semanas y semanas sin un solo día de tregua. Los funcionarios ya me llaman por mi nombre de pila, y creo que he compartido la pausa del café con una buena parte de ellos, así que los conozco a casi todos. Son buena gente, y gestionan una carga de trabajo impresionante. Haría falta el doble de personas para que los divorcios, y sobre todo aquellos que afectan a la custodia de menores, se resolvieran en un plazo aceptable.

Hace tres días se inició la nueva edición del máster en Derecho de Familia, en la que imparto clases, como en los últimos cinco años. Hay treinta estudiantes, de perfiles variados y niveles de experiencia diversos. Este año necesitaré un ayudante para el bufete, porque estoy a tope de trabajo. He pensado que contratar en prácticas dos o tres días a la semana a uno de los participantes es buena idea. Tengo sobre la mesa doce currículums que me han presentado, pero hasta hoy no he tenido tiempo de ojearlos. Seamos prácticos, necesito a alguien con una cierta experiencia jurídica y conocimiento procesal. Los cuatro primeros perfiles no me convencen y los descarto rápidamente: demasiado jóvenes. El quinto parece interesante, pero es un abogado que en las clases me ha parecido que tiene el sentido común olvidado en un cajón de la cómoda de su abuela. Tampoco.

Cuando cojo el siguiente currículum, mi corazón se salta un latido. Esa mirada... La vi nada más entrar en el aula el primer día y sentí

una atracción magnética al verla. Tuve que forzarme a no mirarla mientras impartía mi asignatura, porque, sin querer, mis ojos buscaban los suyos.

Leo su experiencia y formación, y me sorprende que sea una funcionaria que ha solicitado una excedencia para dar un giro a su carrera. Me sorprende y me atrae. Es cuatro años más joven que yo, pero no se conforma con un sueldo fijo y una plaza en propiedad en un juzgado de Familia. Tiene experiencia y conocimientos sobre el tipo de casos en el que trabajo. Es, desde un punto de vista objetivo, una candidata ideal. Pero temo que podría caer rendido a sus pies, y solo pensarlo me produce escalofríos.

Desde que me divorcié de Laura, hace seis años, decidí que no volvería a enamorarme. Me niego a sufrir otra vez como lo hice entonces. Me centré en mi trabajo y, desde entonces, mi bufete va viento en popa. Tengo una clientela distinguida que he ido consolidando a lo largo de los años. Empresarios, médicos, comunicadores y gente de a pie, que llegan a mí en momentos difíciles. Ponen en mis manos sus historias y, en buena parte, su futuro. En ocasiones, también la relación futura con sus hijos. Merecen todo mi respeto y les debo lo mejor de mi experiencia y conocimientos. Por eso, me tomo cada uno de los casos que tengo sobre mi mesa como algo personal.

Desde hace seis años, mi corazón está cerrado a cal y canto. Me permito solo de vez en cuando alguna relación de una noche, siempre con alguien de fuera de mi entorno laboral. Nada de quedarme a dormir con ellas, por muchas ganas que tenga. Es una norma que respeto escrupulosamente, porque huyo de la intimidad. Sé que es la primera puerta de entrada para el amor, y esa es una palabra prohibida para mí. Cada día tengo ante mí parejas destruidas, que a menudo acaban como enemigos o, en el mejor de los casos, como desconocidos que desearían no haberse encontrado jamás.

Me concentro en el resto de los currículums pendientes. Los paso uno a uno, marcando con una cruz roja a los menos aptos. El

siguiente candidato no podrá venir: ha aceptado una pasantía en la fiscalía y me lo comunica en un correo breve y cortés. El otro finalista solo tiene disponibilidad por las tardes, lo cual es incompatible con las horas de despacho que necesito cubrir. Queda ella. Carmina Calderón, exfuncionaria de Justicia con experiencia procesal, disponibilidad completa y una mirada que me ha costado horas de concentración extra estas últimas semanas.

Respiro hondo y marco su número antes de que el sentido común me detenga.

—¿Dígame?

—Buenos días, soy Gerard Vidal. Es usted candidata a las prácticas del máster, si no me equivoco.

—Hola. Recuerdo su nombre, Gerard.

—Tengo su currículum delante. Veo que tiene cuarenta y nueve años y solicita una excedencia para "dar un giro profesional". ¿No le parece un poco tarde para cambiar de rumbo, señora Calderón?

El tenso silencio al otro lado dura apenas un segundo, pero lo noto.

—Tengo veinticinco años de experiencia jurídica —responde con voz firme—. La edad no determina la capacidad.

—La edad determina la adaptabilidad —replico, escribiendo garabatos en un papel para no pensar en su voz—. Necesito a alguien que pueda aprender mis métodos rápidamente, no una funcionaria acomodada que eche de menos su plaza.

—No echo de menos nada —su tono se ha vuelto glacial—. Si no está interesado, no perderemos más tiempo.

Algo en su determinación me desarma y me irrita a la vez. Es justo el tipo de respuesta que busco en un ayudante, pero también el tipo de actitud que me hará pensar en ella más de la cuenta.

—Venga mañana a las nueve —digo finalmente, sin preguntar si le viene bien—. Le advierto que no tolero errores ni excusas. Si acepta, será bajo mis condiciones.

—Entendido.

Cuelgo antes de que pueda añadir nada más, antes de que mi voz traicione la extraña mezcla de anticipación y pánico que siento. Intento convencerme mientras en mi interior no paro de repetirme “Solo son prácticas. Solo prácticas”

CAPÍTULO 19

Carmina

He llegado viva al final del tercer día de clases. Agotada, pero viva.

El ritmo es fuerte, no nos vamos a engañar. Hace veinticinco años que trabajo la mayor parte del tiempo en jornada intensiva. Pero cuando me levanto cada mañana, siento una ilusión nueva que me da fuerzas para iniciar cada día con una sonrisa en los labios, sin rastro de mi antigua amargura. Todo un mundo se abre ante mí, y sé que dispongo de las armas y de la energía necesarias para conquistarlo.

Como novedad, mañana tengo una entrevista para un puesto de prácticas en un prestigioso bufete de la ciudad.

La pega —porque, claro, tenía que existir una— es que mi potencial jefe es un borde de cuidado. Me ha llamado justo cuando acababa de llegar al ático, y ha puesto en duda mi capacidad y mis razones para dar un giro a mi carrera... a causa de mi edad. Es uno de los ponentes del máster, y creo que es incluso un poco mayor que yo. Si quiere una ayudante, no creo que encuentre otra con mi experiencia en juzgados de familia. Y eso significa que seré operativa casi de inmediato y que poseo un punto de vista que muchos bufetes ya querrían tener en su equipo. Por eso, y porque a mi edad ya no estoy para aguantar tonterías, le he dicho que si no soy de su interés, ni él ni yo vamos a perder el tiempo.

Yo pensaba que me iba a colgar tras mi respuesta. Pero va y me cita para mañana a las nueve en su despacho. A estas alturas de mi vida, un abogado estrella no va a impresionarme con su mala

educación, por muy atractivo que sea. Porque, aunque me pese, tengo que reconocer que lo es. Cuando lo vi por primera vez, en la presentación del máster, me alegré de volver a ser soltera. Pero, con lo agrio y estirado que lo he visto hoy, no hay ningún peligro en trabajar a su lado.

Cuando ya he acabado de cenar y estoy recogiendo la cocina, mi hijo me llama al móvil. Me alegro porque, desde que se enteró de mi pasado con Adrián, he sido yo quien ha intentado mantener el contacto con él. No ha sido nada fácil; las primeras veces me respondía con monosílabos y me costaba un mundo alargar la conversación.

—Hola, hijo.

Antes de responderme, noto un silencio que me alerta de que algo le ocurre.

—¿Qué tal tu máster?

—Bien. Mucho trabajo, pero me gusta. Mañana tengo una entrevista para realizar unas prácticas en un bufete de gran prestigio.

—Me alegro. Necesitabas un cambio, hacer algo por tu cuenta.

—Tienes razón. Y en ello estoy. Y tú, ¿qué me cuentas?

Otro silencio, ligeramente más largo, me confirma que tiene problemas.

—No sé cómo decirte esto, pero creo que estás en la mejor posición para comprenderme.

—Suéltalo ya, me estás asustando.

—Sira y yo nos divorciamos, mamá.

Esto sí que no me lo esperaba. Hace unos meses, me hubiera alegrado de la noticia. Pero ahora ya no soy la misma, y mi punto de vista ha cambiado de forma radical respecto a Sira.

—Lo siento mucho, cariño.

—Conmigo no hace falta que disimules. Sé que siempre te ha caído mal.

—No es eso. Estaba celosa. Sentía que perdía el control, nada más que eso. Me avergüenza reconocerlo, pero es así.

—Joder, mamá. Me sorprendes.

—No sé si debo preguntarte por el motivo de vuestra decisión.

—La he cagado, mamá. Hasta el fondo.

Guardo silencio. Necesito poner orden en mi mente, y no quiero que Pablo se sienta presionado para contarme lo ocurrido. Tras una pausa, él inicia su relato.

—Sira subió con papá al Pirineo, para aceptar en mi nombre la herencia de la mitad de la casa del tío Seve. No quise ir yo mismo porque tenía mucho trabajo, y me suponía perder un día entero. Ella tenía vacaciones y las iba a pasar allí, ayudando con la reforma y la decoración.

No puedo evitar sentir una punzada de celos en el estómago al oír hablar de Sira y de mi ex. Es absurdo, lo sé, pero tienen gustos tan parecidos que creo que no he llegado al punto de complicidad que ellos tienen, ni siquiera cuando éramos novios. Me fastidia, porque son suegro y nuera, y eso me lleva a plantearme qué tipo de relación he vivido con el que ha sido mi marido. Mi hijo prosigue su explicación.

—El caso es que mi secretaria me buscaba desde hacía tiempo. Yo lo sabía, y le dejé claro que estaba casado. A ella no le importó y siguió flirteando. Con pequeños gestos, rozándose conmigo en cuanto tenía ocasión, ... Ese tipo de cosas.

—Ahórrame los detalles escabrosos, por favor.

—Lo haré. Ese día en el que Sira firmaba la herencia por mí, trabajamos hasta tarde en el despacho. Al acabar, cuando Vanessa y yo nos quedamos solos, me provocó hasta que caí. Y la llevé a casa, sabiendo que no había nadie.

—Pablo, por favor...

—Espera, mamá. Sira no volvió del Pirineo, tal y como estaba previsto. Pasé la noche con Vanessa, en mi habitación.

—Y en la de Sira.

—A la mañana siguiente, me quedé a trabajar desde casa. Mi mujer me llamó por el ordenador y, cuando estábamos hablando y papá estaba al lado de Sira, mi secretaria se paseó desnuda detrás de mí.

Me horroriza pensar en la escena. Es mi hijo, pero me pongo en la piel de Sira y se me ponen los pelos de punta. Tengo que mordirme la lengua para no decirle a Pablo lo que pienso. No soy quién para ir dando consejos sobre moralidad.

—Es muy fuerte, hijo.

—Lo es. Sira no quiso hablar conmigo durante días y papá me prohibió aparecer por allí. Me dijo que ella necesitaba recuperarse, que había sufrido un choque demasiado fuerte.

Vuelvo a sentir celos. Irracionales, injustificados, pero celos. Él también presencié la escena. No quiero ni pensar en lo que sintió mi exnuera en ese momento.

—Es comprensible, Pablo —me limito a decir.

—Volvieron la semana pasada del Pirineo, y ayer quedé con Sira para hablar, por primera vez. Ni siquiera ha regresado a casa. Nos vimos en un bar lejos del centro.

—¿Intentaste arreglarlo?

—Sí, pero ella ya había tomado una decisión y fue tajante. Vamos a pedir el divorcio, intentando que sea de mutuo acuerdo. La encontré fría como un témpano de hielo, mamá. No hay nada que pueda hacer.

—Es normal. No quiero que pienses que me pongo de su lado, pero no tenéis hijos y seguro que ha pensado que es mejor dejarlo estar. Cuando se pierde la confianza, es muy difícil recuperarla. Yo sé algo de eso, y no estoy precisamente orgullosa de lo que hice.

—Mamá, me siento muy mal. He sido un imbécil.

—Has sido débil. Y has dado demasiada importancia a tu trabajo. No te estoy juzgando, solo te digo lo que creo. Aprendemos de los errores, hijo, y tú todavía eres joven.

—¿Y si he perdido a la mujer de mi vida?

—No creas en esas tonterías. Si Sira fuera la mujer de tu vida, no la habrías perdido. No te habrías acostado con tu secretaria. Por cierto, ¿qué ha pasado con ella?

—La he despedido. Sabía muy bien lo que hacía al pasearse desnuda durante la videollamada.

Es mi hijo. Lo sé. Pero no puedo estar orgullosa de lo que me ha contado. Quizá sea culpa mía todo esto. He sido un mal ejemplo, y quizás lo haya desestabilizado. Estoy segura, aunque me duela reconocerlo, de que Carlos nunca me ha sido infiel, aunque haya tenido muchas oportunidades. Sé que han existido porque he visto cómo lo miran las mujeres al pasar. Su presencia es imponente y, si a eso le sumamos el éxito que tiene como CEO de su empresa, el resultado es evidente.

Pero Carlos es solo pasado y mi vida tiene que avanzar. Ahora soy la capitana al mando de mi propio barco, y quiero saber si una parte del viaje comenzará con las prácticas en el despacho de Gerard Vidal. En unas horas estaré frente a él, y no me voy a amilanar, ni a mostrarle la versión de Carmina que él quiere ver. Seré simplemente yo misma, algo que he olvidado durante los últimos veinte años de mi vida.

CAPÍTULO 20

Carmina

Bajo del tranvía en la Plaza Francesc Macià y antes de cruzar, busco con la mirada el edificio del bufete de Gerard Vidal. Ayer me indicaron que se encuentra en el lado montaña. Estupendo, pero yo todavía no entiendo esta manera de ubicarse que tienen los barceloneses. Si conoces la ciudad, de acuerdo, pero yo ahora mismo no tengo ni pajolera idea de hacia qué lado está el mar. Acabo por poner la dirección en Google Maps, como los turistas que me encuentro a mi paso. Jesús, estamos en mayo y ya van con bermudas, manga corta y sandalias con calcetines. Es un look anticonceptivo, porque por muy guapo que sea un hombre, vestido así pierde todo el sex appeal que pueda tener.

Al final, encuentro casi por azar el número del edificio que busco. Es una preciosidad, de estilo señorial y con pinta de tener un precio por metro cuadrado escandalosamente alto. El conserje me abre la puerta y, tras dar un repaso a mi aspecto, decide que merezco pasar, no sin antes preguntarme a qué piso voy.

El despacho de Vidal ocupa toda la tercera planta. Encuentro la puerta abierta y una recepción amplia y moderna. Una empleada, vestida con un uniforme de traje de chaqueta y foulard de seda con mucha clase, me pregunta quién soy y a qué hora tengo cita. Piensa que soy una de las clientas del bufete, y lo interpreto como una señal de que el vestido que he elegido, a juego con un blazer y a tono con los zapatos de tacón y un bolso de diseñador francés eran la opción correcta.

Por suerte, de mi matrimonio con Carlos me ha quedado un guardarropa de lujo, tan amplio que puedo contar con un modelo para cada ocasión. De momento no necesito presupuesto en ropa ni en complementos. Todo eso que me ahorro.

Cuando le he dicho que tenía una entrevista con el señor Vidal, me ha hecho pasar directamente a su despacho. A diferencia de sus malos modales durante la llamada que me hizo ayer, me ha parecido al principio un hombre encantador y muy atractivo. Viste unos pantalones de traje, más bien ajustados, al igual que su camisa blanca, que marca un abdomen esculpido a fuerza de muchas horas de gimnasio. Espero que no haya visto que mi mirada se centraba un segundo más de lo necesario en su cuerpo, pero es que no lo he podido evitar.

Se ha levantado para saludarme e incluso me ha ofrecido un café. Mi currículum descansa sobre su mesa y yo me mantengo alerta, esperando tener que responder a alguna pregunta malintencionada sobre mi edad o mi experiencia como funcionaria en los juzgados de familia.

En cuanto su secretaria nos ha servido el café, he notado un cambio en su actitud. La magnífica sonrisa que lucía hasta entonces se ha borrado de su rostro, y ha comenzado a hacerme una serie de preguntas sobre casos reales, todas ellas técnicas, más bien relacionadas con el derecho procesal que con el derecho de familia puro y duro. Por supuesto, con la experiencia que acumulo, mis respuestas han sido claras, concisas y correctas. Este interrogatorio ha durado casi veinte minutos, y tras cada una de mis respuestas he podido ver que los músculos de su rostro y cuello se tensaban cada vez más, como si no le gustase que supiera de qué estábamos hablando.

Tras un silencio demasiado largo para mi gusto, ha proclamado su veredicto:

—Carmina, sus conocimientos son extensos, como su experiencia, pero voy a ser claro: soy un jefe muy exigente. Pido el ciento cincuenta por cien de compromiso de mis empleados, puntualidad

británica, nada de relaciones ni comentarios personales en el despacho y respeto absoluto de todas y cada una de mis normas. Si las acepta, va a adquirir una experiencia por la que muchos matarían. Eso sí, no admito errores. Si está dispuesta, la espero mañana para firmar su contrato de prácticas. ¿Tiene algo que decir?

—Le agradezco su comentario respecto a mis conocimientos y experiencia, señor Vidal. Soy una apasionada del derecho de familia, y por supuesto que quiero aprender a su lado, pero tiene que saber que espero de usted lo mismo que exige de mí. No me conformaré con menos.

Durante unos segundos, me mira con algo que identifico como ira en sus ojos. No acabo de comprender a este hombre. Es como si tuviera dos caras; una de ellas amable y empática, y otra en la que puedo leer una especie de rechazo a mi persona que no sé interpretar. Noto tensión en su gesto, y al final, rompe el silencio diciendo:

—Por supuesto, el salario será acorde al nivel exigido, Carmina.

—No solo estaba hablando de salario, señor Vidal. Me refería a que supongo que usted ofrece también un puesto en el que voy a aplicar los conocimientos que me exige. No soy la chica de los cafés ni la encargada de las fotocopias. Quiero trabajar en casos reales. Y el trato será tan respetuoso como el que pide para usted. Si está de acuerdo, será un placer firmar mañana ese contrato.

—Nos vemos mañana a las nueve. Pase por Recursos Humanos antes de marcharse, y allí le pedirán los documentos necesarios para redactar su contrato.

Tras un correcto y profesional apretón de manos, él se pone de pie, lo que interpreto como una invitación a dar por terminada la entrevista.

—Hasta mañana, señor Vidal.

Cuando ya estoy de espaldas a él, y con la mano en el pomo de la puerta, oigo que me dice, con un tono de voz más bajo y diferente al que tenía hace un instante.

—Llámeme Gerard si no le importa, Carmina.

Sin decir nada, asiento con la cabeza. Este hombre me descoloca. Va a ser difícil trabajar con él con los cambios de humor que parece tener.

Salgo de la oficina y camino por el pasillo como a cámara lenta, consciente de la vibración tensa que me ha dejado la entrevista. La recepcionista me sonríe al pasar, como si supiera algo que yo ignoro. Afuera, en la calle, el aire de Barcelona es tibio y húmedo, pero me siento electrizada, como si me hubieran conectado a un generador de alta tensión. Me detengo frente a una pastelería y miro el reflejo de mi cara en el cristal: no parezco la Carmina de hace seis meses. Ahora soy la versión beta de una abogada de familia, con el maquillaje impecable pero los ojos todavía inyectados de inseguridad.

El comentario final —"llámeme Gerard"— resuena en mi cabeza como un eco incómodo. ¿Por qué ese cambio de registro? ¿Era una cortesía sincera, o un modo sutil de marcar territorio? He conocido a hombres así: necesitan ser el centro gravitatorio de cualquier sistema, y la familiaridad no es un regalo, sino una trampa de seda. Por un momento me acuerdo de Carlos, de cómo podía ser distante y formal en público, pero dulcísimo en la intimidad. Y de Adrián, claro, que jugaba a la ambigüedad como si la hubiera inventado él. Gerard tiene algo de ambos, pero también un filo que no reconozco.

Camino de vuelta a casa en vez de subir al tranvía, repasando la conversación como si pudiera editarla a posteriori. ¿He sido demasiado contundente? ¿Demasiado rápida en exigir respeto mutuo? Una parte de mí teme haberlo espantado, otra se siente orgullosa de no haber reulado. Es lo mínimo que me debo después de años de poner la otra mejilla.

Entro en un café y pido un cortado. Mientras espero, abro el móvil y reviso los mensajes. Lucía ha escrito: "¿Cómo ha ido?". No sé qué responder. Podría ponerle: "Me han contratado y creo que mi jefe es bipolar". O: "Sobreviví. Mañana empiezo". Opto por la versión neutra: "Bien. Luego te llamo". Cierro el móvil y me concentro en la

espuma del café, que se va deshaciendo poco a poco, igual que mi antigua vida.

Por primera vez en años, siento vértigo y esperanza a la vez. Puede que Gerard Vidal sea un jefe imposible, o que acabe siendo otro error en mi lista de malas decisiones. Pero la ciudad es nueva, el trabajo es nuevo, y yo, aunque no lo parezca, también lo soy. Me levanto, pago y salgo a la calle. Camino en dirección contraria a la que he venido, sin consultar el mapa. No sé a dónde voy, pero me permito perderme. Por fin, tengo margen de equivocarme y de volver a empezar.

CAPÍTULO 21

Gerard

La puerta de mi despacho se cierra tras ella, y mis ojos todavía la buscan. Ha dejado su aroma a jazmín y sándalo en el ambiente. Me sorprendo aspirándolo, como si quisiera aprehenderlo, quizás porque me ha recordado al que usaba mi primera novia, cuando estudiaba en la facultad de Derecho.

Tenía la esperanza de que no respondiera a mis preguntas, y así tener la posibilidad de rechazarla de manera objetiva. Pero no. Es un diamante en bruto, pidiendo ser pulido por las manos de un hábil orfebre del derecho de familia. O sea, yo.

Cuando la he visto entrar, enfundada en un vestido que dejaba adivinar suavemente sus curvas, y acercándose a mí con paso firme subida a esos tacones... no he podido sino sonreír. Habrá pensado que soy idiota. Ni rastro de mi máscara de tipo duro e impermeable a las armas de mujer. Y eso que ella ni siquiera se ha planteado utilizarlas conmigo.

Mi impulso es acercarme a ella lo suficiente como para darle dos besos, apoyando casualmente mi mano en su cadera... Pero no. No puedo dar ese paso. Parezco un colegial, siento que debo recuperar el control.

Para darme tiempo, y que ella no note el involuntario efecto que tiene sobre mi cuerpo, le ofrezco un café. Tras unos minutos, recupero el valor necesario como para someterla a esta entrevista que, por primera vez, me pone muy nervioso. No soy yo el

examinado, pero sé que Carmina tiene el poder de hacer lo que desee con mi corazón.

Debo mantener las distancias, y las marco de manera exagerada para protegerme de la luz que desprende. Es una mujer preciosa, de una elegancia natural y un halo de misterio que me atrae peligrosamente.

Durante unos veinte minutos le lanzo las cuestiones más complicadas del perímetro de los casos que gestiono. Una a una, las responde todas, con solvencia y aplomo. En una vista, su actitud es oro.

Me lo está poniendo muy difícil. Si hay algo que me atraiga en una mujer es su inteligencia. Y Carmina, además de ese misterio animal que despierta mis deseos más inconfesables, posee una mente clara y despierta, que razona a la velocidad del rayo y es capaz de expresarse como solo unos pocos elegidos pueden hacerlo.

Mientras me responde a la última pregunta, intento planificar mi derrota. Es la mejor, de ello no me cabe ninguna duda. Ahora, mi única carta bajo la manga es mostrarme tan duro e inflexible que sea ella la que decida que no quiere trabajar conmigo. Su respuesta me descoloca aún más. No le importan las condiciones que impongo, y se permite exigir que su trabajo esté a la altura de las circunstancias.

“No soy la chica de los cafés ni la encargada de las fotocopias”, me suelta.

Por un instante, esa frase me rompe en dos.

Una profesional altamente cualificada como ella se siente obligada a pronunciarla. Imagino una entrevista parecida con un candidato de la misma edad, cuarenta y nueve años. Algo estamos haciendo muy mal en esta sociedad, para que esa frase sea necesaria en el contexto en el que nos movemos.

Y, sin embargo, demuestra unas agallas que no todo el mundo tiene. Ha dejado su ciudad y la comodidad de su plaza fija en la administración para cursar un máster y trabajar desde el otro lado

del derecho. Su discurso hace que me avergüence de lo que le he dicho respecto a mis exigencias en el bufete.

Es la persona perfecta, y la necesito en mi equipo, aunque mi vida tal y como la conozco actualmente se encuentre en peligro.

La lógica dice que debería rechazarla, mantener la distancia, preservar el orden y la serenidad que me ha costado años construir. Pero la lógica nunca ha sido mi fuerte, tampoco la templanza. La deseo en el equipo por su talento, sí, pero también porque tenerla cerca me obliga a sentir. Y llevo demasiado tiempo anestesiado.

Me recuesto en la silla e intento ordenar mis ideas. Por costumbre, repaso la agenda del día siguiente, los correos pendientes, la pila de carpetas que amenaza con sepultarme cada lunes. Pero todo se vuelve irrelevante ante el recuerdo de su voz, la forma en que me ha mirado sin pestañear cuando le he planteado el peor de los escenarios. Ni un solo atisbo de miedo, solo una curiosidad feroz por demostrar que puede con ello.

Hay un detalle que no puedo dejar de revisar mentalmente: cuando ya se iba, le he pedido que me llame por mi nombre. No lo hago nunca, ni siquiera con los socios del bufete, y menos con una candidata. ¿Por qué lo he hecho? Quizá porque quiero que cruce esa línea, que derribe la barrera que me separa del resto del mundo. O tal vez porque necesito que haya alguien, al menos una persona en la oficina, que no me tema. Que me vea como lo que soy, un hombre tan asustado como el resto, solo que mejor disfrazado.

Siento la urgencia de salir de aquí, de tomar aire. Miro el reloj: apenas son las cinco de la tarde y ya estoy agotado, como si hubiera corrido un maratón. Desde el divorcio, solo conservo un ritual que me mantiene cuerdo: los sábados, sin falta, navego. El puerto de Badalona, el velero amarrado en el pantalán 7, el olor a salitre y gasóleo, la sensación de que el mundo se reduce a las olas y el viento. Es mi trinchera y mi refugio. Allí, entre las maniobras y el silencio, todo lo demás pierde importancia y solo queda lo esencial: la lucha contra el mar, la soledad elegida, la libertad de ir a la deriva sin testigos.

Hoy es jueves. Dos días enteros antes de poder escaparme al agua, y la perspectiva me resulta insoportable. Carmina ha dejado una marca indeleble en este despacho y, lo reconozca o no, en mí. Mañana a las nueve firmará el contrato, y todavía no sé si seré yo quien la reciba o si delegaré en Recursos Humanos. Tampoco he decidido la cifra del salario, aunque sé que pagaría lo que fuera por tenerla cerca. Sé que aceptará. Y sé, con la misma certeza, que estoy metiéndome en la boca del lobo.

El teléfono vibra. Es mi hermana: "¿Comes en casa de mamá el domingo?". Sonrío. Le contesto que sí. Pero antes, necesito sobrevivir a mañana. Necesito decidir si me atrevo a estar presente cuando ella cruce esa puerta para firmar, o si me esconderé como un cobarde detrás de la burocracia de Recursos Humanos.

Porque si la veo entrar de nuevo, con ese vestido, con esa mirada que me desarma, con esa voz que me obliga a sentir... no sé si podré mantener la máscara.

A veces, la única manera de no hundirse es soltar el lastre. O aferrarse a él con desesperación.

CAPÍTULO 22

Carmina

Al entrar en mi ático me siento todavía removida por la entrevista. Por suerte, hoy no tengo clase, y dispongo de todo el día para mí. Hace sol, y decido cambiarme e ir a dar una vuelta por la playa. Desde siempre, el mar tiene un efecto calmante sobre mí. Aunque estamos a finales de abril, estamos a veinticuatro grados. Aunque no me bañe, daré un paseo y tomaré el sol un rato.

No tengo ganas de buscar el trayecto en transporte público, por lo que bajo y tomo el primer taxi que pasa por mi calle.

—Buenos días. A la Barceloneta, por favor.

El taxista lleva puesta una emisora de radio que he visto ya en otros vehículos. Radio Tele Taxi. Suena música del sur, flamenca, que no tiene nada que ver con Cataluña. En los últimos días he comprobado que hay una importante comunidad andaluza en el entorno de Barcelona, y que mantiene su identidad de manera casi defensiva. Las olas de inmigración del siglo veinte provenían del sur de España, porque aquí había empleo. La industria necesitaba mano de obra, y fue cubierta en gran parte gracias a los andaluces y murcianos que llegaban en tren, con la esperanza de encontrar un futuro mejor para sus familias. No dejo de pensar que yo también soy una inmigrante, pero estoy huyendo de mí misma, de la Carmina que quiero borrar de mi memoria. De la que quiere recuperar a su hijo, y ser capaz de que se sienta orgullosa de mí cuando pueda perdonarme. Huyo del daño que he causado a los demás y a mí misma, fabricando y sosteniendo mentiras durante años. También de

la Carmina controladora, celosa de que Pablo hubiera encontrado el amor en Sira. Tengo que enfrentarme a mi verdad, y conseguir reconstruirme, ser yo misma, sin necesidad de artificios ni complots.

Estoy agotada de tanto pensar, de revisar mi pasado y encontrar tantos restos que rechazo. Al llegar a mi destino, pago al taxista y le doy una propina, porque me ha permitido descansar de conversaciones vacías, y centrarme solo en el paisaje de la ciudad que me brinda el recorrido.

La playa me ofrece una vista privilegiada sobre el Mediterráneo. El paisaje azul infinito que se extiende ante mis ojos me recuerda que solo soy un punto en el universo, que mis problemas son una nimiedad comparados con la grandeza de la naturaleza.

Me siento sobre la arena, y me dedico a observar a la gente que pasea por la playa. Parejas de jubilados que siguen su rutina de paseo matinal a orillas del mar; corredores que hacen jogging descalzos sobre la arena húmeda, conectados a la tierra y al mar... Me siento afortunada de pasar estos meses viviendo en Barcelona. Adoro Zaragoza, pero la oportunidad de relajarme frente al mar es un regalo que quiero aprovechar.

Las olas vienen y van, recordándome que todo es circunstancial y que el tiempo pasa, llevándose con ellas las sombras que nos acechan. Cada una es una oportunidad de renovarse. Por eso, decido que voy a coger mi ola, subirme a ella y navegar hasta conseguir alcanzar mi lugar, el que todavía no conozco, pero de bien seguro me espera en algún sitio.

Decido descalzarme y me acerco a la orilla, dejando que el agua fría me bañe los pies. La sensación me devuelve a este momento concreto, al presente, y me gusta ser consciente de ello. A mi lado, un grupo de amigos se acerca a la orilla y se mete en el agua, ignorando su temperatura, y nadan durante un buen rato. Los miro, maravillada por su valentía, y creo que se me ha visto en la expresión de la cara lo que estaba pensando. Una de las mujeres, que parece tener veinte años más que yo, se me acerca y me cuenta orgullosa que se bañan en el mar todos los días del año, sin importar

el tiempo o la temperatura exterior. Y eso, desde hace más de una década. Es su ritual, lo que los mantiene en buena salud, me dice convencida de sus palabras.

Aún no salgo de mi asombro cuando oigo que mi teléfono suena sobre la toalla. Cuando llego a cogerlo, veo que es un número desconocido, pero con prefijo de Barcelona.

—¿Carmina?

Reconozco su voz incluso antes de que mi cerebro la procese. Fernando, mi primer amante como mujer casada, el mismo que me encontré en aquella terraza de Gracia hace pocas semanas.

—Te dije que te llamaría —me cuenta, y noto en su tono una mezcla de timidez y audacia que no hubo cuando subimos a su apartamento—. Estoy en Castelldefels. ¿Cenas conmigo esta noche?

Dudo un instante, mientras miro los veleros al horizonte.

—Hay un restaurante que creo que te va a gustar. Nada formal. Solo quería verte —reconoce.

Acepto antes de que la cautela pueda detenerme. Al fin y al cabo, soy una mujer libre. Ahora no debo explicaciones a nadie.

Tres horas después, estamos sentados frente a frente con una botella de vino blanco entre nosotros. Noto que está más bronceado que la última vez que nos vimos, como si pasara tiempo al aire libre. Hablamos de todo y de nada, evitando cuidadosamente nuestros respectivos divorcios. Le cuento que ya he comenzado el máster, pero no le digo nada sobre las prácticas, porque todavía no he firmado el contrato. Para estas cosas, soy supersticiosa, siempre lo he sido.

—Tengo un barco —salta, girando la copa entre sus dedos—. Un velero que compré hace tres años, cuando descubrí que adoraba navegar y que necesitaba algo que me obligara a desconectar. Lo tengo amarrado en el puerto deportivo de Sitges.

Lo miro, esperando.

—¿Te apetece salir este fin de semana? Anuncian muy buen tiempo —su pregunta es directa, sin dobles intenciones que pueda detectar—. Podríamos navegar unas horas, alejarnos de la costa.

Siento algo en el pecho que no sé identificar. No es el estado de alerta general que me produce Gerard, ni la comodidad excesiva que sentía con Carlos. Es más simple que todo eso: la posibilidad concreta de moverme, de dejar atrás la orilla.

—Si —digo convencida—

No sé navegar, pero me apunto a dejarme llevar.

Fernando sonrío, satisfecho. Pide la cuenta y propone que me acerque a su coche, aparcado junto al paseo marítimo. Caminamos juntos entre la brisa salina y los faroles naranjas, en una conversación ligera sobre música y películas, como si fuéramos viejos amigos. Me gusta su manera de andar, el paso seguro y la calma de quien ya no necesita demostrar nada a nadie.

De camino a mi ático, hablamos del Mediterráneo y de la sensación de libertad que da mirar el horizonte. Me cuenta que el mar tiene reglas sencillas, a diferencia de la vida en tierra firme. Le creo. Cuando llegamos, Fernando no insiste en subir. Solo se despide con un abrazo inesperadamente cálido y un beso en la mejilla, que es más caricia que insinuación.

Subo a casa con una sonrisa idiota que no se me borra ni mientras recojo el pelo antes de acostarme. Me tumbo en la cama y, durante unos segundos, imagino cómo será dejar la costa atrás, sentir el viento y el balanceo del velero, saber que, al menos por unas horas, nadie espera nada de mí.

Esa noche sueño con olas, con espuma y con un barco que avanza lento pero seguro hacia ninguna parte. Me despierto con el sabor salado aún en la lengua y la certeza de que, por primera vez en mucho tiempo, quiero que llegue el sábado. Pero antes, me espera la firma de mi contrato de prácticas. Es un momento importante, aunque temo que la personalidad misteriosa de Gerard

Vidal pueda ser un obstáculo para que todo llegue a buen fin.
Veremos qué nos depara el futuro.

CAPÍTULO 23

Gerard

A noche me costó tanto dormir que acabé levantándome a las dos de la mañana para comer algo. No acostumbro a levantarme para tomar un pisolabis nocturno, como hacen algunos de mis compañeros. Cada vez que cerraba los ojos, mi mente traía la imagen y el aroma de Carmina. Imposible dormir. Después me di una ducha fría, pero cuando caí en brazos de Morfeo, soñé, como no, con ella. Recuerdo el tacto aterciopelado de su piel, sus muslos firmes a los lados de mi cuerpo mientras enlazaba las piernas a mi espalda... y yo perdiéndome dentro de ella.

Al sonar el despertador esta mañana, me he sentido abofeteado por la realidad. Mientras desayunaba, he decidido que seré yo quien le haga firmar el contrato. En mi despacho. Quiero evitar comentarios sobre su salario en el departamento de Recursos Humanos. Por dos días de trabajo a la semana le voy a pagar el ochenta por ciento del sueldo a tiempo completo. No quiero que se vaya de mi lado. Tengo que conseguir encontrar la manera de encontrar el equilibrio en mi trato con ella, porque es una valiosa incorporación al bufete. No puedo tirar por la borda su formación como abogada especialista solo porque me pone cardiaco cuando la tengo delante. Ninguna mujer ha provocado en mí lo que ella consigue sin proponérselo.

Cuando llego al bufete, diez minutos antes de la hora, ella ya me espera. "Puntualidad británica", le dije, y esas palabras resuenan ahora en mi memoria.

Su falda sastre negra, ajustada a sus curvas, viene acompañada por una blusa en seda marrón chocolate, con dos discretos botones abiertos en el escote. Aún peor. Me imagino lo que el tercer botón, ahora abrochado, esconde. Su ropa marca la fina cintura, y hace que sus piernas se vean todavía más largas. Esos tacones me matan.

Intento mantener la compostura, invitándola a entrar en mi despacho. Preparo dos cafés, y le ofrezco uno de ellos. Sé que no le añade azúcar, porque ayer lo rechazó.

Me observa, seguramente pensando en las palabras que ayer pronunció, remarcando que no era la chica del café ni de las fotocopias. Descubro en ella una sonrisa, que interpreto como un positivo reconocimiento a mi ofrecimiento de cafeína.

Durante unos minutos, nos estudiamos casi en silencio, mientras degustamos el café. Decido acabar con esta tregua implícita.

—Carmina, aquí tiene el contrato. Hágame el favor de leerlo atentamente antes de firmarlo, por favor. Tómese su tiempo.

Asiente con la cabeza y comienza a leer. No puedo evitar mirar como sus ojos recorren el papel. Sus pestañas son infinitas, y cada vez que las agita, mi corazón se salta un latido. O dos.

Aspiro su aroma, que me tiene embrujado. Con un pequeño movimiento, se aparta el cabello y lo coloca detrás de la oreja, dejándome ver un fino lóbulo adornado por unos pendientes pequeños. Lleva unos solitarios de brillantes, sencillos, pero que no están al alcance del sueldo de una funcionaria de juzgado. La miro intentando adivinar su historia. ¿Qué ha llevado a esta mujer a dejarlo todo atrás y a invertir tanto tiempo y esfuerzo en su formación? Viste bien, discreta, pero diría que es algo así como el lujo silencioso. Lleva ropa bien cortada y sin estridencias. No forma parte de una de esas colecciones de fast fashion que tanto se llevan ahora.

Carmina levanta la cabeza y me sorprende mirándola. Espero no haberla molestado.

—¿El salario que marca el contrato, es correcto?

Aunque sé de sobras lo que dice el papel, me inclino a su lado para observar la cifra. Mi corazón se acelera al estar tan cerca de ella. Solo espero que no pueda oírlo.

—Así es. Corresponde a su nivel de conocimientos, prorrateado por la jornada que llevara a cabo.

Estoy seguro de que es mucho más alto de lo que había calculado, pero hace cara de póker y no muestra su sorpresa. Ninguna emoción en su rostro. Carmina no se deja impresionar por el dinero. Baja la cabeza y sigue leyendo.

Supongo que está divorciada. No lleva alianza en el dedo anular, pero veo una ligera marca en él. Su exmarido debe ser alguien con dinero, porque una funcionaria cualquiera se impresionaría por la cifra que le pago. Ella no.

Cuando acaba de leer, deja el documento sobre la mesa y me dice:

—Gerard, estoy de acuerdo en todas las condiciones.

—Perfecto. Entonces, firme y la espero el lunes, tal y como estipula el contrato.

—Puedo empezar hoy, si lo prefiere.

Me pilla por sorpresa. No me siento preparado mentalmente para afrontar su proximidad. Hoy no. Necesito hacerme a la idea este fin de semana.

—Carmina, vamos a cumplir el contrato. La espero el lunes por la mañana, en jornada parcial, puesto que por la tarde tiene clase en el máster.

—Como usted quiera.

Se levanta, alarga su mano derecha hacia mí y me dice:

—Gracias, Gerard. No se va a arrepentir, se lo prometo.

Me descoloca. Tengo ganas de besarla, de decirle que tengo miedo de que me desordene la vida, de soñarla cada noche, y de no

ser capaz de comportarme como un adulto funcional en su presencia.

Sin embargo, consigo que mi máscara funcione, al menos a medias. Sonrío, y le deseo que pase un buen día.

Otra vez, cuando ya está a punto de salir, le suelto:

—Disfrute del fin de semana.

Idiota. Soy idiota. Le dije que nada de comentarios personales, y voy y le deseo que disfrute del fin de semana, para que se vea que pienso en ella. Lo va a notar. Y es lo último que deseo.

La puerta se cierra tras ella y me quedo solo con el eco de mi estupidez. Miro el contrato firmado sobre la mesa, su letra firme y decidida. El lunes volverá. El lunes tendré que aprender a respirar en la misma habitación que ella. Guardo el contrato en el cajón, apago el ordenador y me quedo un minuto en la penumbra del despacho. Afuera, Barcelona sigue su ritmo. Yo tengo cuarenta y ocho horas por delante para intentar ser la persona que ella cree que la contrató. Por suerte, mañana navegaré, y eso me dará las fuerzas necesarias para mantener mi aplomo el lunes. O eso espero.

CAPÍTULO 24

Carmina

Dedico el resto del viernes a hacer la compra semanal y a poner un poco de orden en el ático y en mis apuntes del máster. Cuando, después de comer, pienso en que al día siguiente saldremos a navegar con Fernando, me doy cuenta de que no he traído de Zaragoza ni la ropa ni el calzado adecuado. Necesito ir a comprar una chaqueta impermeable que me proteja del viento y del agua. Busco en internet donde podría encontrar lo que me falta, y como no tengo ganas de ir lejos, bajo hasta el Corte Inglés de Diagonal.

Aprovecho para dar una vuelta por el material de papelería. Me siento como una niña con zapatos nuevos con los marcadores fluorescentes de colores pastel que compro, y con los cuadernos de papel perforado. Siempre he encontrado algo mágico en estrenar bolígrafos y carpetas. Es una pequeña emoción que llevas a tu día a día. Supongo que es algo así como añadir belleza a un gesto ordinario.

En la primera planta encuentro todo lo que necesito, y gasto un poco más de lo previsto porque, al fin y al cabo, voy a permanecer en Barcelona casi diez meses y he decidido que aprovecharé la suerte de tener el mar tan cerca. Desde hace años sé que el mar es el lugar donde me encuentro a gusto, pero tenerlo a tres horas de camino no permite hacer una escapada rápida, un paseo de esos que te reconcilian con el mundo en una mala jornada. Antes de regresar a casa, decido que merezco un buen surtido de sushi, para celebrar la primera semana del máster. Estoy orgullosa de cómo se

ha desarrollado todo, y también de haber obtenido un contrato de prácticas tan pronto, aunque soy consciente de que Gerard Vidal no me va a poner las cosas fáciles.

Disfruto de la cena en mi terraza, acompañada de un vino blanco dulce y fresco y mecida por la suave brisa que llega del mar a estas horas. El día comienza a alargarse, y cuando ya no queda suficiente luz, enciendo las guirnaldas que instalé hace unos pocos días. Una oleada de satisfacción me invade al contemplar la belleza de este momento. Estoy sola, pero me siento a gusto. Ya siento este apartamento como mi hogar, y disfruto de los pequeños placeres que me otorga la libertad de estar lejos de mi ciudad. He olvidado ya a esa Carmina encorsetada, todo el día en tensión, que debía ocultar su verdadero yo y mostrar al mundo a una mujer diferente de quien soy. Por eso me siento liberada, y en cierta manera, feliz.

Preparo la ropa para mañana y me acuesto pronto. Fernando vendrá a recogerme a las siete de la mañana y necesito dormir para que mi piel no acuse demasiado el cansancio de la intensa semana que he vivido.

El despertador suena a las seis, pero yo ya estoy bajo la ducha. Me he levantado con tiempo para llevar a cabo mis rutinas de belleza, porque a mi edad no puedo descuidarme. En realidad, no importa la edad que tengas; como persona, cuidar de ti misma es esencial para sentirte equilibrada. Es muy habitual que las mujeres nos descuidemos, poniéndonos siempre en último lugar. Somos profesionales, madres, amas de casa, esposas, enfermeras, psicólogas... y todo ello con la presión de estar siempre radiantes. Esto no hay quién lo aguante. Somos la generación engañada, la que se casó para toda la vida y tuvo que soportar una carga intensa, haciendo equilibrios para mantenerse a flote. Y eso, en mi caso, contando con recursos. No soy la persona adecuada para quejarme, pero sé lo que muchas mujeres viven, trabajando para sobrevivir y pensando siempre en los demás. Y así acaban, porque todo eso explota, tarde o temprano, en depresiones y dolores sin nombre.

En todo esto pienso mientras me pongo la crema hidratante y el protector solar... ¿Qué le vamos a hacer? Me he levantado filósofa. Son las seis cuarenta, así que acelero y desayuno una tostada con aguacate, queso fresco y tomate, acompañada de un café con leche. Anoche preparé una bolsa con lo que necesitaría llevar, y dejé la ropa sobre una silla. Me enfundo mi disfraz de navegante, me peino en una cola de caballo y me miro al espejo. “Carmina, qué bien te sienta Barcelona”, me digo al verme reflejada. No tengo tiempo para más, porque Fernando me llama para decirme que me espera abajo.

Cuando bajo, lo encuentro de pie, apoyado en su coche y vestido de forma mucho más relajada de la que recuerdo haberlo visto jamás. Es atractivo, eso es innegable. Desprende un aura de poder que todavía me seduce, pero no quiero tener con él una relación exclusiva. No es el momento. Me mira con esa sonrisa ladeada que me volvía loca cuando estábamos en el juzgado de Extremadura.

—Estás preciosa, Carmina.

Se acerca para darme dos besos mientras pone su mano derecha en mi cintura, marcando territorio.

—Tú tampoco estás nada mal.

Subimos al SUV y ponemos rumbo al sur, hacia Sitges.

—Tengo novedades —le suelto mientras conduce.

—¿Ah, sí? Cuenta, cuenta.

—Ayer firmé un contrato de prácticas con un bufete de Barcelona.

—¿La primera semana? Es estupendo; te felicito.

Durante unos segundos, ambos permanecemos en silencio, aunque yo sé que tiene una pregunta a punto de salir de sus labios. Conoce bien el ecosistema judicial de la ciudad, y estoy segura de que sabe quién es Gerard Vidal. Al final, su curiosidad gana la partida.

—¿Y dime, con quién has firmado?

—Con el bufete de Gerard Vidal. En concreto, con él.

Por un instante aparta la mirada de la carretera.

—Es el número uno en derecho de familia, ¿sabes? ¿Ya lo has conocido en persona?

—Fue él quien me lo ofreció. Es profesor en el máster.

—Vaya, vaya... El gran Vidal. No podrías tener mejor mentor.

Noto en su voz un tono que me habla de lo que no me dice con palabras. Intuyo que no le hace muy feliz que trabaje con él, pero no añade nada más, así que decido dejar este tema. Parece que él ha tenido la misma idea, porque cambia de tema centrándose en lo que vamos a hacer durante las próximas horas.

—¿Te mareas en barco?

—Ahora que lo dices, no tengo ni idea.

—Por si acaso, siempre tengo biodramina a bordo.

—¿Traes a menudo a mujeres? —le digo con sorna— Es una manera cara de ligar, aunque seguramente muy efectiva.

—Por si te interesa, eres la primera que traigo. Eres muy especial para mí, y deberías saberlo. Pasamos cuatro años juntos, y no seguimos porque decidiste volver con tu marido y a tu plaza en Zaragoza.

No puedo evitar sonrojarme, porque no es el mismo recuerdo que yo tengo. Pensaba que lo nuestro era algo temporal desde que nos besamos aquella tarde, cuando solo él y yo permanecíamos en el juzgado.

—Estabas casado, Fernando.

—Y tú también. Pero me habría divorciado si me lo hubieras pedido.

—No lo sabía...

No quiero que me pregunte si yo habría dejado a Carlos. En aquel momento no era una opción, y después de cuatro años lejos de mi hijo, necesitaba estar a su lado y verlo crecer cada día. Es raro, pero el instinto maternal me llegó muy tarde, cuando Pablo ya tenía siete

u ocho años y era Carlos quien lo criaba. Lo veía muy poco, como mucho una vez al mes.

Intento desviar la conversación hacia terrenos menos delicados. Tengo claro que Fernando es un buen amigo con el que puedo tener sexo, pero no deseo nada más. Después de casi treinta años de matrimonio, tengo derecho a explorar un poco, o eso creo.

—¿Cómo se te ocurrió comenzar a navegar?

—Por azar. Un día, un colega me invitó a dar una vuelta en su velero. La experiencia me gustó y decidí profundizar un poco más. Me apunté a varios cursos de vela, navegué con un grupo de amigos, y al final me saqué tres categorías de títulos de navegación. Ahora podría incluso llevar un yate de veinticuatro metros de eslora y navegar a ciento cincuenta millas náuticas de la costa.

—Voy a necesitar traducción, Fernando. Hasta ahora, siempre he vivido en el interior.

Los dos sonreímos y, con amabilidad, me aclara lo que significa.

—Podríamos hacer un pequeño crucero, si te animas después de la experiencia de hoy.

—Solo si me prometes que somos amigos, y nada más.

Suspira mientras me mira y, tras unos segundos, accede.

—Amigos y nada más. Pero si tú tienes ganas, estoy abierto a todo.

—Creo que me has comprendido muy bien.

—Claro que sí. Anda, baja, que me muero de ganas de enseñarte el barco —me apremia, mientras pone el freno de mano tras aparcar el coche en el club náutico.

Cargado con una especie de arcón con las bebidas y la comida que ha previsto para hoy, camina hacia el pantalán donde tiene su amarre. Yo lo sigo, con pasos torpes, intentando no caerme ni tropezarme. Las lamas de madera por las que avanzo son firmes, pero toda la pasarela es, en realidad, una estructura flotante, por lo

que no me siento muy segura a cada paso que doy. Fernando se ríe al verme.

—No te preocupes, te acostumbrarás.

—Eso espero. Cualquiera que me vea pensará que he desayunado yo solita una botella de cava.

—¿Y desde cuándo te importa lo que piensen los demás?

La pregunta me llega a la boca del estómago.

Ese inocente comentario me recuerda a la Carmina que fui y a la persona en la que me convertí durante los años en que perdimos el contacto.

—También tienes razón —le respondo, intentando recordar que estoy intentando ser la Carmina que no me he permitido mostrar al mundo.

El día transcurre casi sin darme cuenta. Disfruto tanto de la brisa, del sol y del paisaje que me siento renovada cuando regresamos a las seis de la tarde para amarrar el barco. Ha sido una experiencia renovadora, que me ha mantenido sonriente durante horas.

Fernando ha cuidado hasta el último detalle de la salida y ha conseguido que disfrute a fondo de la jornada. Le he ayudado en lo que he podido, y me ha ofrecido repetir dentro de una semana. Esta vez iríamos a la Costa Brava, saliendo el sábado, descendiendo en el puerto de Palamós para pasar unas horas, y regresaríamos el domingo a Barcelona.

Fernando me acompaña hasta la puerta de mi edificio en Sarrià. El viaje de vuelta ha sido tranquilo, con música de jazz suave y silencios cómodos entre nosotros.

—Gracias por hoy —le digo al bajar del coche.

—Ha sido un placer. Y recuerda: la semana próxima, Palamós.

Asiento, aunque aún no sé si aceptaré. Hay algo en la forma en que me mira que me dice que Fernando espera más de lo que yo estoy dispuesta a dar. Pero hoy no voy a pensar en eso.

Subo a mi apartamento y me ducho para quitarme el olor a sal y crema solar. En el espejo del baño, me encuentro con una mujer que no reconozco del todo: mejillas sonrosadas por el viento, ojos brillantes, una sonrisa que no parece forzada. No es la Carmina que se miró en el espejo de Zaragoza, buscando arrugas y derrotas. Es otra versión, alguien que todavía está por definir.

Preparo una infusión y salgo a la terraza. El mar está demasiado lejos para verlo desde aquí, pero lo imagino, oscuro y tranquilo bajo la luna. Me sorprende pensando en Gerard Vidal, en su comentario sobre el caso de custodia, en la forma en que me escucha cuando le hablo. Es absurdo, claro. Es mi jefe. No tiene sentido.

Pero el pensamiento persiste mientras me voy a la cama, y cuando cierro los ojos, no veo el barco de Fernando ni la Costa Brava que me espera. Veo un despacho con vistas a Diagonal, y a un hombre que me pregunta, con voz seria, qué es lo que realmente quiero.

CAPÍTULO 25

Carmina

El lunes se levanta brillante, con el sol propio del mes de junio y con una temperatura que me hace pensar que el verano llega antes a Barcelona que a mi ciudad. El fin de semana me ha devuelto la energía que creía perdida. La navegación del sábado fue todo un descubrimiento. Sentir la intensidad del mar, la brisa acariciando mi cuerpo y la libertad de no saber dónde acaba el horizonte me devolvió a la sensación de experimentación que conlleva la juventud; a esas primeras veces que te abren los ojos y las sensaciones a nuevas maneras de vivir. No tenía expectativas, y precisamente eso hizo que estuviera abierta a la novedad.

Llego pronto al bufete Vidal. Aunque es lunes, esta mañana no hay clase en el máster, por lo que acordé con Gerard avanzar en mi primer caso durante unas horas.

Él ya está en su despacho, y parece que el fin de semana le ha sentado bien, porque su rostro ha olvidado el rictus de tensión que lo acompañaba la última vez que lo vi. Está bronceado, y eso lo hace más atractivo, pero me guardo cualquier comentario al respecto. Al verme llegar, me dedica una amplia sonrisa.

—¿Un café? —me ofrece, solícito.

—Por supuesto.

Le devuelvo la sonrisa, mucho más relajada que la semana anterior. Me siento segura de mí misma esta mañana.

—Te voy a presentar el caso sobre el que vamos a trabajar. Se trata de un caso de custodia compartida. Nuestro cliente la solicita, después de que en los últimos tres años la madre ha tenido la custodia de los dos niños. Va a ser una dura batalla, por lo que tenemos que hacer un planteamiento técnico excelente. Frente a nosotros tenemos un bufete de primera división, no podemos subestimarlos.

—Pregunta básica, para poder comprender la situación;

—Dime.

—¿Por qué tu cliente no pidió en el divorcio la custodia compartida?

—En aquel momento viajaba a menudo y trabajaba catorce horas diarias para pagar una casa de la que no podía disfrutar.

—Entiendo. Supongo que su situación ha cambiado.

—Así es. Ahora trabaja en la ciudad, sus ingresos son muy superiores y tiene la flexibilidad necesaria como para dedicar el tiempo necesario a las dos niñas durante la semana en la que estén con él. ¿Qué harías en este caso, Carmina?

—Pediría un informe psicosocial. Evaluaría el comportamiento de nuestro cliente durante los tres años de divorcio y su relación con las niñas. Necesitamos saber dónde vive, si las características de su casa son parecidas a las del domicilio de la madre.

—Hasta aquí, correcto. Si el informe psicosocial es ambiguo, ¿qué estrategia utilizarías para defender el caso?

—Para contestarte, tengo que conocer todos los datos sobre el padre y la madre. Y también el aspecto económico del divorcio. Sin eso, cualquier respuesta sería parcial y quizás inadecuada.

—Eso quería oír.

Sonríe satisfecho, y eso levanta todavía más mi moral.

—Te dejo toda la documentación para que te la estudies. el jueves discutiremos el caso, y el viernes, tenemos una entrevista con nuestro cliente para profundizar en lo que sea necesario. El fin de

semana te lo estudias y el próximo lunes definiremos la estrategia adecuada.

Dudo un poco antes de formular mis reservas sobre el fin de semana. Gerard me dejó claro que no se hablaba de temas personales en el despacho, pero alguna explicación tendré que darle, porque no pienso trabajar en el barco. Decido responderle; cuanto más tiempo lo deje pasar, peor.

—Verás, sé que no quieres que hablemos de temas personales, pero el fin de semana navegaré. Hay una cena en Palamós a la que asistiré, y estaré los dos días fuera de Barcelona.

Mis palabras lo ponen en alerta. Creo que no es porque no trabajaré durante los días de descanso. Si no me equivoco, han sido las palabras “navegar” y “Palamós” las que han despertado su interés.

—No te preocupes. El mar siempre siento bien.

Sin embargo, observo en él una cierta tensión. Hay algo que no se atreve a preguntar, aunque estoy segura de haber despertado su curiosidad.

Seguimos trabajando, y me presenta la sentencia de divorcio. Veo que fue un proceso de mutuo acuerdo, y digo en voz alta que me parece un punto a favor para nuestro caso.

—Tienes razón. Según mi experiencia, en Barcelona el ochenta y cinco por ciento de los divorcios son de mutuo acuerdo, pero los que nos dan más horas de trabajo en el bufete son los contenciosos. A veces, se trata de una lucha sin cuartel. Terrible cuando hay niños de por medio.

—Por suerte, el mío fue de mutuo acuerdo —se me escapa. Solo me doy cuenta en el momento en el que me escucho hablar.

Gerard me mira con curiosidad pero con respeto. No me dice nada borde, aunque temo que lo haga durante un instante.

—Me alegro. Como experiencia vital, un divorcio contencioso no es de las mejores.

Me callo la pregunta obvia, porque creo que me está hablando del suyo propio. No lleva alianza, ni señal de haberla llevado en el dedo anular. Él, rompiendo sus propias reglas, me pregunta:

—Hace mucho que te divorciaste?

—Menos de un año —respondo en voz baja.

—Te veo bien para ese tiempo. Me alegro.

De repente, el Gerard Vidal humano desaparece para dar paso al abogado estrella. Lo noto tenso. Quizá el haber violado sus propias normas lo ha puesto nervioso, pero yo prefiero haber conocido a otro Gerard. Tengo la sensación de que puedo romper esa máscara impenetrable que vi la semana pasada, y me alegro de ello.

A la una del mediodía, él pone fin a la sesión de trabajo:

—Tienes que comer antes de incorporarte a las clases. Lo dejamos aquí. Te espero el jueves.

Recojo los papeles como quien recoge pistas de una escena de crimen. La conversación con Gerard resuena en mi cabeza, con cada frase golpeando el hueso justo detrás de las sienes. Me despido con un "hasta el jueves" que suena demasiado casual para el peso que siento en el pecho. Salgo al pasillo y, aunque no lo miro, sé perfectamente que Gerard sigue mis movimientos desde el otro lado de la puerta. Hay algo en su modo de observarme que me inquieta, como si él también estuviera a punto de decir algo importante y se hubiera contenido en el último minuto.

La luz del mediodía me recibe en la calle, blanca y despiadada. El aire huele a asfalto y a café recalentado, y me empapa una sensación de que he dejado algo inconcluso en aquel despacho. Camino hacia la cafetería de la esquina y me pido un cortado, aunque no tengo hambre ni sed. Solo necesito un momento para sentarme, mirar los papeles y recuperar el control de mis pensamientos.

Mientras remuevo la espuma con la cucharilla, repaso los detalles de la conversación: la tensión cuando mencioné Palamós, la pregunta velada sobre mi vida personal, la forma en que evitó

mirarme directamente después. No es solo profesionalismo lo que separa a Gerard de sus empleados; es algo mucho más rígido, más profundo, como si temiera que cualquier atisbo de intimidad pudiera fracturar la estructura que tan cuidadosamente ha construido.

Miro el reloj, pero no soy capaz de recordar a qué hora tengo que estar en la universidad. No importa. Esta tarde prepararé el caso y el fin de semana me centraré en la navegación, aunque no sé si busco el mar por deseo de libertad o por huir de la posibilidad de que Gerard vuelva a romper su norma y atraviere la línea invisible entre jefe y algo más.

Pago el café y salgo de la cafetería, el sol brillando ahora con una determinación casi hostil. Siento que algo se ha puesto en marcha y que ya no depende solo de mí. El aire salado llega de lejos, como un recordatorio de que, pase lo que pase, el horizonte sigue allí, esperándome.

CAPÍTULO 26

Gerard

Esta semana ha sido dura, muy dura. Reconocer que mi ansiedad solo encuentra consuelo ante la presencia de Carmina es algo que me rompe por dentro. Anhele que pase el tiempo los días en los que se dedica solo al máster. Ni siquiera me puedo centrar en el trabajo de manera adecuada, y esto es nuevo para mí. Me comporto como un adolescente que busca cruzarse con su crush por las escaleras del instituto a la hora del cambio de clase.

El lunes me contó que este fin de semana asistiría a una cena de navegantes en Palamós. No sé si podré conseguir que ni corazón no se pare si, como me temo, se trata de la misma cena a la que estoy invitado. Tiene que ir como acompañante de alguno de los otros navegantes, porque ya he comprobado que su nombre no figura entre los destinatarios del mail en el que recibí la invitación. Incluso me he dedicado a seleccionar aquellos que sé que están solteros, para anticiparme a cualquier sorpresa. Es el colmo, a mis años, que una mujer pueda obsesionarme de este modo. Yo, que me dedico a limpiar lo que queda cuando el amor se rompe y estalla en mil pedazos. Mis carnes son también víctima del fin de una relación, y por eso me juré que nunca más volvería a enamorarme. No sé qué nombre poner a lo que siento por ella, pero me temo que es lo más parecido al amor. Una enfermedad que no he elegido, pero de la que tengo todos y cada uno de los síntomas que la acompañan.

El jueves, cuando vuelve al despacho, nos dedicamos a analizar en profundidad los datos que tenemos sobre el caso, y a hacer un

inventario de los que nos faltan. Es necesario escrutar a fondo toda la documentación, y preparar la entrevista del viernes con el cliente.

Trabajamos codo a codo durante toda la jornada, y la invito a comer fuera durante la pausa del mediodía. Mi secretaria me mira extrañada. No la culpo, porque no acostumbro a salir a ningún restaurante con miembros del equipo, pero hoy siento la necesidad de verla fuera del bufete. Quiero intuir a la Carmina mujer, quiero conocer todo de ella, pero sin resultar demasiado obvio.

Su aroma de jazmín y sándalo me embriaga mientras caminamos uno al lado del otro hacia un discreto restaurante italiano situado en Mestre Nicolau, a menos de diez minutos del despacho. Su presencia es atractiva, y me fijo en que los hombres que nos cruzamos la miran un segundo más de lo necesario, lo que me provoca un extraño sentimiento de orgullo viril porque soy yo quien la acompaña. Sin duda, una reminiscencia de una herencia animal que todos llevamos dentro, mal que me pese reconocerlo.

Carmina es luminosa y divertida, y hace que la conversación durante la comida fluya fácilmente. Intento que no derive hacia temas personales, pero me entero de que tiene un hijo que es abogado mercantil, especializado en fusiones y adquisiciones. Es un territorio duro y despiadado, pero muy bien pagado. El hecho de que ella no mencione este punto me indica, una vez más, de que siempre ha disfrutado de una buena posición económica. Es una mujer elegante, con saber estar, y pienso que está acostumbrada a moverse con soltura en eventos sociales y de negocios.

La hora de la comida finaliza antes de que me dé cuenta, y tras pagar la cuenta, regresamos al bufete.

Durante la tarde, finalizamos los puntos a tratar durante la reunión de mañana y le pido que asista conmigo a la entrevista con el cliente. Creo con sinceridad que sus habilidades sociales ayudaran a que la información fluya de manera sencilla, y así se lo hago saber. Soy consciente de que mis palabras la sorprenden gratamente, e incluso se sonroja un poco. Tengo tantas ganas de besarla que me

cuesta resistirme, pero con un esfuerzo sobrehumano, consigo mantenerme cuerdo.

La reunión del viernes dura casi tres horas. Como previa, ella ha sido capaz de hacer que nuestro cliente se abra, y nos facilite datos que son un tesoro para la estrategia que desarrollaremos la próxima semana. Ambos tomamos notas de sus palabras, para no perder ni un ápice de información.

Cuando llega la hora de finalizar nuestra jornada, le deseo un buen fin de semana, arrancándole una bella sonrisa que queda grabada en mi corazón. Si ella supiera lo que me hace sentir...

Cuando llego a casa, me dedico a preparar la navegación del día siguiente. Estoy ilusionado y temeroso a partes iguales, porque intuyo que la encontraré en Palamós, pero sé también que no asistirá sola.

Me despierto antes de que suene el despertador. Últimamente siempre ocurre así cuando sé que me espera la mar, aunque hoy no haya que izar una vela ni atracar el barco en competición. Sábado, primavera, ni un solo motivo real para estar nervioso, y sin embargo tengo el pulso en la garganta, vibrando como un sedal tenso. Preparo el café en la cocina de mi piso, intentando ignorar la cantidad de veces que, en lo que va de semana, he visualizado este día: la cena de navegantes en Palamós, la promesa de una noche larga, la posibilidad de ver a Carmina en otro contexto, lejos de los expedientes y la luz mortecina del despacho. Me río de mi propia estupidez: ni siquiera sé si vendrá, y mucho menos si lo hará sola. Pero la mente no atiende a razones cuando se trata de ella.

Abro el armario y me detengo más de la cuenta eligiendo camisa. Ridículo. Me visto para un evento informal como si fuera una cita con el destino. Al final me decanto por lino azul, pantalón blanco y los náuticos que me regaló mi hermana hace dos años. Añado un toque de perfume, apenas perceptible, por si la casualidad decide ponerme en la trayectoria de Carmina antes de tiempo. Me río de nuevo. Siempre creí estar vacunado contra estos arranques adolescentes, y

aquí estoy, sudando la gota gorda con el simple hecho de pensar en verla.

He decidido ir en coche, porque no me gusta navegar solo si tengo que dormir a bordo. El trayecto hacia Palamós es una autopista de dudas. He salido con tiempo de sobra, pero conduzco despacio, como si retrasar la llegada fuera una forma de evitar el desenlace. La radio escupe música que no escucho, y durante la hora y media que dura el viaje me permito repasar mentalmente todos los escenarios posibles: que no aparezca, que venga con un séquito de amigos, que me ignore, que me salude con el desparpajo de quien no recuerda ni mi nombre. Lo que nunca contemplo—porque sería demasiado pedir—es que venga sola y que busque mi mirada.

Aparco junto al puerto deportivo, donde los mástiles de los veleros recortan el horizonte como un ejército de monumentos a la obsesión. El sol hiere, el aire es un cuchillo de sal y promesas. Camino hasta el restaurante donde se celebra la cena. Los organizadores ya están montando las mesas largas con manteles de papel, y el olor a gambas a la plancha se mezcla con el del gasoil y el yodo. Saludo a un par de conocidos del club náutico, gente que podría recitar de memoria las derrotas y pequeñas victorias de mi currículum de navegante aficionado. Me acomodo en una mesa lateral, pido una cerveza y dejo que el bullicio me distraiga.

Pero no hay tregua. El reloj avanza y, con él, la certeza de que estoy a punto de enfrentarme a mi propio ridículo. A las nueve en punto, reconozco el aroma antes incluso de verla: jazmín y sándalo, el mismo que ha impregnado mi despacho desde que Carmina pasó por allí por primera vez. Giro la cabeza y la veo acceder al local con paso decidido, como si el aire se apartara para dejarle paso. Lleva un vestido blanco, sencillo, y el pelo recogido en una trenza que le cae sobre el hombro. No está sola. La acompaña un hombre alto, de cabello canoso, que la lleva del brazo con la dignidad de quien sabe que está en buena compañía. Reconozco al tipo: Fernando, magistrado del TSJ, navegante en sus ratos libres y leyenda viva en los círculos jurídicos de la ciudad.

El primer golpe es de celos, sí, pero el segundo—más inesperado y feroz—es de admiración. Carmina se sienta junto a Fernando, y en seguida la mesa se convierte en un epicentro de risas, anécdotas y miradas rápidas. Observo, desde mi esquina, la facilidad con que se adapta a cualquier entorno. Cómo se permite brillar sin pedir perdón. Habla con todos, pero, cuando cree que nadie la mira, se queda en silencio, la mirada perdida en el horizonte marino. Ese gesto me reconcilia con mi propia vulnerabilidad. No estamos tan lejos, pienso. No somos tan distintos.

Intento no ser evidente, pero cada movimiento suyo es un imán para mis ojos. Cuando se levanta para ir al baño, Fernando se queda absorto revisando mensajes en el móvil. Es mi oportunidad. Me acerco a la barra y pido otra cerveza, fingiendo indiferencia. Carmina sale del baño justo cuando yo me giro, y durante un segundo quedamos frente a frente, sin excusas ni testigos.

—No esperaba verte aquí —dice, con una sonrisa que no sé si es de cortesía o de alivio.

—Yo tampoco —miento. Pero lo digo con tanta convicción que casi me creo el papel. Se apoya en la barra, cerca pero no demasiado. El perfume la precede.

—¿Te gusta la navegación? —pregunta, como si el interrogatorio fuera inevitable entre abogados.

—Me gusta la sensación de que el mundo se reduce a unas cuerdas y el viento. Y que, si te equivocas, el mar te lo hace saber rápido.

—No sabía que los abogados de familia fueran tan románticos —me desafía, arqueando una ceja.

El eco de su risa me desarma. Le sostengo la mirada. Por primera vez, no me escondo.

—No lo somos. O no deberíamos serlo. Pero yo llevo años perdiendo esa batalla.

Nos quedamos en silencio, un silencio que pesa más que todas las frases ingeniosas del mundo. Quiero decirle que la he pensado toda

la semana, que he revivido cada una de sus respuestas en el despacho, que me gustaría estar en otro sitio, en otro tiempo, solo para poder empezar de cero. Pero no digo nada. No es el momento.

Fernando aparece a nuestro lado, elegante y cordial, y Carmina se despide con una sonrisa leve. Cuando los veo alejarse hacia su mesa, experimento una mezcla brutal de alivio y pérdida. Vuelvo a mi asiento y me sirvo otra cerveza, aceptando que la noche será larga y que la resaca no será solo de alcohol.

Ya muy tarde, cuando la cena se descompone en pequeños corros y las conversaciones se hacen más íntimas, siento el teléfono vibrar en el bolsillo. Es un mensaje de Carmina: "Gracias por la charla. Me ha gustado verte fuera del despacho. Buenas noches, Gerard."

La releo varias veces, buscando entre líneas lo que no me atrevo a nombrar. Respondo solo: "Igualmente. Buen viento mañana, Carmina."

Luego apago el móvil y salgo a la explanada del puerto, donde el aire es más frío y las estrellas se reflejan en el agua negra. Me doy cuenta de que, a pesar de la derrota, nunca me había sentido tan vivo. Y que, quizás, lo importante no es ganar la batalla, sino atreverse a librarla. Porque no sé si están juntos. No he visto durante toda la noche un solo gesto entre ellos que sea una prueba definitiva de algo.

El horizonte sigue ahí, intacto, esperando a que lo cruce quien se atreva.

CAPÍTULO 27

Carmina

El lunes llega tras la resaca del domingo. Bebí más de lo que acostumbro durante la cena del sábado, pero mi resaca no era solo física, sino también emocional.

Ver a Gerard en la cena fue un verdadero terremoto que no esperaba. Sentí que estaba viendo al hombre, no al abogado brillante, ni a un jefe exigente. Y debo reconocer que mi corazón se saltó un par de latidos. Tenerlo cerca fuera del entorno de trabajo hizo que no me sintiera protegida por las estrictas reglas que él mismo había impuesto. Lo encontré humano, real, atractivo; y lo más sorprendente es que creí ver que mi presencia no le era indiferente. Percibí una grieta en su habitual máscara de frialdad que me deslumbró de manera inesperada.

El resto de la noche no pude evitar pensar en él, e incluso Fernando me lo hizo notar mientras regresábamos a su barco.

—Ver a tu jefe te ha dejado fuera de juego, Carmina.

—No sé por qué lo dices.

—O te ha cortado el rollo o te ha dicho algo que no esperabas.

—Ni lo uno ni lo otro —mentí como una bellaca.

Sé que él percibió algo, porque no se acercó demasiado a mí en ningún momento de la noche. Y, sinceramente, se lo agradecí.

Me dirijo al bufete con una presión en el pecho que no sentí el lunes pasado, y me fastidia, porque no tiene su causa en el caso,

sino en el hecho de haber encontrado a Gerard el sábado en Palamós.

Como siempre, lo encuentro en su despacho, y me ofrece un café, tal y como acostumbra a hacer.

Siento que algo ha cambiado en él, aunque intenta ocultarlo con un poco de conversación. No quiero empezar a trabajar con la tensión que hay en el ambiente, casi eléctrico, por lo que me atrevo a enfrentar el asunto.

—Gerard, te ocurre algo? Te noto distinto.

Mi pregunta lo coge desprevenido. La sorpresa se puede leer en sus ojos, y tras una pequeña pausa, se decide a hablar.

—Podrías haberme dicho que sales con un magistrado del TSJ de Cataluña, ¿no crees?

Antes incluso de que le pueda responder, él continúa hablando, dando por válida su premisa inicial.

—¿Sabes cómo se vería que mi becaria salga con un juez que puede intervenir en nuestros casos?

Me descubro roja de rabia, a causa de la injusticia de sus palabras y de la dureza con las que las pronuncia.

—Si me dejaras hablar antes de decidir qué tipo de relación tengo con Fernando, lo sabrías.

Por un segundo, veo en sus ojos al hombre, no al abogado estrella. Lo suficiente como para saber que no le soy indiferente. No es una cuestión profesional, sino más bien personal. No quiero dejar que vea la sorpresa que se está apoderando de mí.

—Disculpa, tienes razón.

Tomo aire intentando esconder mi satisfacción por su disculpa, y espero unos segundos antes de hablar.

—Fernando y yo somos amigos desde hace veinticinco años. Coincidimos en el mismo destino, en un pequeño juzgado

extremeño. Nos habíamos perdido la pista, y nos encontramos por azar hace unas semanas, en una terraza del barrio de Gracia.

—¿Entonces?

—Entonces, no tengo nada que ocultar, y nada que declarar, porque no hablamos de trabajo. El sabe que tengo un contrato de prácticas contigo, y como no voy a firmar ninguna demanda, no hay motivo alguno de preocupación.

Descubro que el gran Gerard Vidal se sonroja. Incluso detrás de su bronceado puedo adivinar que se siente avergonzado de sus propias palabras. Doy fe de que el rubor incluso le suma atractivo.

—¿Me puedes decir por qué te importa tanto?

—Ya te lo he dicho. Me preocupa la reputación del bufete.

Sé que me miente, pero es mi jefe, y tenemos que seguir trabajando hasta mediodía en la estrategia del caso de custodia compartida. Elijo callar, pero me duele su actitud. No sé si me odia o me considera un peligro para el bufete.

Cuando finaliza la media jornada, salgo sola a comer de camino a la facultad. Intento analizar qué es lo que me duele, porque tengo el corazón encogido por la actitud de Gerard Vidal. Esa dureza en su reproche me ha dolido como una cuchillada. Quizá sea culpa mía, y su actitud de los últimos días me haya hecho bajar la guardia.

El sábado, tras la cena de Palamós, he pensado demasiado en él. No puedo hacerme daño, ni dejar que esta tontería afecte a mi rendimiento en el bufete. Pondré una distancia, y si tengo que actuar como él, bajo una máscara ficticia, lo haré. Solo con él, porque no quiero volver a ser una Carmina que finge, porque no quiero cambiar hacia otra copia falsa.

Me centro de nuevo en los estudios, y este fin de semana he decidido tener algún plan. No quiero quedarme en casa encerrada. Dedicaré un día a estudiar y otro a salir, porque sería imperdonable desaprovechar el tiempo en esta maravillosa ciudad. Dejaremos que la semana siga su curso antes de decidir.

El viernes por la tarde, cuando recojo mis cosas en el despacho compartido, el edificio ya está casi vacío. Las otras dos becarias se han ido hace rato, y las luces automáticas del pasillo parpadean con un eco de soledad. Cierro la cremallera del bolso, lista para salir pitando hacia la libertad del fin de semana, y entonces escucho su voz detrás de mí.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Me sobresalto. Gerard aparece en la puerta, apoyado en el marco como si dudara entre entrar o quedarse en el umbral de su propio territorio. Lleva la americana colgada del dedo índice, la corbata aflojada y una expresión menos endurecida que la habitual. Por un instante, parece más joven, casi desprotegido.

—Claro —respondo, aunque una parte de mí preferiría salir corriendo.

Él entra y cierra la puerta, bajando la voz como si temiéramos que algún fantasma del bufete pudiera oírnos.

—Sobre el lunes —empieza, y deja la frase suspendida—. Estuve pensando en lo que te dije y... bueno, no fue justo. Ni profesional, ni personal. Lo siento.

No sé qué decir. El Gerard que conozco nunca se disculpa, ni siquiera en los errores de procedimiento. Mantengo la compostura, aunque la incomodidad me atraviesa como una corriente fría.

—No pasa nada —digo, pero él alza la mano con un gesto breve, pidiéndome que no minimice el asunto.

—No, sí pasa. Fui un imbécil, y no es la primera vez que me cuesta separar los casos de la gente. —Hace una pausa y me mira de un modo que me da miedo, porque siento que está a punto de decir algo que yo no quiero escuchar—. Pero no quiero que esto se interponga en tu trabajo aquí. Eres la mejor que ha pasado por tu puesto, y sería una estupidez dejar que mis tonterías lo estropeen.

Por un momento, el silencio se hace insoportable. Me aferro al respaldo de la silla, notando el sudor frío en la palma de la mano.

—La distancia profesional está garantizada —respondo, con una voz que suena más cortante de lo que pretendía—. No vine aquí a buscar complicaciones, Gerard.

Él asiente, y en su cara pasa un relámpago de decepción que intenta borrar de inmediato. Me mira con una intensidad que, si no lo conociera, diría que es dolor.

—Me alegra oírlo, Carmina. —Hace amago de marcharse, pero se detiene en el último segundo, indeciso—. Aunque a veces... a veces pienso que lo más difícil no es hacer lo correcto, sino saber qué es lo correcto —dice, casi como si hablara consigo mismo.

No respondo. Me limito a recoger mi chaqueta, que cuelga de la percha detrás de la puerta. Cuando salgo al pasillo, la luz fría de neón me golpea los ojos. Siento el eco de las palabras de Gerard repitiéndose en la cabeza, como una canción que se te pega sin querer.

En el tranvía de regreso, miro mi reflejo en la ventana. Me veo mayor, más cansada que nunca. Aun así, hay algo nuevo en mis facciones: una resistencia, una piel recién formada después de una quemadura. No sé si me gusta, pero es mía.

Al llegar al apartamento, encuentro la nota de Fernando. “¿Navegamos el domingo? Si me dices que sí, preparo la ruta más bonita de la costa.” La leo varias veces, sintiendo que debería contestar con un sí rotundo, pero me descubro dudando. ¿Y si no quiero navegar? ¿Y si solo quiero quedarme aquí, sentada en la terraza, viendo cómo se apagan las luces de la ciudad?

Me siento en la tumbona y abro una cerveza. El aire es suave y huele a jazmín. Miro el cielo oscuro, preguntándome si Gerard estará ahora mismo también mirando a la noche, preguntándose lo que pudo haber dicho y no dijo.

Dejo pasar unos minutos antes de responder a Fernando. “Sí, claro. A las siete, como siempre.”

Pero en el fondo sé que la corriente de este fin de semana no me llevará hacia el mar, sino hacia un lugar mucho más incómodo: el de

las preguntas sin respuesta, el de los deseos postergados.

Cierro los ojos y dejo que la brisa me arrulle. Por primera vez en mucho tiempo, acepto que no tengo ni idea de lo que quiero. Y por extraña que sea esa sensación, me parece el principio de algo parecido a la libertad.

CAPÍTULO 28

Fernando

El domingo amanece con una luz plomiza que apenas logra atravesar las cortinas del camarote. Siento la humedad del puerto antes de abrir los ojos, ese olor a salitre y diésel que, con el tiempo, se vuelve tan familiar como el propio cuerpo. Me levanto y compruebo que Carmina ya no está en su litera. La encuentro arriba, sentada en la proa, rodeada de una neblina discreta y con la mirada perdida en las olas grises del Mediterráneo. No parece notar mi presencia hasta que me siento a su lado y le acerco la taza de café.

—No has dormido nada —le digo.

Ella aparta la vista del horizonte y me dedica una de esas sonrisas brevísimas, casi defensivas, que solo deja escapar cuando la asaltan los fantasmas. Llevo suficiente tiempo conociendo a Carmina como para detectar esos días en los que su mente viaja a lugares donde yo no tengo billete de entrada.

—¿Sabes qué es raro? —empieza, girando la taza entre las manos—. Que después de todo lo que ha pasado, de todo lo que me ha explotado en la cara en el último año, sigo sin saber quién soy cuando estoy sola.

Me quedo callado. Carmina no busca respuestas, solo quiere oír su propia voz, comprobar si las palabras resuenan igual por fuera que dentro de su cabeza.

—Esta última semana me he sentido como una extraña. No por ti, Fernando. Por mí. Me he pasado la vida entera saltando de rol en

rol, y ahora que por fin podría ser libre, sigo atada a lo que esperan los demás.

El silencio es largo, salpicado solo por el golpeteo rítmico de las drizas contra el mástil. Me atrevo a ponerle una mano sobre el hombro.

—No tienes que ser nadie para nadie —le digo, aunque sepa que es mentira. Todos somos una versión de lo que alguien necesita.

Ella suelta una carcajada seca.

—Eso me lo diría Gerard —dice, y noto, como una corriente eléctrica, el nombre en el aire. Es la primera vez que lo menciona desde la maldita cena de Palamós. La noto tensa, como si esperara que yo reaccionara, pero me limito a tomar otro sorbo de café, estudiándola.

—¿Quieres hablar de él? —pregunto, sin rodeos.

—No sé —responde—. Creo que sí, pero no sé por dónde empezar.

Me apoyo en la barandilla y espero. Carmina tiene su propio ritmo y, si la fuerzas, se encierra más. Da otro sorbo a su café, que debe estar ya frío. Veo que quiere hablar, pero que busca en su interior las palabras adecuadas para expresar lo que siente. Porque estoy seguro de que no ha puesto todavía una etiqueta a todo lo que bulle en su interior respecto a Gerard Vidal.

—No entiendo a ese hombre —dice, por fin—. Me trata como si le importara, pero luego se esconde detrás de esa pared de profesionalidad. Me reprocha cosas que no tienen sentido, como si yo tuviera la culpa de no encajar en sus expectativas. Y lo que más me jode es que, cuando no lo veo, me paso el día pensando en él.

Me hace sonreír que utilice esas palabras, porque me recuerda a la joven Carmina que conocí, que se bebía la vida a tragos largos. Era joven, y aunque ya estaba casada y era madre, sé que lo que tuvimos durante esos cuatro años la hizo sentir más viva que nunca. La oigo, y me duele más de lo que esperaba. No porque no lo supiera —siempre he intuido que Gerard era otra clase de rival—,

sino porque siento que la estoy perdiendo en una batalla que nunca ha sido mía.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

Carmina se encoge de hombros.

—Nada. ¿Qué voy a hacer? No soy una cría. No voy a ponerme a competir por la atención de un hombre. Bastante tengo con aguantarme a mí misma.

Me río. No puedo evitarlo.

—Sigues siendo la mujer más feroz que conozco —le digo, y ella me regala otra de esas medias sonrisas, pero ahora hay algo más suave en su expresión, casi alivio.

Nos quedamos en silencio un rato más, viendo cómo el sol se levanta, tímido, por encima de las nubes. Pienso en lo fácil que sería decirle que lo olvide, que Gerard no está a su altura, que ella merece algo mejor. Pero los dos sabemos que las cosas no funcionan así.

—¿Vas a volver a verlo? —pregunto, fingiendo desinterés.

Carmina asiente.

—No he dejado de verle. Es mi jefe. Y, aunque me da rabia admitirlo, me hace sentir viva. Como si todavía quedara algo en mí que puede sorprenderse.

La miro y, por un momento, siento una mezcla rara de orgullo y resignación. La Carmina que tengo delante es más libre que nunca. Incluso si eso significa que va a romperse la cara otra vez, al menos lo hará por voluntad propia. Sé que la pierdo como posible pareja, y reconozco que me había hecho ilusiones con ella. Sin embargo, no estoy dispuesto a que salga de mi vida; sé que su amistad está por encima de todo.

—Entonces hazlo —le digo, y mi voz suena más triste de lo que esperaba—. Lánzate. No te quedes con la duda.

Carmina me mira, y en sus ojos leo una gratitud que no necesita palabras. Nos abrazamos, con la torpeza de los viejos amantes que han aprendido a quererse sin condiciones.

Pasan unos minutos antes de que diga:

—Gracias, Fernando.

—Para eso estamos —contesto, y le doy un golpecito en el brazo —. Pero si ese cabrón te hace daño, vengo y le arranco la cabeza.

Ríe, y esta vez la risa es limpia, auténtica.

—Mal que me pese, tengo que decirte que Gerard Vidal no es un mujeriego. Sé que se divorció hace tiempo, quizá unos cinco años, y desde entonces no se le ha visto en pareja. Es un hombre serio, dedicado en cuerpo y alma a su trabajo. En el mundo judicial de Barcelona, no encontrarás a nadie que te diga que no es de fiar.

Carmina me dirige una mirada llena de cariño.

—Entonces, ¿por qué dices “mal que me pese”?

Miro hacia el horizonte, intentando escoger las palabras adecuadas para no estropear nuestra relación. Inspiro con fuerza antes de responder:

—Porque en mis sueños todavía tenía la esperanza de tenerte a mi lado como pareja. Pero deseo que seas feliz, y deseo estar siempre entre tus amigos más próximos. Eres demasiado importante en mi vida, y no quiero tenerte lejos nunca más. Puedes contar con mi fidelidad para siempre, más allá de lo que hubo entre nosotros.

Carmina deja la taza y se levanta, dando un paso hacia mí. Me abraza con fuerza y siento sus lágrimas cayendo sobre mi hombro.

—Estoy contigo, princesa. Lánzate a por tu felicidad. Pase lo que pase, estaré aquí para ti. Contigo para celebrarla, pero también tienes mi hombro para lo que venga.

Cuando deja de llorar, Carmina se separa un poco de mí y me besa en la mejilla, pronunciando un “Gracias, amigo” que sella nuestra amistad, pero también el pacto de apoyo mutuo que acabamos de declarar.

El sol termina de romper la niebla, y la ciudad despierta a lo lejos. Sé que, a partir de hoy, Carmina irá a por todas. Y aunque me duela, también sé que es lo que tiene que hacer.

La distancia romántica entre nosotros es real, pero también lo es la certeza de que, pase lo que pase, nos tenemos el uno al otro. Y eso, en un mundo de vínculos rotos, es un pequeño milagro.

CAPÍTULO 29

Carmina

El jueves por la tarde, la ciudad rezuma ese hormigueo de víspera de fin de semana que solo los que han vivido en Barcelona reconocen de inmediato. En el bufete, la mayoría de los empleados ya ha abandonado el edificio, y el silencio se cuela por las rendijas de los despachos como una niebla ligera. Me he quedado para rematar un informe urgente, pero en el fondo sé que estoy esperando algo más: una señal, una grieta en la rutina de estos últimos días.

Han pasado cuatro días desde la conversación en el barco con Fernando. Dos días y medio sin ver a Gerard, el tiempo de las clases semanales en el máster. Desde el lunes, Gerard ha seguido manteniendo una distancia quirúrgica, limitando nuestras interacciones a lo estrictamente profesional. No hay cafés que se alargan, ni bromas a media voz en el pasillo, ni esa mirada suya que a veces busca la mía en su clase. La tensión, lejos de disolverse, se ha ido espesando hasta convertirse en una atmósfera viscosa y, por momentos, insoportable.

Mi móvil vibra sobre la mesa. Es un mensaje de Gerard: «¿Puedes pasar por mi despacho antes de irte?». El texto es aséptico, casi hostil, y sin embargo, la sola posibilidad de estar a solas con él me acelera el pulso. Mientras camino por el largo pasillo del bufete intento relajarme inspirando lentamente por la nariz, pero sospecho

que no va a surtir efecto. Tengo mariposas en el estómago, como una adolescente de dieciséis años. Me cabrea sentirme tan expuesta.

Cuando entro, lo encuentro de pie junto a la ventana, el perfil iluminado por las luces de la Diagonal. Es un hombre atractivo hasta decir basta, aunque creo que no está en su mejor momento. Un poco de barba le da un aspecto más salvaje, menos profesional, y eso despierta en mí mis más bajos instintos. Tiene la americana colgada del respaldo de la silla, y la ajustada camisa blanca remangada deja al descubierto unos antebrazos que parecen esculpidos para intimidar. El gesto adusto y la mandíbula apretada no permiten adivinar nada, pero hay algo en la manera en que se gira, en el leve temblor de sus dedos sobre el alféizar, que me indica que la conversación no será trivial.

—Siéntate, por favor —dice, sin mirarme todavía.

Obedezco, aunque preferiría quedarme de pie, a la defensiva. El silencio se prolonga, y por un instante temo que va a despedirme, que va a decirme que la situación es insostenible y que mejor buscarme otro bufete, otra ciudad, otro continente. Pero no es eso lo que ocurre.

—He estado pensando mucho en lo que pasó el otro día —empieza, y ahora sí, sus ojos se clavan en los míos—. Lo que dije, cómo lo dije. No fue justo contigo.

No respondo. Me limito a mantenerle la mirada, esperando el resto de la confesión.

—Cuando te vi en el barco con Fernando... —hace una pausa, como si las palabras le costaran—, sentí algo que no esperaba. Podría decirte que fue algo parecido a los celos. Pero no, he estado pensando sobre ello, y ahora sé que fue miedo. Miedo de que no estuvieras aquí, de que no quisieras quedarte. Miedo de que yo no te importara lo suficiente como para arriesgarte a todo esto.

La franqueza me desarma. Hasta ahora, Gerard había sido un muro de control y autocensura. No lo imaginaba capaz de admitir una debilidad, y mucho menos ante mí.

—No te conozco apenas —prosigue—, pero desde que llegaste, has cambiado la manera en que funciono. No solo aquí —hace un gesto abarcando con la mano el despacho—, sino fuera. En todo.

La voz se le quiebra ligeramente, y me sorprende lo mucho que me afecta. Siento una punzada de ternura, pero también de vértigo.

—No tienes por qué explicarte —digo al fin, mi voz más suave de lo que esperaba—. Yo tampoco esperaba esto. Ni contigo, ni con nadie. Creía que ya había agotado mi cupo de emociones fuertes, pero me doy cuenta de que no.

Me levanto y me acerco despacio hacia él. Por primera vez en días, Gerard sonrío. Es una sonrisa breve, casi tímida, pero le suaviza el rostro de un modo que no había visto nunca. Con sus dedos, acaricia mi mejilla derecha, casi sin atreverse a tocarme, mientras yo poso mi mano sobre la suya, dando la bienvenida a su gesto de inesperada ternura.

Me mira a los ojos, con una mezcla de amor y miedo a que esto esté ocurriendo solo en sus sueños.

—Quiero que sepas que lo que siento es real. Y que, si no he sabido manejarlo, es porque no tengo ni idea de cómo se hace. Llevo años huyendo de cualquier cosa que huela a compromiso. Y ahora resulta que lo único que quiero es compartir contigo lo que quede de mi vida, aunque solo sea un rato cada vez.

Me echo a reír, nerviosa. La confesión es tan brutal en su honestidad que me da miedo contestar, no sea que lo estropee todo.

—Fernando es solo un amigo —aclaro, por si quedaba alguna duda—. Un amigo que me ayudó a no hundirme, pero nada más. Lo que sentí por ti el otro día fue tan intenso que me asustó. Por eso preferí alejarme. Pensé que era mejor así, pero estaba equivocada.

Me acerca a él, poniendo su mano en la parte baja de mi espalda. El calor de su cuerpo y el aroma de su perfume de lujo, mezcla de cuero y madera con un toque de pachulí, desatan en mí un deseo que hace tiempo que no conocía, porque no solo es físico.

Gerard me besa, lento y deliberado, como si temiera que un gesto brusco pudiera romper el hechizo del momento. Le devuelvo el beso, que poco a poco va ganando en pasión. Gruñe en mi boca cuando se me escapa un gemido al sentir su cuerpo reaccionar al contacto del mío, y sé que estoy perdida, aunque no quiero reconocerlo. Sus labios son cálidos y mullidos, y deseo perderme en ellos y olvidar que el resto del mundo existe, que el tráfico de la Diagonal fluye a nuestros pies, a unos metros de nuestra ventana. No sé cuanto tiempo permanecemos unidos, besándonos como si nos fuera la vida en ello. Nos separamos lentamente, sin soltarnos de la mano.

—¿Te fías de mí?

—No —respondo, y al decirlo siento una descarga de adrenalina—. Pero quiero hacerlo.

Él asiente, como si esa respuesta fuera la única posible.

—Ven —me pide.

Nos marchamos juntos, sin recoger los papeles, sin mirar atrás. Las luces de la Diagonal nos reciben como una corriente cálida. Caminamos en silencio, cogidos de la mano, ignorando a los pocos peatones que a esa hora se desplazan con prisa de jueves por la noche. No hay pudor ni miedo a ser vistos; el vértigo del salto al vacío es más fuerte que cualquier vergüenza.

Gerard me conduce a un restaurante escondido en una calle secundaria, uno de esos lugares que solo conocen los que han vivido aquí toda la vida. Nos sirven vino blanco y una cena ligera, pero apenas tocamos la comida. La conversación fluye ahora con otra ligereza. Hablamos de todo y de nada: de los clientes imposibles, de los pequeños rituales que dan sentido a la rutina, de las películas que odiamos y de los libros que nunca terminamos. Por primera vez, el tiempo se estira como un chicle, y ya no hay urgencia ni miedo de perderlo. Su mano toca la mía mientras esperamos los postres, y con los ojos nos decimos todo lo que necesitamos saber.

Cuando salimos, la noche está tibia y cargada de promesas. Gerard me acompaña hasta el portal de mi edificio, pero no sube.

Nos quedamos en la acera, bajo la luz amarilla de una farola, y se produce un silencio de esos en los que todo lo importante se dice sin hablar.

—No quiero precipitar nada —dice él, y de nuevo esa vulnerabilidad que nunca le había visto.

—No lo estás haciendo. Yo tampoco.

Nos despedimos con un beso lento, más tierno que urgente. Siento que algo se deshace por dentro, como una costra vieja que por fin cede. Subo a casa con las mejillas ardiendo y la certeza de que, aunque no haya garantías de nada, lo que acaba de empezar merece la pena.

Esa noche no duermo. Repaso cada palabra, cada pausa, cada mirada. No hay sexo, ni promesas eternas, ni grandes declaraciones. Solo la honestidad de dos personas que han decidido arriesgarse. Pienso en la próxima vez que lo vea, en la posibilidad real de un futuro juntos, y por primera vez en mucho tiempo, no siento miedo, sino una ansiedad luminosa, casi adolescente.

Al día siguiente, llego al despacho antes que nadie. El aire huele a café y a papel recién impreso. Me siento en mi mesa, abro el portátil y, antes de empezar con los asuntos del día, me permito unos segundos para cerrar los ojos y recordar la sensación de su mano sobre la mía, el calor de su voz diciéndome que quiere compartir conmigo lo que quede de su vida.

Sonrío, y me doy cuenta de que estoy lista para lo que venga. Que perder el control, por una vez, no es una derrota, sino la única victoria posible.

CAPÍTULO 30

Gerard

Nunca pensé que a los cincuenta años volvería a sentir esta urgencia eléctrica que ahora me atraviesa a diario. No es solo que la vida con Carmina sea mejor de lo que la memoria me concedía: es la violencia con la que me sacude, la manera en que su perfume - jazmín, sándalo - me asalta en los archivos, en la ropa, en el coche y hasta en los sueños.

Desde que decidimos lanzarnos, la vida es más luminosa, y yo mucho más feliz de lo que nunca soñé llegar a ser. La madurez nos da la libertad de no tener ataduras, y la aprovechamos tan a fondo como podemos. Barcelona es, además, el marco perfecto para vivirla a nuestra manera. Cuando salimos a cenar, no importa que el restaurante esté a treinta minutos del centro o en un sótano perdido de Gràcia; con ella todo es una cita clandestina, un juego de miradas y rodillas que se rozan bajo la mesa como si todavía estuviéramos rompiendo reglas.

En el bufete me esfuerzo por la contención, pero Carmina no me lo pone fácil. Tiene gestos diminutos que solo yo descifro: una sonrisa de medio lado, la forma en que deja un post-it con un "hoy, a las ocho" sobre mi pantalla, o cómo cruza las piernas bajo la mesa de reuniones cuando sabe que la miro. Es un incendio lento. Las tardes que se alargan en su apartamento en Sarrià —la luz dorada entrando por las persianas, su voz de terciopelo narrando anécdotas de sus años de juzgado, la carcajada que me desarma siempre— han ocupado el centro de gravedad de mi existencia. Hacía décadas

que no me permitía esta felicidad tan simple, tan ajena al decoro y la planificación. Y creo que nunca me había sentido tan libre para vivirla a fondo.

La primera vez que subimos juntos a mi velero, Carmina se quitó los zapatos en cuanto pusimos pie en cubierta y se tumbó boca arriba, los brazos abiertos, el pelo desordenado por el viento. “Esto es lo más parecido a la libertad que he conocido”, dijo, y yo entendí que no solo hablaba del mar. Me costó no besarla ahí mismo, con el sol reventando de luz y los turistas de la marina mirando, pero ella me ahorró la indecisión: se acercó, me agarró de la camisa y me besó hasta dejarme sin aliento. En ese instante supe que había perdido cualquier atisbo de control y que, por primera vez, me alegraba de ello.

No hay día que no me sorprenda la facilidad con que encajamos, incluso en los silencios. Me gusta verla dormida, buscar su mano bajo las sábanas, sentir su respiración regular sobre mi pecho. Me gusta el modo en que discute, sin miedo y sin escudo; la forma en que me desafía a ser mejor, a no dar nada por hecho. Lo nuestro es una corriente subterránea y, aunque sé que la vida puede desbordar de un momento a otro, me niego a dejar de navegarla. Después de tantos años creyendo que el amor era una tormenta que solo dejaba ruinas, me descubro a salvo en el ojo del huracán, y no pienso pedir tierra firme.



Carmina

Siempre pensé que la vida adulta era una larga recta de resignación, que el amor era apenas un eco de lo que una vez sentí de adolescente —un simulacro de ternura, un acuerdo tácito para no morir de frío—. Nunca imaginé que a los cincuenta años pudiera existir esto: un deseo nuevo, una alegría casi infantil y una certeza

de que la felicidad no es un derecho, sino un lujo que se arranca a dentelladas.

Gerard lo cambió todo. No en el sentido de los cuentos, donde un hombre llega a salvarte de ti misma. Más bien, me salvó de la rutina de no esperar nada. Hay mañanas en que lo miro dormir y siento el impulso irreprimible de despertarlo solo para comprobar que es real. Hay noches en que me duermo abrazada a su espalda, el perfume de su piel mezclado con sal y sudor y sándalo, y pienso que morir así no sería un mal final.

En el bufete hemos construido una coreografía impecable: la distancia justa, la sonrisa profesional, los cafés que se enfrían sobre la mesa durante las reuniones eternas. Pero fuera de allí, la ciudad es nuestra. Caminamos por Barcelona como si la hubiéramos inventado para nosotros, y cada calle es una promesa. A veces, cenamos en restaurantes diminutos del Raval donde nadie nos conoce. Otras, improvisamos un pícnic con vino, embutidos y pan artesanal con tomate y un chorrito de aceite de oliva, en mi terraza o en su jardín. Gerard vive en Pedralbes, un barrio que yo todavía no había explorado la primera vez que me llevó. La zona es tranquila, aunque está cerca de la muy transitada avenida Diagonal, en el lado montaña. Reside en una casa unifamiliar que es demasiado grande para él, con un bonito jardín que casi no aprovechaba viviendo solo. La primera vez que pasé la noche con él en su dormitorio, me despertó con un beso, dándome las gracias por llenar su vivienda de luz. A la mañana siguiente, me presentó a Josefa, la señora que se encarga de la limpieza de la casa, y que le organiza la ropa y los encargos cotidianos. Le lleva la ropa a la tintorería, se preocupa de llamar al jardinero cuando es necesario y también al chico que cuida de la piscina. Josefa es una mujer encantadora, con esa gracia andaluza que hace que la adores en cuanto comienza a hablar, y te cuenta cosas de su vida cotidiana con la misma naturalidad que si la conocieras de toda la vida. Tiene una mano excelente para la cocina y hace una tortilla de patatas y unas croquetas que me chiflan.

Ella está feliz de ver a Gerard menos serio, bastante más comunicativo y como ella dice, “muy *salao*” y cariñoso conmigo.

Hace cinco años que trabaja para él, y lo considera como su familia, aunque insiste en no tratarlo de tú por más que él se lo pida.

La naturalidad con la que nuestros mundos se adaptan en el día a día me asombra, porque ninguno de los dos nos esforzamos, sino que fluye de una manera que no suponía posible.

En el mar, cuando navego con Gerard, siento que el horizonte no existe: que el mundo comienza y termina en la línea de nuestros cuerpos alineados sobre la cubierta, la brisa barriendo cualquier resto de cordura.

Lo más asombroso no es la pasión, sino el modo en que Gerard me mira cuando cree que no lo veo. Como si adivinara que aún no me creo del todo lo que estamos viviendo. Nunca me juzga por mis cicatrices ni por mi historia; más bien, parece admirarlas, como si fueran condecoraciones de guerra. Con él, he dejado de fingir que no tengo miedo. Él tampoco lo tiene, o si lo tiene, lo disimula mejor.

Lo único que me inquieta en este momento de mi vida es Pablo. Todavía no le he contado nada, y sé que debería hacerlo antes de que la noticia le llegue por otro lado. No sé si encontrará sentido a mi felicidad, si será capaz de perdonarme esta última traición, la de haber rehecho mi vida sin pedirle permiso. Pero ya no voy a pedir permiso nunca más, ni siquiera a mi hijo. Me lo debo.

A veces, al cerrar la puerta de casa, una ráfaga de jazmín y mar invade el pasillo. Me detengo, respiro hondo y pienso en la mujer que fui —la que se asfixiaba de celos, la que vivía de cara al qué dirán, la que no se atrevía a ser vista si no estaba perfectamente vestida, peinada y acorde con la ocasión— y me produce ternura, por su fragilidad mal disimulada. Ahora, cuando me miro en el espejo, ya no busco signos de derrota; busco la luz que me ha traído Gerard, y casi siempre la encuentro. Quizás no dure para siempre, pero mientras lo haga, pienso vivirlo todo. Porque si algo he aprendido de esta vida es que la felicidad siempre llega tarde y sin aviso, y solo las mujeres que se atreven a quedarse la reconocen cuando pasa.

CAPÍTULO 31

Gerard

El máster que Carmina está cursando hace un paréntesis de dos meses durante julio y agosto, y me produce una enorme ansiedad pensar que no la voy a ver durante nueve semanas. Por eso, y tras reflexionar mucho sobre ello, le propongo que siga trabajando durante el mes de julio, colaborando con el bufete de manera independiente, fuera del marco del convenio de prácticas con la Universidad de Barcelona. Mi propuesta tiene una segunda parte, y temo que su respuesta no sea positiva. El mes de agosto es inhábil en los juzgados, quedando solamente algún juzgado de guardia para causas urgentes, sobre todo relacionadas con la custodia de menores.

Cada año acostumbro a hacer coincidir mis vacaciones de verano con este mes de agosto, pero mi vida ya no es la misma desde que Carmina apareció en ella. Antes, mi casa en Pedralbes era simplemente un lugar donde dormir entre juicios. Ahora, paso más tiempo en su ático de Sarrià que en mi propia casa. He empezado a dejar una camisa en su armario, un libro en su mesilla. Pequeñas invasiones que ella tolera con esa media sonrisa. Ahora ya no quiero saber nada de vacaciones si no es con ella, por lo que le propongo que pasemos juntos dos o tres semanas de viaje, y que el resto del mes lo pasemos junto a su familia, en su ciudad.

Sé que es arriesgado, porque hasta ahora no hemos mezclado a nuestras respectivas familias en la relación, pero voy en serio con

ella, y creo que es un buen momento para conocer a su hijo. Yo no tuve descendencia con mi ex, por lo que he decidido presentar a Carmina a mi madre, aunque la pobre padece Alzheimer y no la recordará en cuanto haya traspasado la puerta de la residencia en la que vive. Yo mismo la visito tres veces por semana, y ni siquiera sabe quién soy la mayor parte de las ocasiones. Soy hijo único, y solo me queda mi madre, por lo que las presentaciones terminarán rápido.

Carmina me ha hablado mucho de Pablo, de su hijo, que también es abogado, pero especialista en fusiones y adquisiciones. No he podido evitar investigar un poco. Hace tres meses, cerró una operación de cuatrocientos millones entre dos unicornios tecnológicos europeos. La prensa especializada lo describe como "el abogado más joven en liderar una operación de esa magnitud en España". Sé que, pese a su juventud, es uno de los mejores en su campo jurídico, especialmente en lo que se refiere al sector de las nuevas tecnologías, en el que está considerado como el mejor abogado de España, y uno de los más solicitados de toda Europa.

Cuando tenía veinte años, conocer a los padres de mi novia era un momento estresante. No tenía ni idea de que, treinta años después, iba a sentir incluso más ansiedad antes de conocer al hijo de Carmina. Sé que para ella es la persona más importante del mundo, y me ha contado con total sinceridad lo que ha ocurrido en su vida, por lo que sé que las cosas no están precisamente en su mejor momento entre ellos. Para Carmina, uno de los objetivos actuales de su vida es recuperar su relación con Pablo, sin la posesividad que ella había mostrado y de la que se arrepiente.

Me habla de los puntos oscuros de sus años pasados con una honestidad que me desarma, porque no es sencillo reconocer que se ha sido infiel, y que su comportamiento no ha sido intachable. Respecto a Carlos, su figura despierta en mí una enorme curiosidad. No siento celos, porque sé que es solo pasado para Carmina, pero intuyo que es un gran hombre. Lo dice ella cuando habla de su integridad, de cómo anunció que se divorciaba de ella sin dramas innecesarios, de la generosidad con que repartieron una vida

construida juntos. Y eso, a pesar de descubrir su infidelidad antes de firmar el acuerdo de divorcio.

Estamos en la terraza de su ático, una noche tranquila de principios de junio. El olor a jazmín sube desde el jardín del edificio de enfrente. He preparado una cena ligera, demasiado nervioso para comer con apetito. Carmina está sentada frente a mí, con esa camisa blanca que le dejó la última vez, las mangas remangadas, los brazos morenos sobre la mesa de teca.

—Solo de pensar que te vas a ir dos meses, me da un ataque, Carmina.

—¿Y quién te ha dicho que me voy? —replica ella, con una sonrisa en los labios mientras me acaricia el brazo.

—Es ansiedad. Parezco un quinceañero enamorado, ¿no me ves?

La música de su carcajada ilumina la noche de la ciudad, y consigue relajar la tensión que siento desde hace días.

—Solo quiero pasar una o dos semanas en Zaragoza. Si no te importa, el resto del verano querría estar contigo. Voy a ser una lapa si me lo permites, cariño.

Mientras me habla de sus planes, se acerca a mí con esa media sonrisa que me vuelve loco, y sé que no vamos a acabar la conversación si no me controlo.

—Me gustaría conocer a Pablo —suelto, y noto que la cojo desprevenida.

—¡Piensa que esto es más serio que conocer a los padres de la novia cuando éramos jóvenes! —me advierte, bromista.

—Lo sé, y lo he pensado mucho. Háblale de mí, y si él quiere, podríamos vernos en agosto.

—Mañana lo llamaré. Si te soy sincera, lo he ido posponiendo, porque me aterra que reaccione mal.

—Carmina, tu hijo te quiere, y seguro que está contento de saber que eres feliz de nuevo.

CAPÍTULO 32

Pablo

Poco a poco intento recuperar una rutina que yo mismo me encargué de destrozar un mal día de mediados de abril, con la inestimable ayuda de Vanessa, mi secretaria en el bufete. No soy tan cínico de pensar que ella fue la culpable, puesto que yo, y solo yo, decidí acostarme con ella, en mi casa, y en la cama del dormitorio de matrimonio, la noche que Sira fue con mi padre al notario, a aceptar en mi nombre la herencia de la mitad de la casa familiar del Pirineo.

Tampoco es excusa válida a mis casi treinta años que mis padres se separasen poco antes, ni siquiera el haber descubierto que mi adorada madre fue infiel a mi padre durante los últimos siete años con uno de sus mejores amigos, y para más inri, encargado de todos los asuntos legales de su empresa. Tengo que reconocer que este descubrimiento me desestabilizó más de lo que creí comprender en un primer momento. Sira lo percibió claramente, pero yo, encerrado como un idiota en mi ego, preferí hacer caso omiso de la realidad y encerrarme en el éxito profesional.

La relación con mi madre quedó muy dañada tras su confesión, pero me he propuesto recuperarla. Es mi madre. Y, como todo el mundo, ha cometido errores de la misma manera que yo lo he hecho después. No es justo culparla de algo en lo que yo mismo he caído, de forma vergonzosa. He necesitado terapia, porque me resistía a aceptar que Sira no estaba dispuesta a perdonarme. Y el psicólogo

me ha recomendado que retome la relación con mi madre, porque ese será el primer paso para perdonarla a ella, y de paso, a mí mismo.

Cuando recibo esta mañana un WhatsApp suyo, dejo lo que estoy haciendo para responderle. Me pregunta si podríamos hacer una videollamada una de estas tardes, porque me echa de menos, y quiere que nos pongamos al día de nuestras vidas. Nunca en mi vida adulta he estado tan desconectado de ella, y sé que será positivo para los dos, por lo que le propongo quedar esta misma tarde. Me dice que le va bien a las seis, y yo vacío mi agenda durante una hora; los dos lo necesitamos.

Durante el resto del día me sorprendo pensando en ella, quiero contarle como me siento, que firmaré el divorcio la semana próxima, y que aunque Sira no quería nada, le cedo mi mitad de la casa familiar en el Pirineo. Ella va a menudo con mi padre, con el que tiene una relación envidiable y ahora, además, trabajan juntos.

Antes de las seis estoy preparado delante de mi ordenador. He dado instrucciones a mi nueva secretaria de que no se me moleste bajo ningún concepto. Me quito la corbata, y me pongo cómodo. Me sirvo una cerveza con limón de las que guardo en la neverita del despacho para ocasiones especiales, y abro una bolsa de chips de mi despensa secreta.

Si algo no puede cambiar, eso es la puntualidad británica de mi madre. Tal y como esperaba, a las seis en punto se conecta a la videollamada.

—¡Pablo, hijo mío! Vas sin corbata, me cuesta creerlo, a estas horas —su rostro sonriente y relajado aparece en primer plano en la pantalla de mi ordenador.

—Ya ves, se me va pasando la tontería. Por cierto, estás guapísima. Barcelona te está sentando pero que muy bien.

Mi madre sonrío satisfecha.

—No me puedo quejar. A veces hay que tocar fondo para poder mejorar.

—He sido muy injusto contigo. Lo siento, de verdad que sí.

—No tienes que disculparte. Me gané todas y cada una de tus palabras. Gracias a ellas he encontrado la fuerza para reaccionar y cambiar lo que nunca debí hacer.

—Joder, mamá, que me vas a hacer llorar...—ella sabe que no lo digo en broma.

—Bueno, luego seguimos conmigo. Dime como te va, Pablo.

—Estoy un poco en eso de tocar fondo. Me siento gilipollas por haber roto mi matrimonio con Sira, pero supongo que no estaba maduro para afrontar la realidad.

—¿Has ido al psicólogo como te recomendé?

—Sí. Me ha funcionado. Al menos para aceptar la realidad, que no me fue sencillo. Ahora estamos a punto de cerrar todos los papeles. Le he cedido a Sira mi parte de la casa del Pirineo.

—Qué raro, ¿no?

—Ella ha ayudado a papá a reformarla, y van a menudo.

—¿Juntos?

—Juntos. Ya sabes que se entienden bien, y que siempre se han apoyado.

Espero la pulla de mi madre, la broma cargada de doble sentido, pero esta vez no llega. Se limita a sonreír, genuina, como si de verdad le alegrara la noticia.

—Mejor para ellos —dice, y lo pienso también—. Si se hacen compañía, mejor.

—¿Qué ha pasado contigo? —le pregunto, medio en broma.

—Nada. He decidido no perder más tiempo en lo que no puedo controlar.

—¿Has encontrado el amor en Barcelona? —la pincho, para devolverle la pelota. Veo que duda, pero le arde la respuesta en la cara.

—Puede. Me cuesta admitirlo, pero sí. Hay alguien.

—¿Quién es? ¿Algún arquitecto frustrado, un chef con estrella Michelin?

—Te encantaría que fuera así, pero no. Es abogado, como yo.

—¿Cómo se llama?

—Gerard. Gerard Vidal.

El nombre me suena. Lo busco en la memoria, y enseguida caigo: protagonista en algunos de los casos de familia más sonados de los últimos años. Un tiburón, pero de los que juegan limpio. Siento cierta tranquilidad; al menos no es un imbécil.

—¿Te hace feliz?

Asiente, y no le tiembla la boca al hacerlo.

—Sí. Mucho.

—Entonces ya está.

Nos quedamos un rato en silencio. Hay una calma nueva, desconocida, en la voz de mi madre. Como si se hubiera quitado una losa de encima, y ahora flotara. La pantalla nos separa y a la vez nos une: los dos sabemos que la conversación nunca habría sido tan limpia cara a cara.

—¿Y tú, Pablo? —pregunta de golpe—. ¿Te ves superando lo de Sira?

—No lo sé. Me gusta pensar que sí. Pero por ahora, me centro en el trabajo y en no cagarla más.

—Eso está bien, pero no te encierres.

—Lo intentaré.

Vuelve a esa sonrisa de siempre, pero con menos dureza. —Me alegra que hablemos así. Tenía miedo de perderte.

—Nunca podrías, mamá. Ni aunque te lo propongas.

Nos despedimos con la promesa de vernos pronto. Me quedo mirando la pantalla apagada unos segundos más, hasta que mi

reflejo se funde con la vista nocturna de la ciudad. Afuera empiezan a encenderse las luces, y por primera vez en mucho tiempo no siento el impulso de correr ni de esconderme.

Abro la cerveza, mastico unas patatas chip y dejo que la sensación de paz se instale, aunque solo dure cinco minutos. Quizá la vida no sea más que esto: perdonarse, aceptar que todos metemos la pata, y aprender a no odiarse por ello. Puede que suene simple, pero tampoco necesito mucho más.

Al final, lo único que importa es tener a alguien al otro lado que, pase lo que pase, no te cierre nunca la puerta.

CAPÍTULO 33

Carmina

Julio llega a Barcelona con mucho calor, incluso por la noche. Sin embargo, se aguanta mejor que en Zaragoza. La brisa marina arrastra el aire caliente, y actúa como un ventilador natural que permite que la atmósfera sea respirable. El máster ya ha acabado el primer periodo de docencia. Hoy tengo el último examen, por lo que no voy a trabajar en el bufete. Gerard me pidió que me quedara durante el mes de julio a su lado, trabajando en el despacho. Nuestra relación avanza a ritmo de crucero, e incluso me ha pedido que le presente a Pablo.

Esta tarde, después de una jornada agotadora de exámenes, y antes de volver a mi ático, donde he quedado con Gerard, decido caminar hasta el puerto olímpico. Necesito aire, necesito distancia, necesito recordar que el mar sigue existiendo, aunque no haya podido navegar estos últimos fines de semana a causa de las horas dedicadas al estudio. Hay terrazas medio vacías y turistas que parecen ajenos al calor y a la humedad. Cuando paso frente al restaurante más elegante de la marina, se me paralizan los pies.

Gerard está en una mesa junto al ventanal, charlando con una mujer que reconozco al instante: Marta, su exesposa, abogada brillante y la responsable de que fuera tan reticente a volver a enamorarse tras su divorcio. Lleva un vestido negro impecable y un aire de seguridad que desarma. Los observo desde la acera, con una mezcla de morbo y autolesión que no puedo controlar.

Entonces veo lo que Marta está haciendo. Ella le toma la mano en un gesto que parece casual, pero está calculado al milímetro. Se inclina demasiado cerca, ríe con una familiaridad íntima que duele observar. Gerard sonríe, cómplice, y de vez en cuando le roza el brazo como quien recuerda una contraseña antigua. La escena es tan perfecta que me siento una intrusa en mi propia vida.

Marta sabe que estoy aquí. Lo sé con certeza absoluta cuando sus ojos se encuentran con los míos por un segundo fugaz. Hay algo en su mirada, una satisfacción cruel que me atraviesa. Está actuando para mí, orquestando cada gesto, cada carcajada, cada roce de dedos. Y yo, estúpida, estoy tragándome el espectáculo completo mientras oigo con claridad cómo se me rompe el corazón.

Camino sin rumbo por el muelle, la cabeza a punto de estallar. Repaso cada conversación con Gerard buscando pistas, indicios, cualquier cosa que me permita entender si lo nuestro fue real o solo una distracción mientras él esperaba que Marta regresara a su órbita. Me doy asco a mí misma por la facilidad con que me dejo engañar, por haberme creído especial cuando todas las señales estaban ahí, relucientes, esperando a que las viera. Quizá sea una especie de castigo divino por el tiempo que pasé engañando a Carlos. No sé qué pensar.

Gerard me llama por teléfono y me escribe mil mensajes, preguntando dónde estoy, por qué no he acudido a la cita. No sabe si me ha pasado algo, pero cuando ve luz en mi ático, comprende que no quiero hablar con él. Apago el móvil, porque cada mensaje que me escribe amenaza con que mi coraza se rompa y acabe por querer creer que lo que he visto no ha existido.

Esa noche, no duermo. Me paso horas mirando el techo del ático, intentando recordar el último momento en que sentí algo parecido a la valentía. Tal vez nunca existió. Al amanecer, tomo una decisión: no volveré a aparecer en el bufete. No contestaré llamadas ni mensajes. Ni siquiera Fernando conseguirá sacarme del refugio que me he construido entre cajas y maletas.

Barcelona fue solo un escenario, y yo, una actriz secundaria que confundió el guion con la vida real.

El lunes, cuando Gerard llegue a su despacho, quizás entienda algo. O quizás no le importe. Lo único que queda de mí es una nota en su escritorio: "Gracias por enseñarme que incluso la libertad tiene fecha de caducidad". Y, con eso, es suficiente. Desaparezco.

CAPÍTULO 34

Gerard

Carmina termina hoy los primeros exámenes de su máster. Ha trabajado de noche y de día para superarlos con éxito. Es una gran abogada, pero confía más en los resultados de las pruebas que en mis palabras cuando le digo que ha nacido para esta rama del derecho. Con la tensión que ya está soportando, decido no decirle que tengo que ir a comer con mi ex. Se lo contaré esta noche, cuando estemos en su terraza, relajados, y ya hayamos brindado por el final de sus exámenes.

Marta, mi ex, me cita en un elegante restaurante del puerto. No sé qué diablos quiere, pero me ha insistido en que es importante. Incluso me ha suplicado que venga, y eso no es propio de ella. No me fio. Después de todo lo que paso entre nosotros no creo que nunca vuelva a confiar en ella. Ni como persona ni como profesional del derecho. Me demostró con creces que la ética, para ella, es una palabra vacía de sentido.

Cuando llego, la encuentro sentada en una mesa del fondo. Se levanta cuando me ve. Se ha puesto sus mejores galas: un vestido negro, elegante, que marca sus curvas. Creo que se ha hecho un aumento de pecho, porque no recordaba en ella un escote como ese. Alguna otra cosa me indica que es habitual de la cirugía plástica. A mí me da igual porque, por fin, su presencia no me produce ni frío ni calor.

Ella me da dos besos y se muestra más cariñosa conmigo que nunca. Marta, la misma que aprovechaba la mínima ocasión para ponerme en evidencia, para menospreciarme tanto en la intimidad como en público. Me cuenta que sigue enamorada de mí. Yo reacciono riendo a carcajadas, mientras le digo, con un leve roce en su brazo e imitando su gesto, que estoy enamorado de otra mujer. De alguien que me quiere, me respeta y con quien planeo pasar el resto de mi vida.

Después de dejarle claro que nunca más volveré a estar con ella, me levanto y salgo. En cuanto subo a mi coche, veo que Carmina acabó los exámenes hace casi dos horas. No he visto su mensaje hasta ahora. La llamo y no me contesta. Arranco para dirigirme a su casa, pero al llegar no me abre. La vuelvo a llamar y no contesta. Intento tranquilizarme, pero algo me dice que hay problemas.

Releo sus mensajes y no encuentro nada alarmante, ni una sola pista.

Me quedo dentro del coche esperándola, a la puerta de su casa, y dos horas después, sin haberla visto y sin que me conteste, decido irme.

Es solo el principio, pero todavía no soy consciente de lo que viene. No duermo; la llamo, pero desconecta el teléfono. Ni siquiera los mensajes de WhatsApp marcan los dos signos de entrega.

Llamo a la policía y me dicen que es una persona adulta; que debo dejar pasar más tiempo. La busco en los hospitales, y nada. No sé qué pensar. El amanecer llega cuando las lágrimas asoman a mis ojos. Se ha esfumado sin decir nada. El día pasa sin poder contactar con ella, igual que el domingo. Desespero es la única palabra que resume mi situación.

El lunes, al llegar a mi despacho, encuentro sobre la mesa una nota de Carmina. Reconozco su letra de inmediato: pulcra, angulosa, sin nostalgia. "Gracias por enseñarme que incluso la libertad tiene fecha de caducidad." Ninguna explicación más, ninguna palabra sobre el asunto pendiente. Marco su número de móvil. Apagado. Le escribo. Mensaje sin doble check. A la hora, vuelvo a llamar. Nada.

Lo intento cada veinte minutos durante el resto del día. Recibo respuestas de todos menos de ella.

Las siguientes dos semanas se convierten en un infierno de incertidumbre. Al principio lo atribuyo a un arrebató, un golpe de orgullo: la Carmina que conozco no es de las que se rinden fácil. Pero pasan los días y el hueco que deja se vuelve una úlcera dentro del bufete, en mi vida y, peor aún, en mi mente. Voy a su apartamento en Sarrià y la portera asegura que no la ha visto desde aquella noche. En la cafetería de la esquina, la camarera dice que el último día pidió tres cortados para llevar y luego—simplemente—desapareció.

Recurro a métodos menos sutiles: llamo a su amiga Lucía, a su antiguo despacho en Zaragoza, incluso a la familia de su exmarido. Nadie sabe nada. Solo recibo evasivas y un rumor sordo de que "ha decidido dejarlo todo". La frase me deja frío. No hay rastro en redes sociales. Es como si la tierra se la hubiese tragado.

Empiezo a entender que esto va en serio. Que no es un simple berrinche ni un juego de desgaste emocional. Que Carmina ha decidido borrarse del mapa, y que yo, Gerard Vidal, no soy ni siquiera digno de una explicación. La herida se infecta. Llego a casa por las noches y abro la botella de whisky antes de dejar las llaves en el recibidor. Doy vueltas en la cama buscando una lógica, una señal, cualquier cosa que me permita recomponer el puzzle. Repaso cada conversación, cada silencio, cada mirada que no supe leer. Me torturo preguntándome qué hice mal, en qué momento perdí el control de la historia.

A los cuatro días de su desaparición decido romper con mi propio código: llamo a Fernando. Lo hago sin estrategia, sin red, lo hago porque empiezo a temer por la vida de Carmina, o por lo menos por la mía si sigo en este agujero negro. Su número lo encuentro gracias a un colega del Colegio de Abogados, que me lo pasa al notar que me ocurre algo grave. Tarda en responder, pero cuando lo hace, su voz es la de un hombre que se siente tan derrotado como yo.

—No sé dónde está —dice sin preámbulos—. No me lo ha dicho ni a mí.

—¿Estás seguro?

—La última vez que hablamos, me dijo que necesitaba estar sola. Que nadie la buscara.

—¿Eso fue cuándo?

—Hace tres días.

Silencio.

—¿Crees que... podría haber hecho una locura?

Fernando suspira, largo y cansado.

—No es su estilo. Si fuera así, habría dejado instrucciones, una carta, algo.

—¿Y si no quiere volver?

—Entonces tendrás que vivir con ello —responde, seco—. Como todos los que la hemos querido.

Cuelgo, pero el eco de esa frase me acompaña hasta el amanecer. Sigo trabajando, pero lo hago en piloto automático. El bufete funciona, los casos salen adelante, pero el aire es irrespirable. Sobrevivo durante algunos días más. No como, porque siento el estómago cerrado. Tampoco consigo dormir. Y en una de esas noches de insomnio, se me ocurre lo que no había pensado antes. “Estúpido, has tenido esta carta desde el primer momento y no la has utilizado”, me reprocho a mí mismo.

A primera hora, llamo al bufete y hago que anulen todas mis citas del día. Me dirijo a la estación de Sants y compro un billete de AVE para el primer tren que sale hacia Madrid.

Por el camino, busco la dirección del despacho de Pablo, y al llegar a la estación de Delicias tomo un taxi que me conduce hasta allí.

Mientras atravieso el Paseo Sagasta, pienso que nunca en mi vida había tenido tanto miedo de lo que pueda ocurrir hoy.

Llego al lugar indicado, en el mismo paseo, cerca de la Plaza Paraíso y del Paraninfo de la universidad de Zaragoza.

Es un bufete imponente, decorado en materiales nobles, pero sin estridencias. En la recepción, una señorita me pregunta con quién tengo cita:

—No la tengo, pero es muy importante. Por favor, necesito que diga al señor Pablo Pallaruelo que estoy aquí —le digo tendiéndole una tarjeta profesional que llevo en mi cartera.

Ella pone cara de que no va a ser posible, pero ante mi insistencia, toma mi tarjeta y me invita a sentarme en la sala de espera, mientras se dirige hacia el interior.

Los diez minutos que transcurren hasta que la puerta se vuelve a abrir se me antojan eternos. De repente, me encuentro con Pablo, al que reconozco de las fotos que Carmina tiene en su ático.

—Gerard, qué sorpresa, no te esperaba.

Me pongo de pie y lo saludo con un fuerte apretón de manos. Le agradezco su sonrisa y su calidez, y me invita a pasar a una sala privada de los socios del despacho.

—¿Qué quieres tomar? ¿Prefieres un café o un refresco?

—Un refresco me irá bien, gracias.

Los dos nos estudiamos detenidamente. Sin duda, él sabe que busco a Carmina.

—Preferiría conocerte en otras circunstancias. Tu madre me ha hablado mucho de ti, y le comenté que me gustaría que nos viésemos este verano—comienzo, intentando romper el hielo—.

—Lo sé, estuvimos hablando y me pareció una idea estupenda. Sé que no estáis juntos ahora, y lo siento. Me pareces un hombre muy agradable.

Mi cara es un poema, y a él no le pasa desapercibida.

—Ya sabes más que yo. Pablo, no me voy a andar con rodeos. Hace dos viernes quedé con tu madre tras el último examen y no

apareció. Y desde entonces no sé nada de ella, es como si se la hubiera tragado la tierra.

Siento que mi voz se rompe. Estoy frente a un chico de veintinueve años al que veo por primera vez, y noto que las lágrimas desbordan de mis ojos. No me importa nada mi dignidad. No si no puedo estar con Carmina.

—Gerard, creo que mi madre creyó ver que estabas con otra mujer en un restaurante.

Maldita sea. Marta, mi ex, es la culpable de esto. No he tenido ni oportunidad de explicarme.

Me rompo. Sin poder evitarlo. Pablo se sienta a mi lado, y me trae un vaso con agua, esperando paciente a que me tranquilice y pueda hablar.

—Mi ex me tendió una trampa. Ahora lo tengo claro. Me dijo que quería volver conmigo, y le conté que estoy enamorado de tu madre; que quiero pasar con ella el resto de nuestras vidas.

El silencio es ensordecedor. Pablo me mira con esos ojos vivos y profundos como los de Carmina. Sin duda, está intentando decidir qué hacer, si intervenir o no en esta historia entre su madre y yo. Siento una presión en el pecho que no me deja respirar, y puedo escuchar la sangre corriendo por mis venas. El dolor de no tenerla me pasa factura. Se me nubla la vista, y un sudor frío me inunda la frente.

CAPÍTULO 35

Carmina

Otra noche sin dormir. Otra más.

Desde que llegué a Zaragoza no he conseguido pegar ojo. Intento cansarme durante el día: nado en la piscina de casa, camino, limpio y organizo armarios, motivada como si fuera la versión maña de Marie Kondo. Pero ni así.

Hace tres días que comencé a ir a terapia, porque me lo debo. Me siento rota, envejecida y desilusionada. No me quedan lágrimas que llorar, quizá porque no esperaba este desenlace. Confié en Gerard, sin pensar que estaba cayendo en una trampa similar a las que yo había preparado años antes.

Me siento con un café con hielo y el periódico que he ido a comprar a las ocho. Noto que el móvil vibra y, por esta vez, decido darle la vuelta para ver quién es. Pablo. Está preocupado por mí, aunque intente hacerle creer que estoy bien. Él ya sabe lo que es una ruptura.

—Mamá... —su voz se quiebra y algo en su tono me heló la sangre—. Necesito que vengas. Ahora. Al Miguel Servet.

—¿Qué te ha pasado, hijo? ¿Estás herido?

—No, yo... —respira entrecortadamente—. Es Gerard. Se ha desplomado. En mi despacho. He llamado a una ambulancia, pero... Mamá, ven rápido. No sé si...

El corazón me da un vuelco. No comprendo nada. ¿Qué hace Gerard en Zaragoza? ¿En el hospital? ¿Y por qué está con mi hijo?

Aun sin entender lo que pasa, me visto rápidamente y llamo a un taxi. En tres minutos me espera en la puerta. El trayecto, de escasos diez minutos, se me hace eterno. Intento llamar a Gerard, pero nadie responde. Vuelvo a llamar, y le dejo un mensaje en el contestador: "Gerard, soy Carmina. Por favor, llámame. Necesito saber de ti." Cuelgo, porque se me quiebra la voz. Ni siquiera sé si va a escucharlo. No sé qué ocurre, pero la voz de mi hijo me dice que es grave.

Cuando llego al mostrador de urgencias para preguntar por Gerard, veo a mi hijo salir de la sala de espera y acercarse a mí. Me abraza y sigo sin comprender.

—Mamá, Gerard se desplomó en mi bufete.

Me quedo pálida. Ha venido a por mí, y ahora...

—¿Pero ¿cómo...?

—Su ex, discutió con ella en un restaurante... Ha venido a Zaragoza a buscarte, mamá. Mientras hablábamos, se ha sentido mal y se ha desplomado. Alguien llamó a una ambulancia mientras yo le hacía un masaje cardíaco. Aún no sé nada de él.

Lo poco que me dice Pablo evoca un infarto. Maldigo la palabra. Hace catorce años eso se llevó a mi padre. Estaba solo en ese momento y ni siquiera tuvo tiempo de avisar. Murió en el suelo, y hasta una hora después no lo encontramos.

Gerard no. Solo pienso en eso: él no. Necesito verlo, acariciar su mano. Las lágrimas corren libres por mis mejillas. Pablo me da un pañuelo, y me abraza fuerte.

—Se va a recuperar. No le va a pasar como al abuelo. Lo remontarán, confía en los médicos.

Nos sentamos en dos sillas contiguas de la sala. Siento que me falta el aire. Lo necesito, necesito que salga de esta. No soy

religiosa, pero me sorpendo pidiendo a la Virgen del Pilar que me lo salve. Le prometo que la iré a ver con él si se recupera.

—La familia de Gerard Vidal, por favor.

Nos llaman por megafonía, y accedemos a un pequeño despacho en el interior de urgencias. Una doctora un poco más joven que yo nos recibe de pie.

—Gerard está vivo y consciente. Ha sufrido un infarto, y ahora mismo están interviniéndole para ponerle un stent.

Creo que me voy a desmayar. La doctora se da cuenta, y me estira en la camilla, con ayuda de mi hijo.

—Tranquila, es normal su reacción. Deje que le tome la tensión.

Permanecemos en silencio mientras el tensiómetro se infla hasta casi aprisionarme el brazo, para luego deshincharse con un pitido.

—¿Ha desayunado hoy?

—No, iba a hacerlo cuando ha sonado el teléfono.

—Es solo una bajada de azúcar. Salga y desayune, tenemos al menos una hora de espera por delante.

—Gerard, ¿se pondrá bien?

—Por lo que nos ha comentado, lleva una vida sana y no fuma. Eso es bueno, pero las primeras horas son decisivas, tenemos que esperar.

Asiento con la cabeza. La doctora nos dice que nos volverán a avisar por megafonía, y sale para continuar con su trabajo.

Pablo no me suelta de la mano. Me acompaña a la cafetería y me obliga a tomarme un café con leche y un donut de chocolate. Me cuesta tragar, porque los nervios me están matando.

—Mamá, ese hombre te quiere. Lo he visto en sus ojos.

Rompo a llorar de nuevo. Me siento culpable por lo que ha pasado. Me precipité, sin duda. Interpreté una imagen fuera de contexto y decidí quedarme con la explicación que más miedo me daba. Hui. Y ahora, Gerard está en el quirófano.

—Te conozco. Ni se te ocurra sentirte culpable. Seguro que tiene estrés para dar y vender en su vida profesional. Es un abogado de primera línea, mamá.

—Yo lo he complicado todo. Otra vez —digo, con un suspiro.

—Gerard va a salir de esta. Y cuando lo haga, tenéis que dedicaros a disfrutar de la vida. Juntos.

La sonrisa cálida de mi hijo me infunde ánimos.

Regresamos a la sala de espera, y unos cuarenta minutos después, nos vuelven a llamar. Nos recibe la doctora de antes junto al cardiólogo que lo ha intervenido.

—La operación ha sido un éxito. Ahora lo están subiendo a la UCI, y pasará allí al menos dos días.

Me doy cuenta de que, sin querer, estaba aguantando la respiración. Tras la noticia, tomo aire con fuerza.

—¿Podemos verlo?

—Sí, pero solo un momento. Está muy débil y un poco sedado, pero le hará bien verlos a su lado.

Un celador nos indica cómo subir a la UCI, y al llegar nos identificamos como familiares de Gerard Vidal. Una enfermera joven y menuda nos acompaña amablemente, anunciando nuestra visita.

—Eres afortunado, Gerard. Acabas de llegar y tu familia ya está aquí. Hay que ver cómo te quieren —le comenta con cariño—. Solo un momento, tienes que descansar, ¿de acuerdo?

Gerard, lleno de agujas y cables por todas partes, me mira y llora. Pablo se queda atrás y me acerco, tomando la mano de Gerard.

—Te vas a poner bien. Y si todavía me quieres, nos iremos juntos de aquí. No me voy a separar de ti ni un momento, *amor meu*.

—*T'estimo*—susurra un "te quiero" en catalán, su lengua materna, mientras sonrío porque le he dicho "amor mío" en catalán, como él siempre hace.

Lo beso fugazmente en los labios, sin soltarle la mano. Nuestras miradas dicen todas las palabras que no hemos tenido, las que quizá habrían evitado lo que estamos sufriendo ahora. Lo amo.

—Me pondré bien, Carmina. Quiero vivir contigo muchas cosas, y que nos hagamos viejos juntos.

La enfermera nos pide que salgamos. A regañadientes, suelto su mano, no sin antes darle otro beso en los labios.

Me dedica una leve sonrisa que me llega al alma. Después de esto, sé que quiero estar con él. No a medias tintas, ya no tenemos edad. Lo amo, y no tengo duda alguna de que es recíproco. Pero también sé que, cuando se recupere, tendremos que hablar de por qué hui, de por qué no confié, de si podemos construir algo sobre los escombros de mi cobardía.

CAPÍTULO 36

Carmina

A medida que avanzan las horas, Gerard se recupera del infarto. El doctor nos informa de que su evolución es muy favorable. Pasado mañana tendrá que pasar una prueba de esfuerzo y, en función del resultado, podrá pasar a planta.

Él está deseando ser dado de alta para volver a Barcelona, pero le he pedido que pase unos días en mi casa de Zaragoza. Quiero que descanse y se deje mimar un poco. Si no, en cuanto regrese, se pondrá a trabajar y ahora lo que necesita es reposo.

Pablo y él han conectado de manera extraordinaria, con toda la naturalidad del mundo. Yo, en mi cabeza, me había fabricado mundos paralelos en los que las cosas no eran tan sencillas.

Con el cambio de turno, la doctora que viene a ver a Gerard, propone que se levante y comience a caminar por el pasillo. Apurado, a causa de la bata del hospital que se abre cuando no debe, recorre sus primeros metros tras el infarto. Al llegar al otro lado de la planta, se siente como un campeón olímpico que ha superado el último sprint de una maratón especialmente dura. Veo en sus ojos la emoción que se me contagia, dejándome con la mirada acuosa mientras lo beso.

—Tortolitos —dice la doctora sonriendo—, vamos a adelantar la prueba de esfuerzo para mañana a las nueve. Si todo va bien, podrás degustar el menú de la planta a la hora de comer, Gerard —bromea.

La tarde pasa veloz, y Pablo me insiste en que vaya a casa a ducharme tranquila. Él se queda con el paciente para que no esté solo. Aunque Gerard le dice que no es necesario, sé que le agradece el gesto.

Nada más salir del hospital, Carlos me llama al móvil, lo cual no deja de sorprenderme porque no nos hemos llamado ni una sola vez desde que me fui a Barcelona.

—¿Carlos? ¿Todo va bien?

—Hola, Carmina. Sí, mujer. Aunque no hablemos a menudo, puedo llamarte solo para hablar.

Sonrío, porque me gusta que podamos tener una conversación distendida; después de todo, siempre seremos familia.

—Por supuesto. Hace tiempo que no sabía nada de ti.

—Verás, no es que quiera entrometerme en tu vida, pero Pablo me contó que tienes pareja. Lo vi muy contento por ti. Y anoche me dijo que había tenido un infarto. Espero que esté mejor.

No me lo puedo creer. Estoy hablando con mi ex de Gerard. Después de haberlo engañado durante siete años, todavía es capaz de llamarme para interesarse por la persona con la que estoy iniciando una relación. No sé si alegrarme o sentirme aún peor por lo que le hice durante nuestro matrimonio.

—Es todo un detalle, y te lo agradezco —respondí con un hilo de voz, intentando que no se diera cuenta de que su gesto me había removido—. Se llama Gerard, y por suerte, está mucho mejor. Creo que en unos días le darán el alta.

—Quería decirte que no tengas ningún reparo en llevarlo a tu casa, Carmina. Lo entiendo perfectamente, y Pablo también. Es mejor que descanse durante unos días antes de viajar.

—Yo también lo creo así. De hecho, se lo voy a proponer. Eres muy amable por decírmelo. Creo que no me lo merezco. Yo no he sido la mujer que tú necesitabas, y lo siento.

Carlos permanece en silencio durante un instante. Sin duda, no esperaba que esas palabras salieran de mi boca.

—No digas eso. Los dos nos hemos equivocado. Si no, todavía estaríamos juntos.

No sé si me lo dice porque me echa de menos, o porque, al contrario, está seguro de que no éramos el uno para el otro. En todo caso, su postura me conmueve.

—Carlos, sabes algo de Sira? No me atrevo a preguntar a Pablo por ella. Siento que se tuviera que llevar ese disgusto. Cuando supe lo que había ocurrido, pensé mucho en ella, pobrecita.

—La veo a menudo, ahora trabaja en mi empresa, pero además me ayuda con la casa del Pirineo. Supongo que sabes que Pablo le cedió su parte, como pago de la liquidación de bienes del divorcio.

—Algo me dijo.

—Pues eso, que vamos algunos fines de semana y nos seguimos viendo.

No me atrevo a verbalizar lo que intuyo. Por delicadeza hacia él, y porque es posible que no sea consciente de que el vínculo que tienen va más allá de lo que cree. Tampoco se lo diré a Pablo; no sirve de nada echar leña al fuego. El tiempo lo dirá, pero solo espero que mi hijo no salga dañado por lo que sea que esto sea.

—Dale recuerdos. Me gustaría encontrarla un día, y poder decirle que siento mucho lo mal que me he portado con ella. Es una chica estupenda, y merece ser feliz.

El silencio de Carlos me dice mucho más que cualquier otra cosa, lo que refuerza mi intuición sobre lo que existe entre ellos, aunque todavía no sea algo declarado. Quiero decir que quizá a estas alturas no haya habido nada entre ellos, pero estoy segura de que siempre he visto que encajaban, aunque fuera en una situación muy diferente a la que vivimos ahora.

Nada más colgar, mi teléfono vuelve a sonar. Es Pablo, diciéndome que me quede a dormir en casa, que necesito descansar. El pasará la

noche en el hospital junto a Gerard. No es una sugestión, sino una orden. Mi hijo es ya un adulto, y tengo que acostumbrarme a que todo sea diferente. Lo acepto, y le doy las gracias.

Me alejo del hospital con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza llena de una paz desconocida. El aire de Zaragoza, nunca tan limpio, parece recibirme como si fuera mi primera vez en la ciudad. Camino despacio, sin mirar el móvil, sin urgencia. En el fondo, sé que la conversación con Carlos ha cerrado un ciclo que yo misma alimenté durante años. Ya no siento la necesidad de pedirle perdón a nadie, ni de reconstruir la historia para que encaje en la versión que me convence. Por primera vez, lo que tengo delante me basta: un hombre al que quiero cuidar, un hijo que empieza a entenderme, una vida que, aunque no sea perfecta, es mía.

En casa, dejo el teléfono sobre la mesa del salón y, en lugar de esperar mensajes, enciendo la radio y me pierdo en la música. Me invade una sensación absurda de victoria: no por haber ganado nada, sino por haber dejado de perderme en lo que no puedo cambiar. Pienso en Sira, en Adrián, en todo lo que fue y no será, y ya no duele. Solo queda un poso de ternura, como si la vida finalmente me diera permiso para no tomarme tan en serio.

Mientras tanto, en la habitación del hospital, Pablo y Gerard conversan a media voz. La luz azulada de la noche entra por la ventana, y las palabras fluyen sin esfuerzo. Pablo le cuenta a Gerard cómo era su madre de joven, cómo la admiraba y temía al mismo tiempo. Gerard escucha, atento, y le confiesa que nunca pensó que el amor pudiera llegarle tan tarde y tan intacto. Se ríen, incluso bromean sobre la posibilidad de navegar juntos algún día, y en ese instante ambos saben que la distancia entre ellos se ha reducido a casi nada.

Esa noche, al meterme en la cama, repaso cada instante del día y no encuentro nada de lo que arrepentirme. Siento el cansancio en los huesos, pero también una ligereza que creía perdida para siempre. Mañana, cuando despierte, iré directa al hospital para estar con Gerard durante su prueba de esfuerzo y Pablo me revelará que

Gerard es un hombre sincero y honesto. La felicidad comienza a dibujarse en un nuevo mapa de mi corazón. No necesito más.

CAPÍTULO 37

Gerard

Me despierto de la última cabezada de esta noche con la luz de la mañana y el rumor de la actividad en los pasillos del hospital. Duermo poco, como siempre me pasa cuando cambio de cama. Además, el olor a desinfectante me molesta.

Esta noche he tenido un acompañante inesperado: Pablo, el hijo de Carmina. Es un chaval encantador, y hemos conversado sobre temas diferentes. Cuando salga de aquí y él tenga vacaciones, lo llevaré conmigo a navegar. Lo he visto muy interesado, y hasta ahora no ha tenido la oportunidad de hacerlo. Creo que lo disfrutará a fondo.

Me ha contado cosas de su vida, de su infancia y de los años que pasó al cuidado de su padre, mientras Carmina trabajaba en un juzgado extremeño. También de la adoración que siempre ha sentido por su madre, y de cómo la ha visto evolucionar a lo largo de los años. Me ha hablado de su matrimonio y divorcio con Sira, y de la estupidez que cometió liándose con su secretaria aquella noche.

He visto un hombre serio, que ha madurado en los últimos tiempos a base de golpes, pero que tiene una familia que le ha proporcionado siempre la seguridad que se necesita para hacerse adulto. Me habría encantado tener un hijo como él, lo confieso.

Yo sabía algunas cosas de Carlos, su padre, por lo que Carmina me contó, pero también porque Google me había chivado información. Lo confieso, lo busqué para saber quién es el exmarido de la mujer a la que amo.

Pablo me ha enviado un mensaje, diciendo que ha bajado a la cafetería para desayunar. Carmina ya viene de camino hacia aquí, bastante nerviosa por saber qué dictaminará la prueba de esfuerzo.

La enfermera del nuevo turno me anuncia que el gran examen llegará a las nueve en punto. Así llaman aquí a la prueba de esfuerzo, como si fuera un rito de paso para todo aquel que ha sufrido un infarto.

Pablo sube de la cafetería enseguida. Sonríe al verme despierto e incorporado en la cama.

—¿Nervioso?

—Creo que pasé cosas peores en la mili.

Mi respuesta le ha provocado una carcajada, y en ese gesto veo a su madre. Los mismos ojos, la misma forma de mirar cuando quiere que confiese algo. Se sienta a mi lado, y me dice que le gustó mucho la conversación que tuvimos anoche. Además de hablar de juicios, de barcos y de pequeñas victorias, nos contamos cómo habían sido nuestros matrimonios y divorcios. El suyo, breve, pero tan reciente que todavía sangra.

—En serio, ¿cómo estás? —insiste, preocupado de verdad por mí.

—Listo para la prueba —contesto, y me esfuerzo en no sonar irónico.

En ese momento, el aroma del perfume de Carmina la precede, invadiendo la habitación y calentándome el corazón. Está preciosa. Ha podido dormir y aparece fresca como una rosa, con un vestido veraniego que le sienta de maravilla. Se acerca a la cama y me besa sin apuro, aunque su hijo permanece junto a nosotros.

Después, acaricia el hombro de Pablo, mientras pregunta:

—¿Cómo están mis hombres?

Nosotros sonreímos, y ambos nos sentimos parte de una nueva familia, mirándonos con complicidad masculina.

Carmina me toma la mano y la aprieta. No sé si es miedo o ternura, y no pienso preguntarlo. Pablo finge interés por la tablet,

pero no engaña a nadie. Los tres sabemos que, pase lo que pase, estamos juntos en esto.

La prueba de esfuerzo es más psicológica que física. Camino sobre una cinta durante veinte minutos, con cables y sensores pegados al pecho, mientras el cardiólogo y una enfermera observan mis constantes en una pantalla. Carmina está fuera, pero puedo verla a través del cristal: camina en círculos, de un lado a otro, como una loba enjaulada. Cuando el médico me da el visto bueno, siento una descarga de alivio que no esperaba.

Vuelvo a la habitación en silla de ruedas, aunque podría caminar. Me quejo pero no me hacen caso y dicen que es protocolo. Carmina y Pablo están esperándome. Ella sonríe, y parece que ha rebobinado veinte años de preocupaciones en un instante.

La enfermera nos deja solos con instrucciones de esperar al médico de planta. Carmina se sienta a mi lado, demasiado cerca, como si temiera que pudiera desaparecer si no me sujeta.

—¿Te vas a quedar conmigo estos días? —pregunta, casi en susurro.

—Si no te importa que me queje como un viejo.

—Prefiero que te quejes a que te calles —me dice, y en ese momento sé que no hay vuelta atrás.

Pasamos la mañana hablando de nada y de todo: del bufete, del master de Carmina y de que Carlos ha llamado para interesarse por mi estado y darme una pronta recuperación.

Pablo interviene poco, como si quisiera darnos espacio. Sacamos el tema de la navegación, de lo que haremos cuando me recupere. De momento, anulamos el viaje previsto en pareja, y nos quedaremos a orillas del Mediterráneo, por precaución.

Prometo enseñar a Pablo a llevar el timón, y Carmina bromea con que será el primer Pallaruelo capitán de barco. La risa, auténtica, nos limpia de miedo.

El médico entra al mediodía. Joven, con barba de tres días y aire de no dormir nunca. Explica que todo está bien, que el susto ha sido

eso, un aviso. Me receta una batería de pastillas, dieta sin sal, ejercicio moderado. “Nada de emociones fuertes durante unas semanas”, dice, y me mira por encima de las gafas. Los tres asentimos como alumnos disciplinados.

A las dos me dan el alta. Carmina firma los papeles y organiza la logística: Pablo irá a buscar las medicinas, ella preparará la casa para mi convalecencia. No discuto.

Salimos del hospital bajo un sol de justicia. El aire de la calle me sabe a champán y a celebración de algo muy grande. Carmina me lleva en coche a su casa, en la que entro por primera vez. Es preciosa, grande, con un jardín esplendoroso y una piscina que creo que me va a ver mucho durante estos días. En Zaragoza, el calor aprieta más que en Barcelona, quizá porque no tiene la brisa marina para que suavice el ambiente.

Me siento en el sofá y Carmina me da un beso.

—No pienso dejarte solo ni un minuto.

—¿Y si quiero estar solo?

—Te aguantas.

Los dos reímos, felices de poder pincharnos así.

Pablo llega a media tarde, con los medicamentos de la farmacia y un surtido de comida saludable que ha ido a comprar al mercado. Cenamos los tres juntos en el jardín hablando de política, de fútbol y del futuro. Luego, él se va a su casa, prometiendo que vendrá cada día a verme. Sé que no lo hace por compromiso, sino porque entre nosotros se ha hecho sitio el respeto y el aprecio de aquellos que tienen en común a la persona más importante de su vida.

La primera noche en casa de Carmina es extraña. Me despierto varias veces, desorientado. A las dos, la oigo en la cocina, preparando una infusión. Me levanto y la encuentro de espaldas, mirando la ciudad desde la ventana.

—¿No duermes? —pregunto.

—No quiero que te dé algo mientras duermo —responde, sin mirarme.

Me acerco. No la toco. No hace falta. Compartimos el silencio, la calma de esta zona de la ciudad, una urbanización un poco alejada del centro, y cerca de la naturaleza.

—No voy a morirme, tonta —le digo.

Me río, y ella también. Nos quedamos así un rato, hasta que el sueño la vence y me pide que la acompañe a la cama. Nos acostamos juntos, sin expectativas de sexo entre nosotros, porque de momento está prohibido por prescripción facultativa.

El resto de la semana transcurre en una rutina doméstica que nunca imaginé: pastillas, paseos cortos por la calle, siestas bajo el ventilador. Pablo viene a diario, a veces con Lucía, la mejor amiga de Carmina. Ella trae croquetas y chismes de Zaragoza. Habla mucho, como siempre, pero sé que me observa, que busca en mi cara el menor signo de debilidad. Un día, Lucía me toma la mano y dice en voz baja: "No te atrevas a morirte todavía, que no quiero que Carmina sufra ahora que te ha encontrado".

El viernes, Carlos aparece. Lo veo desde la ventana, bajando del coche con una cesta de fruta y un ramo de flores. Carmina le abre la puerta. Se abrazan como dos personas que han compartido una vida entera. Cuando lo veo entrar, siento algo parecido a celos, un resquemor desconocido. Pero Carlos no viene a competir. Se presenta con educación, y me dice que se alegra mucho de que Carmina sea feliz conmigo. Me hace preguntas sobre la recuperación, y después se sienta en el jardín con Carmina y Pablo a hablar de trivialidades. Me doy cuenta de que no hay hostilidad entre nosotros. Solo la aceptación de que la vida ha seguido, que los papeles han cambiado, y que lo importante es que todos hemos sobrevivido a nuestra manera.

Cuando la tarde cae, y la casa se va vaciando, Carmina y yo nos quedamos solos en la cocina. Ella recoge los platos, yo los seco. Es una coreografía que funciona.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Mejor que nunca.

Ella se detiene, deja el plato en la encimera y me mira con una intensidad que me deja sin aire.

—Quiero pedirte disculpas. Por pensar mal de ti, por mi huida, por no darte la oportunidad de hablar.

—Ahora que he conocido a Carlos, creo que comprendo lo que sentiste, e incluso tu huida. No podía respirar, Carmina. Supe que te necesitaba para vivir. Por eso te busqué por todas partes. También llamé a Fernando.

—¿Lo hiciste?

—Claro. Necesitaba encontrarte, aunque él no pudo ayudarme.

—Si tú me lo permites, no me voy a separar nunca más de ti. Se acabaron las equivocaciones y los miedos.

Siento que se rompe, así que la abrazo. Siento el temblor en sus hombros, la respiración agitada, mientras aspiro ese aroma suyo, que ahora huele a hogar.

Nos quedamos así mucho rato, hasta que la emoción se disuelve en algo más tranquilo, más sencillo.

Esa noche, dormimos juntos como dos supervivientes. No hay temor, solo la certeza de que, pase lo que pase, nos tenemos el uno al otro. Por la ventana entra la brisa de la ciudad y el rumor lejano de los coches. Pienso en la prueba de esfuerzo, en el miedo, en la promesa que me hice esta mañana: no dejar pasar ni un minuto más sin aprovecharlo.

Antes de dormir, Carmina me besa la mano y dice, sin ironía:

—Gracias por quedarte.

Cierro los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo de lo que vendrá. Me basta con esto: el calor de su cuerpo, la certeza de que la vida, aunque frágil, puede ser hermosa incluso en la trinchera de la convalecencia.

Duermo como un niño. Sueño con barcos, con mares en calma, con una mujer de pelo largo que navega a mi lado y nunca, nunca se pierde en el horizonte.

CAPÍTULO 38

Sira

Hoy voy a cenar a casa de mi exsuegra. Hay que ver las vueltas que da la vida.

Carlos me contó ayer, mientras cenábamos en un restaurante italiano que han abierto cerca del río, que Carmina está en la ciudad. Tiene un novio abogado, barcelonés, que vino a verla hace tres semanas, con la mala suerte de que sufrió un infarto a las pocas horas de llegar.

Todo salió bien y se recupera en casa de Carmina. Carlos lo conoció el otro día y le pareció un buen tipo. Parece ser que Pablo y él han hecho buenas migas, y que incluso irán a navegar juntos durante las vacaciones. Por lo visto, tiene un barco.

Carmina me ha llamado esta mañana para disculparse. Dice que se ha portado mal conmigo, y que se arrepiente. Por eso, me ha invitado a la cena de despedida que van a celebrar en su casa. Estarán también Pablo, Lucía y Carlos, y me presentarán a su novio.

Me da un poco de apuro ir, sobre todo porque voy en calidad de exmujer de Pablo, pero no puedo rechazar su invitación. Es una bandera blanca que, proveniente de Carmina y de nuestra historia, tiene un valor especial.

Carlos viene a recogerme en su coche. Cuando bajo, me espera de pie junto a la puerta de mi edificio. Va vestido con una camisa blanca de lino arremangada cuidadosamente, con los dos botones superiores desabrochados y un pantalón azul marino que le sienta de escándalo. No quiero reconocer que mi corazón se salta dos

latidos al verlo, y me esfuerzo por recordar que acudimos juntos como exsuegro y nuera, y nada más. Pablo estará allí, y bastante difícil es ya gestionar todo lo que siento.

Cuando subimos al coche, Carlos me da un beso fugaz, que me sonroja. Él sonríe ante mi reacción.

—He comprado dos botellas de vino —informo, para recordar el motivo de nuestra salida de esa noche.

—Gerard te va a caer bien, ya lo verás.

—Estoy un poco nerviosa; nunca me ha sido fácil estar frente a Carmina, pero ahora todo es más complicado. Pablo, su nuevo novio, sus disculpas...

—Todo irá bien, Sira. No te agobies.

Inspiro para calmarme, y noto que Carlos me mira de reojo. Esa mirada me mata, porque intuyo que para él tampoco va a ser fácil. Lo que ocurrió en el Pirineo siempre estará entre nosotros, flotando en el aire, como un secreto que recordaremos cada vez que veamos el jardín de esa casa que ahora es de los dos.

Antes de llegar, Carlos recibe una llamada en el móvil. Es Pablo. Se disculpa ante su padre, porque un asunto importante requiere su presencia en el bufete, y no podrá asistir a la cena en casa de su madre. Como el teléfono está conectado al sistema de audio del coche, yo asisto a toda la conversación.

—Papá, no tiene nada que ver con que Sira también esté allí, te lo juro. No quiero que crea que no voy a causa de su presencia. Por favor, quiero que se lo expliques. Que no se sienta violenta.

—Se lo diré, te lo prometo —lo tranquiliza, mientras me mira a los ojos durante un instante.

—Te dejo, que ya estoy en el despacho. Disfrutad mucho, papá. Te quiero.

Me siento culpable, porque la ausencia de Pablo me quita un peso de encima. Solo nos hemos encontrado frente a frente una vez, a mi regreso del Pirineo. Él quiso arreglar las cosas, pero yo tenía claro

que todo se había roto entre nosotros. Fue una conversación breve, pero terriblemente dura, pues el peso de aquello que no había podido compartir con él me resultaba insoportable.

Cuando llegamos a casa de Carmina, solo falta Lucía quien, como siempre, llega tarde a todas partes. La anfitriona nos recibe con dos besos, y nos hace pasar al jardín.

Carlos mete las botellas de vino a refrescar en la nevera mientras la anfitriona me presenta oficialmente a Gerard. Es un hombre de la misma edad que Carlos, que me recibe afablemente. Es alto, su cabello es negro azabache salpicado de canas que se hacen más abundantes en algunas partes de su cabeza, y su piel cuenta las horas de navegación que han dejado un bonito bronceado impreso como recuerdo. Tiene una elegancia natural y su seriedad, quizá derivada de su trabajo como abogado, parece ponerle un escudo que se borra en cuanto iniciamos la conversación.

Le pregunto por su salud, y me cuenta que está mejorando rápidamente. Que tuvo la suerte de que el infarto le diera delante de Pablo, quien le salvó la vida reaccionando al instante, al pedir una ambulancia y, sobre todo, al aplicarle masaje cardíaco de inmediato.

Es un hombre afable, y tiene la delicadeza de preguntar cómo me encuentro tras el divorcio.

—Sé bien lo duro que puede resultar, sobre todo por las circunstancias —me dice, aun sin suponer todo lo que viví durante ese tiempo en el Pirineo.

—Poco a poco me recupero. El trabajo también me ayuda a no pensar.

—Cuando me divorcié, yo mismo me encerré en mis casos en el bufete. No caigas en la trampa, Sira. Eres una mujer joven, y podrás rehacer tu vida antes de lo que crees.

No me cabe duda de que es un buen hombre, tal y como Carlos me dijo tras su encuentro. Me alegro por Carmina. Solo espero que no le haga daño, y que realmente haya dejado atrás todos esos comportamientos tóxicos que toda la familia sufrió, yo incluida.

Carlos se une a nosotros, mientras Carmina va a abrir la puerta para recibir a Lucía.

—Ya os habéis presentado, por lo que veo —nos dice, mientras nos ofrece dos cervezas con limón bien frías.

Los tres iniciamos una conversación relajada y divertida, en la que hablamos de cosas sin importancia y nos reímos de lo que pasa en el mundo. Miro a mi alrededor, y pienso que hace tan solo unos meses, este brindis con los botellines de cerveza no hubiera sido ni siquiera imaginable. Todo es efímero, y el dolor acaba por dar paso a la luz, aunque no seamos capaces de darnos cuenta de ello cuando las sombras reinan en el paisaje.

Lucía se une a nosotros con otra cerveza en la mano, igual que Carmina. Continuamos con el ambiente distendido que me parece magia y me hace volver a creer en las personas.

Nos sentamos a comer bajo el porche, donde la anfitriona ha puesto la gran mesa de madera. Entre todos la ayudamos a sacar las bandejas de comida que ha preparado. Es una cena fría y se agradece, porque la temperatura de principios de julio comienza a ser demasiado elevada incluso para esta hora en la que la luz natural comienza a desaparecer poco a poco.

Gerard se levanta para encender la guirnalda de farolillos que nos ilumina, mientras Carmina enciende las velas de las antorchas que rodean el porche. La piscina se ilumina, creando un ambiente perfecto. Pienso en que esta era la casa de Carlos, su lugar seguro, con todos los detalles que añadió durante años. Ahora, su nueva casa, aunque es preciosa, no tiene el toque de hogar que solo puede imprimir a una propiedad el trasiego de una familia, de personas unidas por lazos de sangre o de sentimientos. Está solo, y eso me duele. Durante un instante, siento la tentación de acariciar su brazo, pero me contengo, no solo por Carmina, sino también por él. No quiero ser tan transparente en mis sentimientos, pero no estoy hecha para ocultarlos. Me cuesta un mundo, pero al final lo consigo.

Como si él lo intuyera, me mira con cariño y sé que Gerard ha atrapado la mirada que hemos cruzado. Sin embargo, no siento

temor. Es un hombre discreto que no va a hacer ningún comentario, ni en público ni en privado, sobre lo que ha visto.

Al final de la cena, entre todos recogemos los platos. Lucía, Gerard y yo sacamos tazas, azúcar y leche, así como una cajita con diferentes té e infusiones para que cada uno pueda elegir lo que más les apetezca a estas horas.

Carmina y Carlos se quedan solos en la cocina preparando los cafés y haciendo hervir el agua para las infusiones. Ese momento a solas, ahora que ya no son marido y mujer, hace que los dos sean conscientes de que están haciendo historia en su relación.

—No sabes cómo me alegro de que rehagas tu vida, Carmina. Y de que podamos cenar así, como amigos.

Carmina lo mira, un poco sobrepasada por sus palabras, que remueven en ella sentimientos que creía olvidados mucho tiempo atrás.

—Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, lo haría. No volvería a engañarte, no me convertiría en una persona manipuladora, y aprendería a amarte como mereces, Carlos. Siempre vas a estar en mi corazón.

Carlos se acerca a ella y se funden en un largo abrazo. Han pasado tantos años y tantas cosas juntos que saben que entre ellos hay un lazo que nunca va a romperse. Entre ellos hay cariño, una especie de amor familiar que solo pueden comprender aquellos que han sabido mantener una familia unida a pesar del divorcio.

Mientras, en la mesa, Gerard recuerda que debe tomar sus pastillas y se levanta para entrar en la cocina. Cuando ve a Carmina envuelta entre los brazos de Carlos, algo se rompe en él, algo que duele mucho más que el infarto que sufrió días atrás, y que lo atraviesa como un rayo.

Gerard observa la escena desde el umbral, como quien presencia el último acto de una obra que conoce de memoria y, sin embargo, cada vez duele más. Es solo un abrazo, pero la forma en que Carmina apoya la cabeza en el hombro de Carlos y él le acaricia la

espalda es de una ternura que Gerard nunca ha visto entre ellos. Se retira hacia el jardín, deja caer las pastillas en la mesa y se queda de pie mirando la piscina, como si el agua pudiera borrar la imagen que acaba de grabársele a fuego. No dice nada cuando los otros salen, no hace un comentario ni busca ojos aliados. Solo escucha el rumor lejano de risas y cubiertos, y se siente un invitado accidental en la fiesta de la vida de Carmina. Cuando la ve cruzar el porche, Gerard aparta la mirada de inmediato. Ella le sonríe con una dulzura casi piadosa, y él finge no darse cuenta. El resto de la velada lo pasa en piloto automático, asintiendo a cada frase, midiendo el tiempo que falta para volver a Barcelona sin que parezca una huida.

CAPÍTULO 39

Gerard

Tras la fiesta, cuando todos los invitados se van, Carmina y yo recogemos la mesa. Ponemos el lavavajillas y, mientras ella se desmaquilla y sigue su rutina de skincare, me pongo el pijama y me meto en la cama.

Cuando llega, me hago el dormido porque no tengo los ánimos ni la energía para hablar de lo que siento ahora, tras haber visto a Carmina entre los brazos de Carlos.

Me cuesta conciliar el sueño, aunque estoy muy cansado tras la cena de hoy. No paro de pensar en qué voy a hacer, porque creo que todavía queda algo entre ellos y, si es así, mi relación con Carmina está condenada al fracaso. No quiero exponerme más de lo necesario, y menos ahora que mi músculo cardíaco no pasa por su mejor momento.

Mañana Carmina se irá con Lucía, para pasar un día de chicas que se tenían prometido desde antes de mi llegada a la ciudad. Tras dar muchas vueltas en la cama, y mientras ella duerme a pierna suelta a mi lado, decido levantarme y bajar a la cocina.

Me preparo un vaso de leche fría y abro una novela que tengo comenzada desde hace unos días. Sin embargo, no soy capaz de concentrarme en la lectura. Necesito asegurarme de que lo que he visto hoy, en este mismo espacio, no era lo que creo. O sí. Pero en todo caso, quiero saber a qué atenerme.

De repente, como una iluminación, pienso en Sira. Creo que es la persona más próxima a Carlos en este momento de su vida, y algo me dice que su relación va más allá de la de cualquier suegro y nuera. Son amigos; ella misma me lo ha confirmado. Trabajan juntos y he notado la sincera complicidad que existe entre ellos. Si alguien puede ayudarme a discernir qué significa ese abrazo, esa es Sira.

Veo un post-it en la nevera con su nombre y un número de teléfono. Creo que lo puso Carmina para acordarse de llamarla e invitarla personalmente a la cena de ayer.

Subo a por mi móvil, que se ha quedado en la habitación. Aspiro el aroma de ese perfume que me hace desear que ese abrazo no signifique nada, porque amo a la mujer que lo lleva. La miro mientras duerme, su expresión relajada, con su melena desparramada sobre la almohada de seda que insiste en utilizar, y quiero creer que es la mujer de mi vida, que me ama solo a mí, y que no está soñando con Carlos en este momento. Ese pensamiento me provoca un pinchazo en el pecho. Me siento en la cama, hasta que se me pasa el dolor, y luego vuelvo a bajar a la cocina.

Guardo el número de Sira y le escribo un mensaje para invitarla a comer conmigo mañana. Cuando se despierte, ya me responderá.

A la mañana siguiente, Carmina se despierta como una rosa, sin sospechar la mala noche que he pasado. Desayunamos juntos, y yo intento guardar las apariencias.

—Gerard, si no te encuentras bien, me quedo. No estoy tranquila dejándote solo. Quizá sea demasiado pronto.

—No te preocupes. Sal con Lucía y diviértete. Yo no me voy a mover de casa, y te prometo que si noto algo raro, te llamaré enseguida.

La convenzo para que se vaya con Lucía. No soy una buena compañía hoy y, además, estoy seguro de que Carmina acabaría por sacarme lo que en realidad me ocurre.

A las diez y cuarto, se va en su coche. Nada más cerrar la puerta, como si estuvieran coordinadas, Sira me llama.

—Gerard, ¡qué sorpresa al recibir tu mensaje esta mañana! ¿Todo va bien?

—Buenos días, Sira. Disculpa que te haya escrito así, pero necesito hablar contigo. En confianza. Te acabo de conocer, pero sé que eres de fiar y que conoces bien a la familia de Carmina.

—Claro que sí; si te va bien, compro algo de sushi y paso a verte hacia la una. Podemos comer tranquilamente allí. No le diré a Carlos que vengo; intuyo que prefieres que esto quede entre nosotros.

Sonríó al escuchar su última frase. La intuición femenina es un don que ni siquiera las mujeres valoran en su justa medida.

—Iba a pedírtelo, pero te me has adelantado.

La risa de Sira es espontánea y sincera, y suena a música veraniega, de esa que acompaña el anuncio de cada verano de una conocida marca de cervezas.

—Entonces, hasta la una, Gerard.

Puntual como un tren suizo, el timbre de la puerta suena a la una en punto. Una sonriente Sira, cargada con dos bolsas de papel marrón, está al otro lado.

—Espero que te guste el sushi.

—Me encanta. Y además, es cardio saludable —lo digo en tono de broma, pero ahora debo cuidar mi alimentación.

Entre los dos, ponemos la mesa en un periquete. Ella sabe dónde encontrar cada cosa en la cocina; al fin y al cabo, esta es la casa de los que han sido sus suegros. Mientras comenzamos a comer, hablamos de naderías: la cena de ayer, los planes que tenemos para el verano, e incluso se cuela algún tema de trabajo en la conversación hasta que ella aborda el motivo de esta reunión.

—Me has dejado preocupada. ¿Qué necesitas saber?

—Sira, seré muy directo. No sé hacerlo de otra manera, en realidad.

—Entonces, dispara.

—Anoche, cuando entré en la cocina a buscar mis pastillas, encontré a Carlos y a Carmina abrazados.

Antes de que pueda continuar, Sira sonríe y me mira con ternura.

—Ah, es eso...

Me quedo en silencio durante un instante, antes de decirle lo que se me pasó por la cabeza.

—Verás, vi una intimidad entre ellos que me atravesó. Y necesito saber si tú crees que todavía queda algo. No tengo edad para volver a equivocarme, y no creo que mi corazón lo soportara.

Sira cambia el gesto y se pone muy seria. Sabe bien lo que es que te rompan la vida en un solo segundo.

—Te comprendo, créeme. Pero estoy absolutamente segura de que no queda nada entre ellos. Carlos y yo somos buenos amigos, y sé que desde hace años solo eran una pareja de fachada. Lo que viste es otra cosa. Él mismo me contó lo que había pasado, sin saber que alguien fue testigo de ese abrazo.

—¿Estás segura de ello?

—Lo estoy. Por primera vez, pudieron estar juntos como amigos, sin que entre ellos hubiera mal rollo. Son familia, y siempre lo serán. Tienen a Pablo, y no te olvides de que pasaron casi treinta años juntos. Están contentos de ver que cada uno evoluciona a su manera, y Carlos la felicitó porque cree que eres un tipo genial. Yo también lo creo —me explica con una sonrisa que me cuenta que lo dice de corazón.

Casi me avergüenzo de haber dudado. Bajo la cabeza y miro hacia el suelo, sin saber qué decir. Creo que tengo los ojos arrasados por unas lágrimas que se resisten a salir.

—No pasa nada, Gerard. Somos humanos, y estás enamorado. Es normal que tengas estas dudas. Nadie nos ha enseñado a gestionar nuestro pasado, y todavía menos a gestionar el de las personas a las que amamos. Puedes estar tranquilo; esta conversación no saldrá jamás de este lugar.

—He estado a punto de hacer una tontería. El miedo es capaz de llevarse por delante lo que más queremos.

—Lo sé. Estate tranquilo, y si alguna vez necesitas hablar, cuenta conmigo.

Sira se levanta. Tiene que volver al trabajo, a Helix, la empresa de Carlos. Es una investigadora de primer nivel y toda una leyenda en el campo de la genética celular. Se despide de mí con un abrazo, con uno de esos que ayer hicieron que el mundo cayera sobre mi cabeza, y que lo único que significan es afecto sincero.

Al cabo de un par de horas, Carmina llega a casa, con una sonrisa de oreja a oreja y las manos cargadas de elegantes bolsas de papel con nombres de marcas de moda estampados en ellas.

—Echaba de menos ir de compras con Lucia. Ha sido un día de lo más divertido.

—Me alegro. Llevabas demasiado tiempo haciendo de enfermera de este pobre diablo.

Su risa me ilumina el día. Se gira hacia mí, mimosa, y me besa despacio mientras el aroma de su perfume de jazmín me embriaga los sentidos y despierta mi deseo. Creo que la recuperación empieza a notarse en toda mi anatomía, que vuelve a reaccionar a la presencia de Carmina.

Quiero ser sincero con ella. Debo explicarle que desde anoche he vivido un pequeño terremoto que ha hecho temblar mis cimientos, y todo porque la vi abrazada a Carlos. Cuando se lo cuento, se siente mal por mí, pero me jura que lo que siente por él es lo mismo que lo que la uniría a un hermano o a su primo. Y yo la creo, feliz de no haber huido, de haber encontrado gracias a Sira el significado real de ese gesto que me atravesó.

Carmina se acerca más a mí, y veo en su expresión que esto solo es el principio de algo hermoso. Con sus manos en mi nuca, juega con mi cabello y se contonea contra mi cuerpo, que responde vivamente a su provocación. Me besa con una pasión que sería capaz de incendiar un barco en alta mar, y yo la sigo.

Me dejo arrastrar por la corriente de deseo que despierta en mí su beso. Carmina no tiene prisa, y yo tampoco. Nos miramos a los ojos, y en ese microsegundo de silencio entiendo que no hay nadie más en el mundo, ni siquiera los fantasmas del pasado. Ella apoya la mano en mi pecho y siento la electricidad de su contacto, directa al epicentro de mi debilidad. El corazón me late más fuerte, pero es un latido distinto: de vida, no de miedo.

Carmina toma la iniciativa, como casi siempre. Me empuja suavemente hasta el respaldo del sofá y se sienta a horcajadas sobre mí. El aroma de su perfume, ese jazmín y sándalo que ya asocio a la felicidad, me invade y me pone a mil. Ella sabe lo que hace, y me lo demuestra con cada caricia, cada roce, cada pequeño mordisco en el lóbulo de mi oreja. Me dejo hacer, porque mi cuerpo aún se está acostumbrando a la idea de estar vivo, y ella lo sabe. No hay un solo gesto suyo que no esté cargado de intención.

—¿Estás seguro de que puedes con esto, abogado? —me susurra, con la voz grave, ronca.

—No, pero me da igual —le respondo, y la risa que compartimos es como una descarga eléctrica en la penumbra del salón.

Las manos de Carmina son expertas, pero también dulces. Me desnuda con lentitud, como si cada botón fuera una promesa. Cuando me quedo sin camisa, ella recorre con las yemas de los dedos la cicatriz bajo el esternón, la que apenas se nota pero a mí me recuerda cada día que el tiempo es finito. No dice nada; no hace falta. Me besa allí, y ese gesto, más que cualquier palabra, me reconcilia con mi propio cuerpo.

Yo también la desnudo despacio, y descubro, todavía, rincones de su piel que no conocía. Ella es toda entrega, pero también juego: se ríe cuando la acaricio en los flancos, me desafía con la mirada, me muerde el hombro, me besa los párpados. Cuando finalmente nos fundimos, no es una explosión, sino una deriva lenta, intensa, que me hace temblar de placer y de miedo a perderla.

No hay urgencia en nuestros movimientos. La noche es larga, y la llenamos de palabras susurradas, de risas, de silencios que no

incomodan. El orgasmo llega como un suspiro compartido, y después nos quedamos abrazados, sudando, respirando al mismo ritmo, como si hubiéramos navegado una tormenta y ahora flotáramos en el centro del océano.

Carmina apoya la cabeza en mi pecho. Le acaricio el pelo mientras ella traza círculos lentos en mi abdomen con su dedo índice.

—¿Todavía piensas que me voy a ir con Carlos? —pregunta, sin levantar la vista.

—Ahora sé que no —admito—. Pero a veces me olvido de que no estoy solo en esto.

—Te lo recordaré cada día, si hace falta.

Nos quedamos en silencio, pero es un silencio distinto, lleno de paz. Siento que podría quedarme dormido así, con ella en mis brazos, y no necesitar nada más. Por primera vez en mucho tiempo no tengo miedo del futuro. Solo quiero vivir este presente, este milagro de haber sobrevivido para encontrarla.

Cierro los ojos y, antes de que Morfeo me reclame, escucho su risa suave, pegada a mi oído:

—Mañana me toca a mí preparar el desayuno. Pero prométeme que no vas a morirme nunca.

—Prometido —susurro—. Por ti, me hago inmortal.

Y así, entre risas y caricias, nos quedamos dormidos, con la certeza de que, al menos por esta noche, no hay abismo capaz de separarnos.

CAPÍTULO 40

Dos años después:

Pablo

Llego al bufete cuando todavía está desierto. No encuentro la sonrisa de Lena en la recepción, que acoge de forma amable y profesional a todos los clientes que llegan por primera vez a nuestras oficinas.

Me dirijo a mi despacho, uno de los tres del fondo, y mientras preparo un café para despertarme del todo, miro por el amplio ventanal que da a la calle. El amanecer en Zaragoza es especial. Su luz, al igual que ocurre con el atardecer, se proyecta de una forma especial en el río que discurre casi de oeste a este, creando una paleta de colores que tiene un efecto evocador en quien la contempla.

Hoy es un día especial para el despacho, pero también para mi familia. Esta semana, Vidal y Pallaruelo ha sido incluido en el ranking jurídico Chambers & Partners, en las categorías de Life Science y Business Law.

Sé que para quien no conoce este mundillo jurídico, esto no significa nada. Pero es como ganar un Goya en el mundo del cine, o incluso un poco más. Somos el primer despacho español que no pertenece a una firma extranjera en el ranking, por delante de bufetes con más de cincuenta años de existencia y nombres muy conocidos.

Además, el Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza ha otorgado su máxima distinción, la Cruz de San Ivo a Gerard. Esta noche tendrá lugar el acto de entrega, seguido de una cena de gala.

Mi madre y él llegarán en menos de una hora a Zaragoza, en el segundo tren de Alta Velocidad de la jornada. No iré a recogerlos personalmente porque esta mañana tenemos el juicio contra Adrián González, el antiguo abogado de Helix (y examante de mi madre), el cual intentó vender información sobre datos clave de proyectos de investigación a un laboratorio de la competencia.

Después de aquello, mi padre externalizó todo el servicio jurídico de la compañía, y ahora está a cargo de nuestro bufete.

Ni qué decir tiene que este caso es objetivamente especial para mí, porque supone el cierre de una etapa para mi familia, pero también la constatación de que hemos superado todas las dificultades juntos, como una piña, a pesar de las circunstancias y de los giros de guion que la vida ha puesto en nuestros caminos.

Cuando estoy a punto de salir hacia el juzgado rodeado de tres abogados del equipo, oigo a mi madre saludar en el pasillo a todos los miembros del bufete. A su lado, Gerard observa en silencio cada detalle y cada expresión en el rostro del equipo. Así son ellos: mi madre es extrovertida, elegante y capaz de desenvolverse con soltura en cualquier evento social, pero también en el trato próximo con las personas. Gerard es todo seriedad, pero esconde un corazón de oro, quizás demasiado sensible como para mostrarse sin esa coraza profesional. Son una pareja estupenda y consolidada, tanto en lo personal como en lo profesional. Ambos dirigen el bufete con mano firme y segura, aunque han delegado en mí una parte de la responsabilidad en el despacho de Zaragoza, pero también en el área de Derecho Mercantil en las dos sedes. Pasamos nuestra vida en el AVE. Aunque yo tengo mi base en la capital aragonesa, cada semana viajo a Barcelona, donde residen Gerard y mi madre. Ellos, por su parte, vienen cada quince días, y disfrutan de la casa que fue nuestra vivienda familiar.

El juicio transcurre sin problemas, aunque el abogado de la defensa intenta utilizar una estrategia burda que no le sale bien: involucra a mi madre en los hechos juzgados, y proclama a los cuatro vientos que fue amante del acusado mientras estuvo casada con el propietario de Helix. Esta técnica del ventilador, intentando extender la mierda, no le sale bien. Yo sigo concentrado, porque sé que es un intento de desacreditar a Carmina Calderón, pero también busca desestabilizarme. No lo consigue, y además el juez le llama la atención. Por mi parte, anuncio la presentación de una querrela por difamación, que estoy seguro de ganar y que le va a costar tanto al abogado como a Adrián un ojo de la cara y un buen golpe a su reputación, que ya está en entredicho por sus propias acciones.

Después de la sesión, celebro con el equipo el buen trabajo realizado y les doy el resto del día libre. Tengo que reunirme con Gerard y con mi madre para prepararnos y dirigirnos al Colegio de Abogados. Unos periodistas nos contactan para hacer un reportaje sobre nuestra inclusión en el influyente ranking Chambers & Partners, y decidimos fijar dos días después la fecha de la entrevista, que debe incluir a los responsables del bufete.

Me extraña que mi padre no me haya contactado todavía. Decidió no venir al juicio, y lo entiendo, porque eso solo hubiera dado alas al abogado de Adrián, pero me preocupa. Le envió un mensaje, y espero que me llame en cuanto lo vea.

El resto del día transcurre en volandas. Una conferencia en el Colegio de Abogados que reúne a la flor y la nata de la profesión, una cena de gala y por fin, la entrega de la Cruz de San Ivo a Gerard. Es un momento muy emotivo, y cuando veo a mi madre con lágrimas en los ojos, recuerdo que solo hace tres años su vida se rompió. La admiro, porque ha sido capaz de reconstruirse con la fuerza del ave fénix, labrándose una vida personal y profesional que solo puede calificarse de exitosa.

Me siento orgulloso de ella, y también de Gerard, que ha sabido ser un padrastro increíble. Siempre me dice que soy el hijo que

nunca tuvo, y que disfruta a mi lado cada minuto que pasamos juntos.

Hacia el final del acto, por fin recibo noticias de mi padre. Sira y él están en el hospital, y mi corazón se salta dos latidos, mientras mi mente está dividida en este momento entre las dos personas que me dieron la vida.

El mensaje recibido me golpea con un peso inesperado, aunque en el fondo sabía que algo así podía ocurrir en cualquier instante. Guardo el móvil y, tras una pausa, me excuso con discreción de la mesa, sin hacer aspavientos. Gerard y mi madre están radiantes, rodeados de colegas y flashes, pero logro cruzar su mirada antes de salir de la sala. Susurro al oído de mi madre que me voy, porque papá me ha enviado un mensaje desde el hospital. Me mira preocupada, pero sé que no es el momento. Más tarde hablaremos.

La brisa de la noche me despeja mientras camino a paso ligero hacia el aparcamiento. Apenas siento el frío, aunque las manos me tiemblan al encender el coche. Conduzco a través de las avenidas iluminadas por farolas, todavía vestido con el esmoquin del acto, sintiendo que cruzo un umbral invisible entre dos mundos.

Al llegar al hospital, aparco en la zona de urgencias y entro sin mirar atrás. Paso por la recepción, buscando a mi padre con la mirada. Lo encuentro en el pasillo, de pie bajo una luz blanca que le endurece las facciones. No se ha percatado de mi llegada. La expresión de su rostro es indescifrable. Cuando llego a su lado, lo abrazo. No quiero que se sienta solo ahora. Necesita mi apoyo y de pronto todo lo demás deja de importar.

CAPÍTULO 41

Carmina

Aún resuenan en mi cabeza los ecos de los aplausos que Gerard recibió ayer de nuestros colegas abogados. No hay reconocimiento mejor que el de los propios compañeros.

Me siento orgullosa de mis hombres: de Gerard, porque es un número uno en nuestro campo, con una reputación jurídica de primera, pero también con una justa fama de abanderar la batalla por la ética en nuestra profesión. No le vale ganar si no es respetando los valores morales que nos rigen.

Mi otro hombre, Pablo, me ha demostrado ser un excelente abogado, pero también un manager de primera. Gestiona en el despacho de Zaragoza más de cuarenta personas directamente, y todo ello con rigor y empatía.

Pero hoy no va de ellos. Hoy va de alguien mucho más joven, pero también de una mujer extraordinaria muy vinculada a mi familia, y de un hombre que... Qué puedo decir de él que no sepáis ya, a estas alturas.

Gerard quiere venir conmigo. Me dice que no se perdería este momento por nada del mundo. Tras un desayuno ligero en casa, vamos directos al hospital.

Al llegar, veo a Pablo llevando a Carolina en brazos, mientras ella lo intenta peinar con un cepillo de juguete. Sonrío al verlo, tan entregado a la niña. Hace de su hermano mayor lo que quiere, eso no se puede negar. Gerard le dedica una carantoña y ella estira los

bracitos para que la coja. Carolina tiene debilidad por él, creo que nota que le encantan los críos.

Cuando deja a la niña, Pablo me acompaña al interior de la habitación. Carlos está sentado junto a Sira, quien está dando el pecho al recién nacido. No quiero molestar, y me quedo de pie, mirándolos con ternura. Han conseguido formar una preciosa familia, e intuyo que esta criatura no será la última que traigan al mundo juntos.

Mi exmarido está emocionado, lo puedo ver en sus ojos, y me alegro por él. Siempre quiso tener críos corriendo por el jardín, y lo ha conseguido junto a Sira. Me acerco a él, y lo abrazo. Beso a Sira en la frente, para no molestar al bebé, Víctor, que mama como si no hubiera un mañana. Solo tiene unas horas, pero no ha necesitado explicaciones ni manual de instrucciones.

Es precioso, rubito y con la cara redondita, como Carolina, que entra ahora en brazos de Gerard, farfullando alguna explicación que no llegamos a entender, pero que parece decir que su mamá le ha traído un hermanito.

Pablo vuelve a tomar a su hermana, porque la chiquitina es incapaz de graduar el volumen de su voz y está demasiado cerca del bebé. Gerard ríe orgulloso cuando ella no quiere soltarlo.

Sira nos mira con ojos de cansancio, pero con una felicidad que no puede esconder. Después de todo, seguimos siendo su familia, aunque los títulos hayan cambiado respecto a aquel día en que Pablo la trajo a casa por primera vez y nos la presentó como su novia.

En ese momento me doy cuenta de que las cosas no solo han cambiado para ella. Es como si el destino nos hubiera agitado la vida, y nos hubiera recolocado a todos hasta encontrar nuestro verdadero lugar en el mundo, como si antes estuviéramos sentados en la silla equivocada.

Gerard felicita a los papás de Víctor, y sé que está emocionado, porque a él la vida no le ha regalado el mejor de todos los títulos, el

de padre, aunque aquí ha encontrado una familia de verdad.

Carlos y él se saludan de la manera a la que ellos se han acostumbrado: con dos fuertes golpes en la espalda, que siempre me hace reír porque, aunque a primera vista pueda parecer que se agreden, en realidad se respetan y se aprecian. Gerard felicita a Carlos por su nueva paternidad, y veo en los ojos de ambos verdadera emoción, por lo que significa y por todo lo que hemos pasado para llegar a este instante.

Miro a mi alrededor y pienso en lo lejos que hemos llegado desde aquel día en que Carlos me pidió el divorcio. Entonces creí que mi vida se terminaba. Ahora entiendo que apenas comenzaba, y que la mujer que contemplé a la mañana siguiente en el espejo tenía por delante una vida entera por conquistar. Una vida de verdad, con amor del bueno, sin importar lo que los otros piensen.

No somos la familia que imaginé de joven. Somos algo mejor: la familia que elegimos ser.

Gerard me toma la mano. Carolina se ha quedado dormida en brazos de Pablo. Víctor sigue comiendo con los ojos cerrados, ajeno a todo este amor que lo rodea.

Así es como terminan las historias que merecen la pena: no con un final, sino con un comienzo. El Mediterráneo me enseñó que el horizonte está lleno de promesas, y que solo hay que navegar para alcanzarlas y hacerlas realidad.

BOOKS BY THIS AUTHOR

Cuando En Sueños Digo Tu Nombre

LIBRO 1: SAGA Cuando en sueños

Se casó con el hijo... pero fue el padre quien puso en duda todo lo que creía saber sobre el amor.

Sira creía haber tomado la decisión correcta. Una vida estable, un matrimonio que parecía seguro... el futuro que cualquiera habría elegido. Pero lo que empezó como una historia "perfecta" pronto se convierte en una mentira difícil de sostener.

Cuando su mundo empieza a resquebrajarse, es precisamente él —el único hombre al que jamás debería acercarse— quien ve lo que nadie más percibe. Quien la escucha. Quien la entiende. Quien, sin pretenderlo, empieza a ocupar un espacio que no le pertenece.

Porque hay conexiones que no se buscan. Que no deberían existir. Pero que, una vez aparecen, son imposibles de ignorar.

Atrapada entre lo que es correcto y lo que siente de verdad, Sira tendrá que enfrentarse a la decisión más difícil de su vida: seguir adelante con una vida que ya no reconoce... o arriesgarlo todo por un amor que nunca debió empezar.

¿Hasta dónde estarías dispuesta a llegar por amor... cuando amar significa romper todas las reglas?

Las Dos Vidas Del Corazón

Después del duelo, solo esperaba sobrevivir.
No enamorarse de alguien que nunca debería formar parte de su nueva vida.

Amó profundamente. Construyó una familia. Creyó que su historia estaba escrita.

Hasta que todo se rompió.

Convertida en viuda de forma inesperada, tendrá que aprender a reconstruirse entre recuerdos, hijos y una convivencia marcada por aquello que se ha perdido... y por todo lo que todavía no se ha dicho.

Porque, en esa nueva vida, hay presencias que no se pueden evitar.
Miradas que empiezan a pesar.
Silencios que dicen demasiado.

Y una línea que nunca debería cruzarse.

A medida que el duelo deja paso a lo que todavía late bajo la superficie, el corazón se enfrenta a la decisión más difícil: aferrarse al pasado... o aceptar un sentimiento que lo complica todo.

Las dos vidas del corazón es una novela romántica contemporánea de slow burn emocional sobre la pérdida, la familia y esos amores que nacen donde no deberían.

Una historia intensa, delicada y adictiva sobre culpa, deseo y segundas oportunidades.

👉 Para lectoras que buscan romances profundos, con tensión emocional creciente y vínculos complejos.

De Amor Y De Leche: Cómo Empezó Todo. **SAGA AMOR Y CIERZO 1**

Un examen. Una promesa. Una pérdida que lo cambia todo.

Mireia solo tiene una oportunidad para cumplir su sueño: convertirse en médico. Sin el apoyo de su familia, todo depende de una nota imposible en la selectividad.

Lo que no espera es que quien le tienda la mano sea su profesor de biología.

Ni que, en cuestión de días, sus vidas queden unidas por una tragedia imposible de olvidar.

Cuando el destino golpea, Mireia toma una decisión que cambiará su vida para siempre: cuidar de un bebé que ha quedado sin madre... aunque eso signifique cruzar una línea que nunca debería cruzarse.

Vivir juntos. Compartir el dolor. Aprender a reconstruirse.

Y enfrentarse a un vínculo que crece en silencio... y que está prohibido.

Porque hay amores que nacen del caos.
Y decisiones que te obligan a convertirte en la persona que nunca pensaste ser.

🔥 Un romance intenso, emocional y adictivo sobre el peligro de amar cuando no deberías... y la imposibilidad de resistirse.

ADN, Amor Y Sorpresas. Saga AMOR Y CIERZO **2**

El amor los unió. La verdad puede separarlos.

La familia que desafió todas las normas sigue creciendo... pero también acumulando secretos.

Cuando el pasado empieza a abrirse paso, nada volverá a ser como antes. Verdades ocultas, decisiones imposibles y relaciones que cruzan líneas peligrosas pondrán a prueba todo lo que creían inquebrantable.

Mientras nuevas historias de amor comienzan a surgir, otras se complican más de lo que deberían. Porque hay vínculos que no se pueden evitar... aunque lo cambien todo.

Y esta vez, las consecuencias serán imprevisibles.

- 🔥 Secretos familiares que salen a la luz
- 🔥 Amores intensos y decisiones arriesgadas
- 🔥 Una saga que crece con cada emoción

Continúa la historia de De amor y de leche.

Porque el amor no termina cuando comienza una familia... solo se vuelve más complejo.

TRUENOS EN EL CORAZON. Saga AMOR Y CIERZO 3

Hay amores que llegan para quedarse. Y otros que lo arrasan todo... antes de desaparecer.

Quien siempre rechazó el amor, se enfrenta ahora a él sin saber cómo sostenerlo. Quien creyó haberlo perdido todo, descubre que la vida puede dar una segunda oportunidad... cuando menos lo espera. Pero amar nunca es sencillo. Menos aún cuando hay heridas

abiertas, decisiones pasadas que pesan y sentimientos que llegan a destiempo.

Mientras nuevas vidas llegan al mundo y otras relaciones intentan reconstruirse, el equilibrio es frágil. Porque no todos están preparados para luchar. Porque no todos saben quedarse. Y cuando el pasado irrumpe con fuerza, los límites entre el amor, el orgullo y el miedo pueden romperlo todo.

En este tercer volumen de la saga Amor y Cierzo, todo estalla: Decisiones imposibles. Amores que se transforman. Y un desenlace que no dejará indiferente. Porque a veces amar no consiste en quedarse... sino en saber marcharse.

 Saga Amor y Cierzo Una serie de romance contemporáneo llena de emociones intensas, vínculos familiares complejos y segundas oportunidades. ✓ Libro 1: De amor y de leche ✓ Libro 2: ADN, amor y cierzo ✓ Libro 3: Truenos en el corazón Empieza desde el principio para vivir la historia completa.

Ideal para lectoras que buscan historias intensas, realistas y emocionalmente adictivas, donde el amor no siempre gana... pero siempre deja huella.

NOTA DE LA AUTORA:

Si has disfrutado con este libro, me sería de gran ayuda que dejaras tu valoración en Amazon. Con este gesto permites que los autores autopublicados podamos seguir creando nuevas historias.

Gracias, de todo corazón.

Victoria Paraiso
